

LITERATURA DE LA PRENSA LIBRE

LITERATURA

—DE—

LA PRENSA LIBRE

1898

SAN JOSE, COSTA RICA.—A. C.

Gran Imprenta al Vapor y Casa Editorial de Alfredo Greñas.

LITERATURA DE LA PRENSA LIBRE

EL ENTIERRO DEL SOL

CUENTO ORIGINAL

Trascurrían los años, y no lograba marido la triste *Nulidad*. En vano por las tardes se plantaba cabe la reja, bien emperejilada con los trapitos de cristianar, muy lindamente engomaditas las rosquillas de pelo sobre la estrecha frente, y su buena mano de arrebol en los carrillos. Lo que es pejes, les había de sobra; pero llegándose á ella, oían la carnada, y se largaban sin morderla. Y no era porque á *Nulidad* le faltase, como no le falta á ninguna hembra nacida, su gancho y su aquel; sino porque á leguas se le conocía que no había inventado la pólvora la pobre chica.

Pasó el *Talento* coronado de laureles; miró á *Nulidad*, y torció el rumbo, diciendo de ella lo que la zorra al busto: "tu cabeza es hermosa, pero sin seso."

Pasó el *Mérito*, cubierto de preseas, la miró de reojo y no la dijo siquiera "por ahí te pudras."

Pasó el *Valor*, seguido de sus águilas, echóle una mirada de envite *Nulidad* (porque no es cosa de otros jueves el que las niñas se desvivan por los héroes), y éste, con soldadesco desdén, se contentó con decirle: "á la vuelta lo venden tinto."

Llegó su turno á *Egoísmo*, enteco como un espárrago, ceñudo como un buho, fatídico como un buitre.

—Con este sí que apechugo, exclamó *Nulidad* tendiéndole el anzuelo de sus

guiñadas sin luz, provisto del magro celo de una sonrisa sin pizca de sal.

Dicen que casamiento y mortaja del cielo bajan; pero en el presente caso el nudo quien lo ató fué el mismísimo diablo.

Por supuesto que no hubo ni gallo muerto en aquellas bodas. *Egoísmo* no era hombre para echar la casa por la ventana, y *Nulidad* no era mujer para consentir en que al casorio asistieran otras de mayor sustancia que ella. Juntos se encontraron, pues, en este par, el hambre con la gana de comer.

Rogando estaba á todos los demonios el cicatero *Egoísmo* para que no le diesen prole, cuando *Nulidad* le anunció que estaba á punto de ser madre. Rabió el ruin, maldijo su negra suerte; mas todo en vano, pues Natura hizo una de las suyas trayendo al mundo una menguada criatura, trasunto fidelísimo, que ni sacado en molde, del quien para quien de sus padres.

No tuvieron éstos tiempo de disputar acerca del nombre que habían de dar á su primogénita, porque como la bruja que la recibió en los brazos observara que la recién nacida se enfadaba al acercarle la luz de la vela cada vez que le cambiaba la faja, la bautizó *Envidia*, y *Envidia* se quedó por los siglos de los siglos amén.

Creció la chica en un dos por tres, co-

mo dicen que crece la mala yerba, manifestando desde muy temprano cierto alarmante síntoma, que consistía en la rencorosa manera con que miraba las cosas buenas, que no eran suyas; lo que por algún tiempo puso en cuidado á sus dignos progenitores, hasta que la nodriza les hubo de tranquilizar diciéndoles que la niña había nacido con aquel mal que en la patología de Ripalda se llama "tristeza del bien ajeno". Esta explicación deleitó al venturoso padre y no se pensó ya en molestar al médico.

A los cinco años de edad, hacía añicos la niña los juguetes de los chiquillos del vecindario; á los quince desgreñaba los moñitos trenzados de sus compañeras de escuela; á los diez y siete se daba sus trazas para pisar, al descuido y con cuidado, los trajes de las muchachas que iban bien vestidas. Hasta el mísero cintajo de á medio real con que *Nulidad*, su propia madre, se engalanaba los domingos y fiestas de guarda, causábale rabietas de verdadera endemoniada, y lo que parecerá increíble, ni el inocente brillo de la luz del día podía tolerar.

—No señor, no puedo, no quiero ver, solía decir muy sulfurada á sus padres; no quiero ver más ese rayo de sol que cae junto á mi ventana. Me parece que de continuo me está diciendo: "Nunca, nunca resplandecerás como yo."

Y héte aquí al poltrón de *Egoísmo*, afanado en echar paladas de tierra al pobre rayo de luz con la perversa intención de sepultarlo.

Y sobre las paladas de tierra montábase el luminoso destello, dándosele un ardite del loco empeño de su enterrador, en tanto que *Envidia* se mesaba de puro despecho los cabellos, al ver que

el terco rayo de lumbré no se dejaba meter en la sepultura.

Pues verás ahora, decía *Nulidad*, yendo en auxilio de *Egoísmo*; verás ahora como yo lo voy á soterrar. ¡Y Santo Dios! allá van las basuras de la casa; allá van los tuestos del corral; allá vá el cascote de la fábrica; allá vá el estiércol de la cuadra.

Y á todas estas, el rayo de luz con prodigiosa agilidad se encaramaba de un salto sobre las horrruras que le echaban, desde las cuales proseguía desafiando á los sepultureros, cada vez más alto, cada vez más brillante.

A voces pidió *Envidia* refuerzos á las comadres del barrio; y en tropel acudieron *Medianía*, con sus cestos de hojarascas; *Ineptitud*, con sus costales de escorias; *Viveza*, con sus espuertas de lodo; *Indignidad*, con sus odres de inmundicia; *Calumnia*, con sus cacharrros de sierpes; y unas tras otras fueron vaciando la carga sobre el promontorio que se convirtió en montaña.

Y mientras tanto, el rayo de luz arriba, arriba, y siempre arriba; hasta que traspasando el muro, tomó proporciones de claridad soberana.

—¡Por los cuernos de mi patrón que nos hemos lucido! gritó *Egoísmo* con el dragón del despecho escarbándole las entrañas. ¿No lo ves mejor? ¿No lo ves, hija? Lo hemos elevado, lo hemos engrandecido.

Dispersáronse corridas las comadres, cayó *Nulidad* muy malita y tal sofocón acometió á *Envidia*, que por poco no lo cuenta.

Al salir de su ataque abrió los empañados ojos, buscó el rayo de luz y no lo vió.

Estaba ciego.

N. BOLET PÉRAZA.

¡ F A T A L I D A D !



El 3 de Mayo de 1895, á eso de las seis de la tarde, unos cuantos marineros se hallaban reunidos en la playa. El viento empezaba á arreciar. Miraban al mar y se decían unos á otros:

—Allá va un barco que parece estar en serios apuros.

Y seguían mirando aquel punto negro perdido en la inmensidad gris. El viento arreciaba por momentos y las olas parecían mezclar su espuma con las nubes, á medida que los elementos iban desencadenándose más amenazadores.

A cada nuevo golpe de mar que azotaba el barco, las facciones de los marineros que estaban en la playa se contraían; parecían clavados en el mismo sitio por el estupor, permanecían mudos y lívidos, y cuando hablaban, las únicas palabras que salían de su angustiada garganta eran estas:

—El barco está perdido.

Y todos repetían esas palabras, y la angustia crecía.

—Hay un barco que está á punto de perderse con nueve hombres á su bordo.

La noticia de un desastre se propagaba sin ruido. Nadie gritó esas palabras de "hay un barco que se pierde;" pero, como si el mismo viento las hubiese esparcido en el rumor de la tempestad, no tardaron en ser conocidas por todos los habitantes de la aldea, los cuales, interrumpiendo el trabajo empezado, abandonaron sus casas, y ansiosos, enloquecidos, corrieron á la playa para ver lo que ocurría.

La última de las casas, en el ex-

tremo de la calle principal de la aldea de Wissont, estaba habitada por un pobre marinero que desde hacía largos meses no se hacía yá á la mar, pues una lenta enfermedad del pecho lo había postrado y minaba su naturaleza poco á poco.

Su mujer, al oír el ruido de la borrasca, había hecho entrar á sus cuatro hijos menores que se hallaban jugando afuera y les había dicho: "No hagas ruido, que tu padre vá á dormir." Luégo, como el viento sacudía violentamente la puerta en sus goznes, la había apuntalado con un barrote.

Andaba silenciosa por el aposento, y se detenía á ratos para escuchar, espumaba el caldo que hervía en la olla en el fuego de leña, y luégo se acercaba á la cama, cuyas cortinas de percal color lila, que caían en pliegues rectos desde el cielo raso, se entreabrían á veces para dejar pasar una mano descarnada, en la cual se dibujaba el tatuaje de una diminuta ancla azul.

De pronto una voz salió de detrás de las cortinas y dijo:

—Tiempo malo.

—¡Tiempo malo de veras! contestó la mujer. He hecho entrar á los chicos.

Y se pasó la mano por la frente, como si sus propias palabras no hubiesen bastado para tranquilizarla.

Fué á sentarse cerca del hogar, tomó en su falda al menor de sus hijos, y distraída, lo mecía suavemente como para adormecerlo.

Bien sabía que su marido no se salvaría; lo veía debilitarse de semana

en semana. Yá no tenía fuerzas para ir al jardincito que había enfrente de la casa, para ver hacerse á la mar el barco de que había sido patrón tantos años y á bordo del cual navegaban ahora sus dos hijos; y ella pensaba: "Entonces, ¿será cierto que yá no tendrá esa alegría, la única que le quedaba?"

El no se quejaba. No echaba menos el pasado y no se inquietaba respecto al porvenir. Sabía que toda queja ó protesta es inútil, y á todo cuanto se le decía, contestaba invariablemente, como un fatalista convencido, evitando sí palabras inútiles: "Lo que ha de ser, será."

Mientras que la madre seguía haciendo tranquilamente á su hijito escuchando la ráfaga que arrullaba su triste ensueño, la puerta, á pesar de estar sólidamente apuntalada, se abrió de pronto, y, junto con una furiosa bocanada de viento de alta mar, un grumete, jadeante, entró y dijo:

—Hay un barco que está á punto de zozobrar.

Entonces, la cabeza lívida del enfermo asomó de pronto por entre las cortinas de percal, y, con las dos manos apoyadas en la armadura de la cama, dijo:

—Quiero ver.

Y como su mujer, trémula, vacilaba, antes de darle sus ropas: "Quiero ver!" repitió con acento de autoridad, al que forzoso era obedecer.

Ella estaba más muerta que viva; la pobre mujer, vacilante, fué á sostenerlo.

Llegaron al extremo de su jardincito, al paraje desde el cual se divisa el mar.

Allí había un poste, resto de algún barco naufrago, y que servía para señalar el ángulo del cerco que rodeaba

el jardín. El enfermo se recostó contra aquel poste.

¿Por qué la muerte no se había apoderado ayer de él, cuando él la esperaba? ¿Por qué aquella tortura moral, más dolorosa que la tortura física que sufría?

¿Qué bien conocía aquel barco!

Era el mismo á cuyo bordo estaban sus dos hijos, dos hermosos muchachos de diez y seis y veinte años, respectivamente; y aquel barco aparecía y desaparecía en medio de las olas; y era fácil adivinar los ademanes que con los brazos extendidos hacían los naufragos; y en medio de las ráfagas del viento una creía oír sus gritos, y aquel padre se daba cuenta de que toda tentativa para socorrerlos sería inútil.....

¿En qué libro fatal estaba escrito que hacia el fin de su lenta agonía tendría que presenciar la de sus dos hijos, cuya juventud, aferrada á la vida, luchaba desesperadamente contra la muerte?

El enfermo se desmayó, y el barco zozobró.

Cuando volvió en sí no hizo pregunta alguna. Yá no desplegó los labios.

En el momento de morir, seis semanas más tarde, pronunció una sola palabra, una sola:

—Adiós.

¿Qué había pasado en aquella alma yá casi del todo extraña á la tierra?

¿Será la protesta que exaspera toda la energía de su sér para torturarlo, ó acaso la resignación que lo aniquila con la convicción de su impotencia? Lo primero es la vida con toda la amargura que le es inherente; lo segundo es la muerte con todo el horror de la nada.

"Lo que debe ser, será," había dicho aquel marinero, cuando, perseguido por la fatalidad, podía todavía creer en la felicidad y en el porvenir de sus hijos, y había visto en su espí-

ritu al Dios infinitamente poderoso y bueno trazar en el libro de la Eternidad el destino de cada una de sus criaturas y había pensado: "Tú, que á mí me castigas, véla por aquellos á quienes has creado por mi intermedio."

Pero, después de ese último golpe, implacable é injusto, ¿cuál fué la significación del silencio que guardó? ¿Fué para no blasfemar?

Todas las tardes, á la hora del crepúsculo, la viuda va al fondo del jardincito, cerca del poste, contra el cuál se recostó su marido moribundo; en el mismo paraje desde el cual am-

bos vieron morir á sus hijos en la tarde del 3 de mayo de 1895. Es el calvario de la viuda, el que presencié el martirio de aquellos á quienes amaba. Allí reza y llora: allí será donde repetirá hasta el día de su muerte su triste letanía, lamentablemente monótona, mezclada con sus sollozos: "¡Pobres hijos míos! Pobre marido mío!"

.....En la inmensidad de los cielos, ¿habrá realmente un libro en que cosas tan espantosas estén escritas de antemano?.....

VIRGINIA DE MONT-BRETON.

LOS JUGUETES DE LA ABUELA

De su lecho al saltar por la mañana corre la turba de ángeles traviosos á referir, entre sonoros besos, lo que ha soñado, á la paciente anciana.

Desde el mayor, que con viril orgullo conduce y manda el revoltoso bando, hasta el diablejo aquel, rosa en capullo que habla por señas y anda tropezando,

Todos van con ruidosa algarabía en tropel, soñolientos, mal vestidos y el cabello en desorden, decididos á no volver sin el botín del día.

Porque velan sus ósculos, amargo, vil interés. ¡Oh falta de conciencia! y lo sabe la anciana, y sin embargo, puede más el amor que la experiencia.

Con manos y con pies la turba embiste contra una puerta; el obstinado empeño crece con el obstáculo... ¿Qué sueño, por profundo, al estrépito resiste?...

A responder la abuela se apresura y abre, mostrando al impaciente coro su bondadosa faz, su bata oscura, sus blancos rizos y sus gafas de oro.

Invasen todos la severa estancia que decoran antiguos cortinajes y retratos de serios personajes cuyas ropas acusan moda rancia;

Y se alegra la alcoba ensombrecida, como el oscuro bosque cuando llega bandada de jilgueros que aturrida en luminosa ráfaga navega.

Ese canto infantil rejuvenece tanto mueble, por viejo allí olvidado. Hasta el loro que yace disecado en un rincón, aletear parece.

Mas cesa de repente la algarabía y el rodar por la alfombra; suenan llaves, y ante un vargueno de labor yá rara se agrupan todos, silenciosos, graves.

Es un prodigio de sabor arcaico el mueble con sus múltiples cajones, sus tallas y las mil incrustaciones con que trazó el buril fino mosaico.

Y no son los primores en que abunda ni el sello de los años venerable, lo que al bando pueril de gozo inunda, sino el fondo del mueble inagotable.

Inagotable, sí: rudo saqueo
sufré á diario, y siempre se desborda
en golosinas, que la indócil horda
devora siempre con igual deseo.

Por eso, la contemplan con delicia,
y al irse, dueños del botín diario,
los ojos, relucientes de codicia,
se vuelven hacia el mueble centenario.

Por eso; y porque saben (con cautela
se lo repiten todos al oído)
que en el mueble un tesoro hay escondido,
que allí están los juguetes de la abuela.

¡Juega la anciana!... Sí; chochea risible!...
No le gusta jugar ante la gente;
pero juega en secreto, y es creíble:
lo asegura el mayor, que nunca miente.

Él la vió. Como acecha vil espía,
mirando por la puerta mal cerrada,
la vió cruzar su alcoba, iluminada
por el débil fulgor de una bujía.

Vacilaba en su mano temblorosa
la luz: andaba con senil torpeza,
y llegóse al vargueño recelosa,
volviendo á cada paso la cabeza.

Descorrió, sin sonar, llave y cerrojos;
cayó la vieja tapa sin estruendo;
fué después los cajones entreabriendo...
y el traidor cuanto pudo abrió los ojos.

La abuela, con afán, de un escondrijo
sacó varias estampas desiguales,
y atenta las miró y algo les dijo,
limpiando de las gafas los cristales.

Luégo, debieron ser cosas muy bellas
encerradas en cajas primorosas,
porque miraba mucho aquellas cosas
despacio y recreándose con ellas.

Por último sacó ¡quién lo pensara!
una muñeca sucia, deslucida,
y mucho tiempo, como joya cara,
la estuvo contemplando embobada.

Sus dedos de marfil, torpes y secos
la acariciaban; luégo, dulcemente,
la besaba en el pelo y en la frente
como besan las niñas sus muñecas.

Crugió la puerta... El áspero chasquido
puso en fuga al espía malicioso
que aún escuchó, al huir desparvorido,
cerrar de golpe el mueble misterioso.

Y soñó con tesoros; y despierto
siguió soñando el niño todavía,
y diciendo á los otros:—Si algún día
se dejase la abuela el mueble abierto....

Llegó el día. Potencia tentadora
que fragna la ocasión para el pecado,
mostró abierto á la turba malhechora
el mueble y el salón abandonado.

Corrió la turba, de entusiasmo llena,
inundando el salón como un torrente,
y el vargueño asaltó rápidamente
con un sordo zumbido de colmena.

Asidos á las tablas, en inquieto
bullir, trepando de diversos modos,
ni un cajón respetaron, ni un objeto
dejaron de tocar á la vez todos.

Rota la cinta que los tuvo unidos,
volaron como blancas mariposas
papeles de escrituras yá borrosas,
en todas direcciones esparcidos.

Por el aire también fueron con ellos,
derramando al volar rancios olores,
viejas estampas, rizos de cabellos,
y restos sin color, de secas flores.

Con loco regocijo, por desgracia,
en un cajón hallaron escondida
una muñeca sucia, desteñida,
de ajados oropeles y fax lacia.

Muchas manos la asieron tenazmente
del cabello, las piernas y los brazos.....
pero todos soltaron de repente,
y rodó por la alfombra hecha pedazos.

Soltaron..... y en carrera delirante
huyeron asustados, dando voces,
como nube de pájaros veloces
al estallar la pólvora tonante.

Y la anciana llegando á paso lento,
mientras huían en tropel sonoro,
mostraba en el umbral del aposento
los blancos rizos y las gafas de oro.

Uno quedó, del sorprendido bando,
en la estancia: el menor, que huir no quiso:
rosa en capullo aún, que habla indeciso
por señas, y anda siempre tropezando.

Con la temeridad de la inocencia
que de nada recela ni se asombra,
no temiendo de nadie la presencia
quedóse gásteando por la alfombra.

¿Qué pasó por el alma de la anciana?...
¡Sábelo Dios! Inmóvil... su semblante
lleno de arrugas, adquirió al instante
los rasgos todos de la angustia humana.

Unió sus manos como aquel que reza,
y los labios movió descoloridos,
despidiéndose acaso con tristeza
de aquellos pobres restos tan queridos.

Pero fue más profundo el desconsuelo,
más punzante el latido de la herida,
viendo de la muñeca destruida
los miembros esparcidos por el suelo.

En su sillón se desplomó, y un rato
muy largo estuvo en actitud doliente,
sin separar los ojos de un retrato
que también la miraba fijamente.

Era una niña: flor cuya fragancia
poco debió durar; su rostro bello
y enfermizo á la vez, mostraba el sello
de los seres que mueren en la infancia...

Aquel ángel talvez le sonreía,
pobre muñeca de semblante lacio,
con labios que crispaba la agonía,
y le llamó al perderse en el espacio.....

Rompió á llorar la abuela, y el curioso
rapaz, por sus sollozos atraído,
la miró; pero al punto, decidido,
se apartó de su lado presuroso.

Arrastrándose á gatas, muy contento
como quien cede á nobles impulsiones,
fue baseando, fragmento tras fragmento,
la muñeca por todos los rincones.

Tardando mucho, aunque moviendo aprisa
los brazos y los pies; cada pedazo
dejaba de su abuela en el regazo,
y la miraba con alegre risa.

Remidos todos en su falda oscura
ella les contemplaba: gota á gota
todo el mar los bañó de su amargura...
y era muy triste ver con qué ternura
besó la anciana su muñeca rota!....

RICARDO GIL.

ALEMANIA EN CHINA

ESTUDIO DE HISTORIA CONTEMPORÁNEA

I.

No hay en la tierra bien alguno comparable con la paz. El sentido vulgar lo dice así. Desde que ve aquello que podríamos llamar célula social, desde que mira el hogar, la primera aspiración aparecida en el hombre dentro de la familia, es la paz doméstica, perfeccionando la paz espiritual. Nuestra religión cristiana, tan sumamente com-

preensiva por arrancar de Dios y dirigirse á la humanidad y á todas sus facultades, así os bendice y saluda: "La paz del Señor sea con vosotros." Y, con efecto, cuantos pensadores han querido convertir en fórmulas científicas los afectos cristianos, se han percatado bien pronto de que lleva el cristianismo en sus entrañas, por las Bienaventuranzas, por el sermón sublime que nos manda querer á nuestros

calumniadores y enemigos, por el apostolado pacífico y el reino de la palabra ó del verbo, sin que haya podido contrastarlo teocracia alguna, el bendito régimen de la paz universal. Por eso nuestra liturgia, tan poética en el cañon secular donde se prescriben las sabias particularidades referentes á la misa, coloca muy bien al minuto de consumir la hostia y de beber el cáliz los oficiantes, el ósculo y el abrazo de los sacerdotes, representando al pie del altar la reconciliación de los pueblos en el seno de las humanas sociedades. El suelo de nuestra Europa, hecho por el espíritu cristiano y el espíritu científico, empapado en ideas progresivas exhaladas por sus poros como rayos de luz, está con todas sus fuerzas físicas amoldándose, amoldando su materia palpable al manto del espíritu invisible que le impone una transformación de la guerra en trabajo, y como complemento de esta grande transformación, la paz y la libertad universal.

II.

Y, sin embargo, armamento popular, reductos erizados de artillería por todas partes; enormes cruceros en las oceánicas aguas; ejércitos mareantes en tropel; explosivos por doquier; en un punto la dinamita; en otro punto la pólvora sin humo; allá, más lejos, los cañones perfeccionados; á las espaldas de quienes debían llevar el azadón, los fusiles exterminadores, ó sea bajo la paz universal en el ánimo, la guerra universal en el espacio. Estas contradicciones suelen surgir con frecuencia en los pueblos y dejar su recuerdo en las historias. Así como se adelanta en vuestros ojos el relámpago al trueno, que rebota en vuestros oídos más tarde, habiendo estallado relámpago y trueno á un mismo tiempo, la idea se adelanta al hecho, y lo que ha

muerto en el espíritu vive y palpita en el espacio. Mas vive y palpita por poco tiempo. La paz universal está decretada por el genio de la religión y de la filosofía; aquello que ordena el genio de la religión y de la filosofía se cumple sin remedio en el espacio, espejo de las ideas, tan etéreas como las estrellas. La paz universal será, pero hay que decirlo con tristeza: en esta hora corriente, se teme por muchos la guerra universal. Y se teme fundadamente. Los aprestos pedidos en el Parlamento americano; la conglomeración de buques ingleses en las aguas maltesas; el insolente mandato por la escudra germánica impuesto al Gobierno de Haití; la facilidad con que pueden chocar aquellas grandes potencias que recorren, exploran y conquistan las orillas del Níger; los estremecimientos de la India inglesa y del Sudán egipcio; la gradual aproximación del choque tremendo entre Rusia é Inglaterra sobre las mesetas del Asia Central; ese desembarco de alemanes, so color de proteger sus misioneros sobre las costas de China, con dobles amenazas al Japón y á Rusia, y con dobles arrogancias del Emperador Guillermo y del Almirante su hermano Enrique, háccenos temer á todos los pacíficos una conflagración oceánica.

III.

Mas dejemos aparte las reflexiones sobre todos estos hechos, é historiemos lo que con ello ocurre á diario. Si los pueblos americanos de nuestra sangre reflexionan un minuto sobre cuanto ha pasado en Haití, verán cómo las amenazas de los *yankees* al mundo europeo se truecan, así que puedan correr algún peligro los intereses materiales de la gran República, en baladías y jactanciosas frases. Falsificando á diario la doctrina de Monroe, formulada

para otros tiempos y con otros motivos, engañan á nuestras buenas gentes iberas en el Nuevo Mundo, y les hacen creer cosa tan falsa como que la bandera estrellada opone un muro infranqueable á toda irrupción, y sólo necesita flotar en cualquier escollo para detener á los irruptores. Y, sin embargo, nunca detuvieron los *yankees* á persona alguna, ni contrastaron las maniobras europeas ó monárquicas. A las barbas de los Estados Unidos, un hijo de Luis Felipe bombardeó á Veracruz porque algunos muchachos se habían comido, sin pagarlas, varias golosinas de un pastelero francés; sin que los Estados Unidos pudieran impedirlo, desembarcó la coalición europea en Méjico, llevando consigo al usurpador Maximiliano, derrotado y despedido con las tropas imperiales, no por los *yankees* del Norte, por los españoles de la Nueva España, representados en el inmortal Juárez; las naves de Doña Isabel II pudieron guerrear en el Perú y en Chile, sin que los Estados Unidos hiciera cosa alguna contra ellas; y un Emperador tan débil como don Pedro del Brasil, destinado al destronamiento y á la proscripción, pudo matar la República en el Paraguay sin que los Estados Unidos se alarmase gran cosa. Lo mismo acaba de suceder hoy. Resistió Haití las demandas de Alemania parapetado tras la esperanza de que intervendría la grande América sajona en su favor, y cuando Alemania envía cuatro buques al demandado, recuerda éste las promesas *yankees*, y ve con dolor que tales promesas no sirven para nada. Magnífica lección que deben aprovechar todos los pueblos españoles en el Nuevo Mundo.

IV.

La cuestión asiática tiene yá otro aspecto. Como en el conflicto haitiano

debió Alemania chocar con la República sajona, en el conflicto asiático debió chocar Alemania con Rusia y el Japón. Todo el mundo sabe cómo la última de estas dos potencias, en lucha recientísima con el Imperio Celeste, ocupó costas y aguas, de las cuales tuvo que salir, abandonando cuantiosa victoria por imposiciones de la diplomacia europea. Y cuando ahora, tras los muchos alardes hechos y las muchas intimaciones lanzadas al Japón para que no se quedase con tierras chinescas y no mermara los dominios del gran Emperador tártaro, ven los japoneses á Germania en su lugar, no pueden menos que alarmarse y proponerse para lo sucesivo un acaparamiento de sus conquistas futuras, ya que otros han acaparado sus conquistas presentes. Y este reconcomio del fuerte pueblo con la poderosa Germania, trae aparejados para lo porvenir innumerables conflictos. Algo de lo que sucede con el Japón respecto de Alemania, sucede con otras varias potencias europeas. Propietaria Francia del Tonkin, protectora de diversos Estados á las orillas del río Amarillo, con grandes pretensiones sobre la repartición inevitable de China, ve recelosa el pabellón germano cerca de sus propias fronteras, á la vista casi de dominios los cuales hánle costado indecibles sacrificios de dinero y gran desagüe de sangre, posición en la cual se halla también Inglaterra, primeramente por las susceptibilidades que ha despertado la garrulidad oratoria del Emperador Guillermo entre los ingleses contra su Imperio, y después por sus ricas posesiones de Birmania, muy expuestas á un ataque de cualquier escuadra que guarde territorios en China, como las guarda hoy la poderosa Germania.

V.

Pero quien más alarmada hoy sentirse debe por el atrevimiento alemán, es la gigantesca Rusia. Entre todas las ideas capitales de su gente mecánica y soñadora, ninguna tan extensa en superficie y tan profunda en solidez como la idea de que Asia pertenece por completo al Zar, Emperador y Pontífice verdaderamente asiático. Llevada Rusia de esta idea, en menos de siglo y medio toma las tierras del Ponto Euxino, donde llorara Ovidio sus tristezas inmortales; entra por la indecifrabable Armenia, y deja los jalones de una invasión semejante á las legendarias invasiones atilesas; vence á los turcos en las montañas del Cáucaso, y encadena con sus bayonetas las orillas del Caspio; bordea el Norte de Persia; se arrastra por la Bactriana de Semiramis; toma posesión de los sitios llamados el techo de la tierra en las tradiciones antiguas; amenaza tanto á la China como á la India en esfuerzos perdurables, y concluye por descolarse con sus armas en Mandehuria, frente á frente del espacio en que hoy Alemania gallardea, suscitándole una rivalidad inesperada é increíble. Y todo esto, y toda esta inmensidad, que puede recorrerse fácilmente, desde las puertas de Petersburgo, hasta los desiertos mongoles y los golfos chinos, está por completo atravesada como de una espina dorsal, de un ferrocarril titánico, levantado por los ejércitos rusos en obsequio á la industria en apariencia, pero en obsequio á la guerra en realidad. Y cuando se tardan tantos años, se consumen innumerables tesoros, se gastan indecibles fuerzas vitales para terminar una empresa como no han visto ninguna otra los siglos, al fin y al

cabo de toda ella, surge Alemania, y al surgir, con Alemania surge también el amago de un combate colosal entre dos enormes potencias.

VI.

Yo sé muy bien el aspecto interior que tiene para Guillermo II la ocupación del golfo chino. Cabeza de un Ejército continental como no hay otro en Europa, quiere completar esta máquina inerte con otro Ejército de mar igualmente numeroso y fuerte. Muy despegado de Inglaterra el Emperador, nación de cuyas libres instituciones abomina, tiene, como buen hijo de inglesa, amor infinito al mar, cuyo acceso le impide, con harto dolor de su corazón, el carácter puramente continental de su Germania. Y con el Emperador vive su hermano Enrique, bien semejante á los Enriques y los Alfonsos y los Fernandos de Aviz, ingleses también por su madre, quienes desde Portugal conquistaron las mejores islas africanas, y abrieron al pequeño reino los mares tormentosos del Cabo y las riquezas del indiano Imperio. Uno y otro, Guillermo y Enrique, se han dividido la tierra y el mar, como buenos fogosos jóvenes á quienes les parece cosa fácil conquistar, si quieren, las estrellas. Mas Guillermo tiene un Ejército terrestre, y Enrique no tiene una escuadra marítima, y si la tiene, jamás estuvo en proporción debida con sus ambiciones y con sus ensueños. En esta penuria de fuerzas náuticas, hánse dirigido al Parlamento para que les procure y vote aquél el factor que se llama nervio de la guerra, dinero para escuadras, y el Parlamento lo ha negado, más propenso á los presupuestos de paz que á los presupuestos de combate. Y á fin de demostrar lo que harían si tuvieran las naves y el dinero necesarios, han zarpado desde las costas germánicas

los pocos buques existentes, y han aparecido en los dos extremos del planeta: en China para defender la religión cristiana y los misioneros alemanes; en Haití para defender el comercio alemán y los comerciantes, dirigiendo estas prácticas respuestas á las resistencias del Congreso.

VII.

Pero no puede, nó, desconocerse, que la cuestión interior es lo menos en este problema; lo más es la cuestión exterior. Así, Guillermo II acaba de pronunciar trascendental arenga, en cuyos párrafos porfia sobre un tema interesantísimo: continuación de su alianza con Austria y con Italia. Después de renovar las visitas imperiales y regias este otoño; de dirigir aparatosas revistas los soberanos unidos; aclamar ejércitos enteros los nombres de las naciones con quienes se creen ligados, huelga este renuevo de afectos y de protesta en los labios del Emperador, y sólo significan al cabo los temores sentidos en su corazón de que la presencia del destacamento alemán en China hoy haya repercutido con desagradable repercusión en Italia y en Austria. De la última no hablemos. Rota en partidos y en razas irreconciliables sin fuerza alguna centrípeta para atraerse tales fragmentos centrífugos, bien puede asegurarse que acaba el Austria como un cuerpo celeste que hubiera en los espacios infinitos reventado. Mas á Italia no le sucede lo mismo. Mientras los eslavones, los teheques, los magiares, los croatas, los poloneses, los serbios, los rutenos, los dálmatas, los ilirios, los turcos, no han podido formar en Austria una gran nacionalidad, porque carecen de afinidades mutuas entre sí mismos, en Italia se ha formado una hermosa nación, desde los mares grie-

gos hasta los mares lemosines, porque hay allí las afinidades interiores que unen los pueblos y fundan las naciones. Y esta nacionalidad no puede comprometerse con Alemania en aventura de ningún género que trascienda de algún modo á sus íntimas relaciones con Inglaterra, de la cual necesita para su completa seguridad mediterránea. Y como el golpe dado en China amaga lo mismo á Petersburgo que á Londres, Italia se ha puesto en guardia frente al Emperador, y se ha resentido con profundo resentimiento la siempre frágil y precaria triple alianza, contrastada hoy por los moscovitas y los franceses.

VIII.

Ante causa de agitación europea tan grande como las empresas germánicas en Oriente y Occidente, debe decirse una reflexión y debe recordarse una enseñanza de toda oportunidad. Aquello que no se renueva en el universo, muere. Dos grandes imperios enseñan ahora prácticamente lo fundado é incontestable de tal aserto. Muere el Imperio chino y el Imperio turco, los cuales han dominado el Asia ha siglos de siglos, y mueren porque no han sabido renovarse, obedeciendo leyes eternas del universo y de su vida. Los dos imperios, unas veces representados por tales razas, otras veces representados por razas distintas de los indígenas y primates, han quedado inmóviles en la soledad de sus creencias, de sus costumbres, de sus tradiciones y de sus dogmas. Y cuenta que ambos tuvieron sendos legisladores, dados á entregarles libros y enseñanzas en verdadera congruencia con sus respectivas naturalezas é índoles. Pueblo mecánico sin metafísica, y por ende sin religión, dado á reglamentaciones ofici-

nescas, las cuales hácenlo un inmenso cuartel industrial, encontró China en Buda su revelador, quien dió de mano á lo trascendental y reemplazó las religiones, los dogmas espirituales con una ley moral, encaminada tan sólo á regular por medio de consignas y de reglamentos la vida particular de los chinos y la vida general de aquella sociedad entera. Más fuerte, más poderoso, de más nervio el tártaro mahometano que el tártaro budista, Turquía tuvo también su correspondiente revelador necesario. Y este revelador, Mahoma, bien al revés de Buda, creyó en los dogmas y proclamó, como aplicación y resumen de estos dogmas, el califato coraneseo y la guerra universal. Aunque no se había dirigido el Profeta jamás personalmente á los mongoles; aunque fueran sus predilectos los árabes, todos pertenecientes á la sangre del Profeta, el mahometismo se pegó á Mongolia, y el califato pudo pasar así de Bagdad, de Damasco, de Córdoba, de los puntos ortodoxos y clásicos, al descendiente de Atila, es decir, al sultán de Constantinopla.

IX.

Lo mismo la religión de Buda que la religión de Mahoma, se diferencian de la religión cristiana en que á la humanidad entera y á todos los tiempos esta religión mira y atiende, mientras aquéllas miran y atienden un período del tiempo y á un pueblo de la humanidad. Mientras en el desarrollo humano y en el progreso terrestre las dos religiones orientales sirven á las circunstancias en que se hallan sus fieles y prosperan, sus proveyos perduran. Pero en cuanto el tiempo corre y el pueblo crece, quédanse ambas religiones atrás, y hiegan y matan y petrifican á los pueblos

que las habían adorado. No cabe dudarlo: China muere por su inmovilidad en Buda; Turquía muere por su inmovilidad en Mahoma. Y como al redor de estos pueblos inertes há y pueblos progresivos, el movimiento, la vida, sustituyen y reemplazan á la inmodificable inercia. Los japoneses en China, los griegos en Turquía, muestran esta verdad evidente, apercibiéndose unos y otros á heredar los dos viejos imperios mongoles: el Imperio mongol del Extremo Oriente de Asia, y el Imperio mongol del Extremo Oriente de Europa. También se hallaban los japoneses metidos en un círculo mágico, donde consumían su vida en la inmovilidad y en la inercia; pero hace cuarenta ó más años que lo rompieron por una revolución y se lanzaron á las corrientes del progreso, las cuales vivificadoras y luminosísimas, los han llevado á la libertad y á la victoria. Por su parte, algo de lo sucedido con los japoneses en el Oriente asiático, pasa con los griegos en el Oriente nuestro. Metidos en el círculo de un patriarcado inerte que les imponía un viejo bizantinismo, incompatible con nuestra naturaleza y nuestra edad, han roto este círculo abrazando las libertades modernas, cuya virtud y eficacia les promete, tarde ó temprano, la herencia de Turquía.

X.

Pero no se trata hoy del reparto de Turquía; se trata del reparto de la China. El Emperador Guillermo lo ha suscitado, con la triste ligereza y el ciego aturdimiento connaturales á su complexión levantisca é inquieta. Y el reparto de China suscita muchas dificultades por el número de coherederos que se llaman á la parte y pretenden la herencia. Desde luego amenazan caer

sobre sus tierras centrales las tres grandes potencias: Francia desde Tonkin; desde Birmania, Inglaterra; desde Mandchuria, Rusia. Y no son solamente las grandes potencias quienes se hallan interesadas en el reparto: lo están, y mucho, las potencias que llamamos segundas. Ni Holanda puede consentir que se modifique China, sin saber cuáles seguridades á sus dominios presta la inmensa modificación; ni Portugal puede consentir que, después de haber descubierto la India y traído á nuestra vida europea las levaduras del Oriente con sus naves milagrosas, corran riesgo los últimos restos de aquella dominación colosal que aún guarda en sus manos; ni nosotros podemos consentir, dueños del grande archipiélago asiático, y teniendo á nuestro alcance las is-

las de los Pescadores, recién ganadas por los japoneses, que se amenace más y más nuestra combatida seguridad allí; por lo cual todos los pueblos europeos tienen mayor derecho al reparto de China que Alemania, quien ha suscitado, como en tiempos de las Carolinas, un problema en cuyo plantamiento ha tenido parte; pero de cuya solución sacará bien escaso provecho. Mas, sea de esto lo que quiera, el testamento de China queda hoy abierto con violencia por una temeridad imperial, y nadie puede negar que, al lanzarse tantos herederos, unos sobre otros, entre sí choquen, suscitando la guerra universal. ¡No lo quiera Dios!

EMILIO CASTELAR.

GOTA DE AJENJO

Entre legajos de papel roídos,
De mí baúl en el revuelto fondo,
Donde duermen mis versos arrugados
Por mis pálidos dedos temblorosos,

Guardo una crenecha de cabellos rubios,
Cual de rayos de sol luengo manojó:
Resto de la hermosura de esa pérfida
De esa infame que aún amo y adoro.

De esa mujer que hoy vive en las orgías,
Al aire suelta la melena de oro,
Y ebria y casi desnuda se revuelca
Del negro vicio entre el inmundado lodo.

Ab! Mi buen Dios! Responde estas preguntas
Que voy á hacerle. Escuchá: hablo de hinojos.
Dí, ¿por qué despreciamos á los ángeles?
¿Por qué nos gustan tanto los demonios?

JULIO FLORES.

FRIO EN EL CORAZON

(CANTO BOHEMIO.)

Está nevando.....Ni un pajarillo
Se ve volar!

Por la llanura triste una joyen
Con su hermanito cruzando va.
El niño al verla los piés descalzos

Le preguntó:
—¿No sientes frío?—Nó el dela nieve...
Yo siento el frío del corazón!
Mi pobre madre...yo era muy niña;—

Lo puso allí:
Díome un esposo que yo no amaba
Y por dichosa me hizo infeliz!—

C. OBESO.

PARA UNA DAMA

Me exhortáis, señora, á que os hable del amor, de la pasión generosa, decís, que no desdeña á las muchedumbres anónimas; que así disputa el imperio á las ansias de gloria ó de sabiduría que reinan en el corazón del *intelectual*, como vive sin rivales, soberano único, en el alma del rudo hijo de la naturaleza, para quien son desconocidas las delicadas vibraciones del espíritu.

Queréis, sin duda, que haga la apología de ese exquisito sentimiento divinizado por los poetas, amables forjadores de ensueños. Vais á tener un desencanto, señora. Esperáis un himno y encontraréis una elegía. El amor ha muerto. Ved aquí á Gauthier que lo dice:

Il est passé le doux régime des belles,
La Parabère avec la Pompadour
Ne trouveraient que des sujets rebelles
Et sous leur tombe est enterré l'amour.

En la tumba de las encantadoras cortesanas del siglo de Luis XV yace el temible hijo de Venus. Murió el amable burlador y ni aun el destello de vuestras miradas y el encanto de vuestras sonrisas serían poderosos á revivirle, señora.

Dejémosle dormir y, ya á cubierto de las cóleras de ese poderoso dios que llena con la historia peregrina de sus venganzas tantos libros y mármoles y lien-

zos inmortales, dediquémonos á desprestigiarle. Hagamos su disección; podría que encontráramos entre las fibras de su cuerpo endeble el misterio de su poder. Labor deliciosa la nuestra. ¿No os mueve á risa el pensamiento de que así vamos á descubrir y á divulgar los secretos de la terrible divinidad que ponía miedo aun en los valerosos pechos espartanos?

..

La más antigua protesta que conozco es la del gran Corneille. "Acaso las tragedias del amor ocupan todo el objeto de la vida? ¡Mirad por favor en torno vuestro y veréis que hay otras cosas en el mundo!" "Señora, hay algo más en el mundo. No es solamente vuestro sentimiento favorito el que mueve y agita á los mortales. Una época fue en la cual los hombres poseían lo que Fenelón ha llamado la amable ingenuidad del mundo naciente. Epoca de santas ignorancias y de purezas immaculadas, como el despertar de la vida. Mezquinos afanes ni ruines apetitos atormentaban las inteligencias y Amor discurría por las almas, como el espíritu de Dios sobre las aguas en la noche "que fué aurora del mundo." Salomón enumera las riquezas de su harem — sexaginta sunt reginae, et

octoginta concubinae, et adolescentarum non est numerus—y le parecen miserables al lado de los encantos de la elegida de su corazón. Ni el fuego del sol que dora las mieses, ni la suavidad del alba que se desliza por el cielo, ni la poesía de la luna que derrama su melancólica tristeza en el retiro de la noche, son comparables al fuego y á la suavidad y á la poesía de su amor.

Nuestra edad pensadora y práctica rechaza esas idealidades. Es para ella el amor afecto inútil que habría de incomodarla en sus cotidianos ejercicios. Lujo costoso que desde luego condena la Economía Política, cifra y compendio de las ciencias profanas y divinas. En secreto os voy á comunicar la definición del amor que en un libro de nuestros días he leído: la unión de dos tedios y el desafío de dos depravaciones.....

¿Qué decís, señora?



He faltado á mis propósitos.—Pretendía desprestigiarle y, á poco, concluyo por ensalzar el amor, deprimiendo los raquíuticos ideales modernos que le excluyen. Os pro-

metí una disección y me detuvo el temor de hacer una vivisección. Al oírlo os he de decir que siento palpitir en mis entrañas algo que bien pudiera ser ese amor virgen, no contagiado del virus de nuestras miserias intelectuales, que existió hace ya m u c h o s , innumerables años.—¿Qué de raro? Vivimos los soñadores ajenos á las preocupaciones de los hombres. En nosotros se renueva, por decirlo así, el milagro de las doncellas cristianas que conservaban la virginidad, aun después de violadas por sus brutales verdugos.

Pasan sobre la superficie de nuestro sentimiento las dudas, las negaciones que ora son alimento del género humano, sin dejar más rastro que la festiva golondrina que cruza el espacio como flecha disparada por una mano vigorosa.

El amor no ha muerto, señora. Vive aquí en mi pensamiento. Dióle vitales energías la voluntad soberana de una mujer adorablemente bella, en cuyos ojos he vislumbrado promesas atrayentes como una caricia.

ERNESTO MARTIN.

EL CALUMNIADOR



Era un calumniador....! y agonizaba
Con una angustia horrible, insoportable,
Que el peso de la fama que se roba
Oprime tanto más cuanto ella vale.

Y creyendo los sabios profesores
Que en el pecho de ese hombre hubiera un cáncer
Á los rayos de Roentgen acudieron

Para el llagado corazón mirarle.

Y es de los que calumnian tal la infamia
Es tanta la negrura de su sangre,
Que de los rayos se manchó la lumbre
Y fué imposible corazón hallarle.

ADOLFO LEÓN GÓMEZ.

MIGNON

Era una pequeña árabe, á quien llamábamos Mignon, por su aire nostálgico.

Vino á Medellín con unos saltimbanquis que trajeron osos y monos. Allá lejos, muy lejos, en la Arabia, los padres de la infeliz la vendieron por una manta de hilo y un puñado de dátiles.— Vivía muy triste la pobrecilla, recordando constantemente el desierto con sus arenas abrasadoras; las palmeras con su follaje fresco; los camellos con sus grandes jorobas, entre las cuales se dormía, arrullada por las canciones que su madre entonaba para animar el paso del deforme cuadrúpedo, fiel compañero del árabe, y el aduar con sus tiendas, su bullicio y sus cantos. Todo lo recordaba, todo. En sus miradas se traslucía la nostalgia, porque en el fondo de aquel corazoncito de diez años estaba siempre vivo el deseo de volver al hogar abandonado.

Como si ella fuese un animal, la hacían dormir sus amos en un mismo cuarto con osos y monos, sin pensar en lo que sufría. Al principio, los monos la mordían; después se acostumbraron á verla, y ella al fin hizo buenas migas con tan vivarachos compañeros.

Mas con los osos, ¡qué sustos pasaba al darles la comida y al oír sus gruñidos! Había, sobre todo una osa parda, enorme,

que hacía llorar de miedo á la pobre Mignon. El animal le manifestaba odio. ¿Por qué? Nadie podría saberlo, ni el mismo Director de la Compañía, quien, cuando la osa le tiraba un zarpazo á la chiquilla, se contentaba con decir en su germanía híbrida, mezcla informe de árabe, francés y castellano:

—Te aborrece muy fuerte. Cuidado, te mata, ¿eh?

El Circo estaba lleno de espectadores que aguardaban con impaciencia la función de animales sabios.

Sonó un silbido, y por una puercecilla situada bajo el palco de los músicos, salieron los saltimbanquis, los osos y los monos. Mignon venía un poco atrás, vestida con pantalones bombachos rojos y chaquetita azul. En la cabeza llevaba un turbante amarillo.

Llegados á la mitad del Circo, los animales, obedeciendo las voces de mando de su amo, exhibieron sus diversas habilidades.

Toóle el turno á la chiquilla.— Subióse sobre los lomos del oso y empezó, siempre seria, á hacer prodigios de agilidad y milagros de equilibrio. Al terminar, una tempestad de aplausos se desencadenó.

—Bravo, Mignon! Bravo!

—Anda á recoger lo que esos señores te van á dar, le dijo el jefe, señalándole un grupo de per-

sonas que desde un palco la llamaban.

Y allá se dirigió la chica, llevando en la mano su turbante, en cuyo fondo cayó una lluvia de monedas.

—Oye, Mignon, le gritó un joven, ¿qué harás con ese dinero?

—Se lo doy al amo para pagarme lo que valgo, y con lo que me sobre me voy.

—¡Bravo, Mignon, así se habla!

—¡Bueno, Mignon, toma más! gritaban todos compadecidos, arrojando monedas entre el turbante. Una sonrisa, la primera que le veíamos, se dibujó en su boca al verse dueña de tanto dinero.

Volvió á bajar al Circo, donde la aguardaban sus compañeros. Y tal vez aturdida con su triun-

fo, no se fijó en que se había colocado muy cerca de la osa, que la odiaha.

—Toma, Mignon, gritó un espectador, tirando una moneda, que cayó entre las patas de la osa.

La chiquilla se apresuró á recoger la nueva dádiva; pero antes de guardársela se sintió abrazada fuertemente. Sus huesos traquearon con un crugido de leña seca. ¡Era que la osa la ahogaba entre sus brazos!

No dió un grito. Cuando la levantaron, salieron rodando unas monedas de su bolsillo.—¡Pobre Mignon! Era el precio de su rescate, lo que le había de servir para volver á su desierto á sus palmeras y á su aduar!

JOSÉ VELÁSQUEZ GARCIA.

EVOCACION

Fragmentos de un poema inédito.

Ruinas de una cartuja en el sitio más agreste y trágico de la sierra.

EL PEREGRINO

Va cayendo la tarde, y la infinita
Tristeza de esta soledad adusta,
Como sueño maléfico gravita
Sobre todo mi sér. Hasta el más quedo
Murmullo de los árboles me asusta,
Y oigo, al pasar, la voz con que me nombra
Entre las ruinas escondido, el miedo
Que es hijo del silencio y de la sombra.

Como un Titán que en su furor sublime
Ha sacudido sus hercúleos hombros
Y derribado el peso que le oprime,
Escondiendo su planta en los escombros
Alza ante mí fantásticos y esnetos
Sus incendiados muros el convento,

Con sus enormes y rasgadas grietas
Por donde cruza rebramando el viento.
Sólo contemplo en torno las señales
Del rencor de los hombres. La pilastra
Volcada entre los recios materrales
Por donde, llena de pavor, se arrastra
Rápida y ondulosa la culebra;
El siniestro perfil del muro hendido
Cuya negrura impenetrable quiebra
De trecho en trecho, la argentada luna
Con sus pálidos rayos; el graznido
De agorera corneja que en alguna
Desquiciada cornisa tiene el nido,
Sola como el pesar; la cruz de piedra

Por cuyos brazos trepa y se entrelaza
 Con mortífero amor lasciva hiedra,
 Y cual recuerdo de extinguida raza
 Allá en el fondo, en su marmóreo lecho,
 La escultura de noble castellano,
 Con su heráldico escudo sobre el pecho
 Y en la espada feudal puesta la mano,
 Todo en desorden trágico se ostenta
 Causando horror como padrón de afrenta
 A la barbarie del linaje humano.

.....

 ¡Oh monjes, que en la celda solitaria
 En tan agrios lugares escondida,
 Rompisteis con el don de la plegaria
 Todas las servidumbres de la vida,
 Menos la del dolor, y que sin ruido
 En ignorada sepultura, abierta
 Por vuestras manos en el santo cuido,
 Dormís en el regazo del olvido
 El sueño de que nunca se despierta!
 ¿A qué asomáis la descarnada frente?
 No escucharéis como en aquellos días
 Llenos de vuestro espíritu creyente,
 Los sacros himnos del salterio de oro
 Que estallando en solemnes melodías,
 Desbordaban vibrantes desde el coro.
 Ni veréis ya por el espacio inmenso
 De la atrevida y portentosa nave,
 Ascender la oración serena y suave,
 Vestida con su túnica de incienso.
 El claustro en que vivisteis olvidados,
 Como la flor silvestre que en la grieta
 Del nativo Peñón su aroma exhala;
 La torre que á los tristes y cansados
 Con la sencilla cruz de la veleta,
 Todos los rumbos místicos señala;
 La campana que aun antes de la aurora
 Turbaba la quietud de este desierto,
 Con esa voz en que se queja y ora
 La humanidad que vive y la que ha muerto;
 El ara excelsa donde tantas veces
 En vuestras lentas horas de amargura,
 Cual náufrago vajel que busca el puerto,
 Los sollozos mezclados con las preces
 Alzábais á región más santa y pura;
 Hasta la clara fuente que en el huerto
 Os brindaban sus ondas cristalinas.

¿En dónde están? Con ímpetu y fracaso
 Como una inundación, de las vecinas
 Cumbres bajó la turbulencia humana,
 Y el sol que iluminó desde el ocaso
 Vuestro tranquilo hogar, á la mañana
 Alumbró sólo calcinadas ruinas.

¡Ya es más firme y segura vuestra fosa
 Cubierta de zarzales! Para ejemplo
 De la futura edad, la fe grandiosa
 Que alzó tanta basilica asombrosa,
 Desplomándose va como ese templo.
 Aquel árbol de espléndido follaje
 Que dilataba en tiempos más felices
 Por encima del mundo su ramaje
 Y en todas las conciencias sus raíces,
 So cuyo pabellón siempre frondoso,
 La estirpe humana, en su espiral viaje,
 Hallaba, sin cesar, sombra y reposo,
 Del huracán, azote de la selva,
 Aún sin romperse el ímpetu resiste:
 Mas ¡cuán herido y deshojado y triste
 Hasta que Dios á renovarle vuelva!

Handiá, huadid, ¡oh monjes! en la tumba
 La amarillenta faz. ¿Podéis acaso
 Restaurar nuestra fe que se derrumba?
 ¿Lograréis que renazca á vuestro paso?
 ¡Hacedlo si podéis! Calmad la ardiente,
 La inextinguible sed que nos devora,
 Aun cuando mane de la oculta fuente
 El agua cenagosa y corrompida,
 Y sepa, al fin, el hombre que lo ignora,
 El tremendo misterio de la vida.
 ¿Dónde el término está de la jornada?
 ¿Será verdad que el hombre sólo sea
 Una mísera bestia alucinada
 Por los vanos engendros de su idea?
 La fe que manda, la razón que crea,
 La voluntad que mueve, las pasiones
 Rebeldes, los anhelos infinitos
 A otra mansión de perdurable calma,
 Los simbólicos dogmas y los ritos
 En cuyas inefables oraciones,
 Como un perfume se evapora el alma,
 ¿Son la burla brutal y el sueño insano
 A que perpetuamente nos condena
 Un caprichoso azar ó un Dios tirano?
 ¿No es sólo la tierra ingrata y dura,

Sino todos los orbes que encadena
 Con su atracción la inmensidad oscura,
 Lugares ¡ay! de irredimible pena?
 ¿Y en el mundo, en la mente y en la altura,
 Todo para el mortal será mentira,
 Menos su perdurable desventura?
 La creación que en el espacio gira
 Y con cadencia rítmica eslabona
 Astros que el hombre á penetrar no alcanza,
 ¿No es más, ¡oh espanto! que la eterna lira,
 En que la vida universal entona
 Triste canto á un dolor sin esperanza?
 Envueltos en el ciego torbellino
 De la cósmica masa que nos crea
 Y nos absorbe, indiferente y fría,
 ¿Cuál es, si lo sabéis, nuestro destino?
 Y en tan continua y trágica pelea,
 ¿Qué somos? ¿Dónde vamos? ¿Quién nos guía?
 ¿No respondéis! Atónitas y mudas
 Fantasmas de otra edad, veis nuestro duelo
 Sin disipar las tenebrosas dudas
 Que en horas de amarguísimo desvelo
 Cubren las almas de mortal congoja,
 Cual tropel desmandado y asesino
 Que á traición nos asalta en el camino
 Y hasta de la esperanza nos despoja.
 ¿Calláis?... ¿No importa que calléis! Si á veces
 La duda con sus densas lobregueces
 Nuestro abatido espíritu cautiva,
 Pronto del yugo le redime y salva
 La fe que surge luminosa y viva
 Como del seno de la noche el alba.
 Mas no la fe que, semejante al ave
 Entre dorados hierros prisionera,
 Entumecida y tímida, no sabe
 Ni el vuelo inútil ensayar siquiera;
 No la medrosa fe que cuando escucha
 La voz del trueno, sin vigor se postra,
 Sino la fe que el huracán arrostra,
 Sonda el abismo y con los monstruos lucha.
 ¿La fe en la humanidad, á quien Dios guía
 Siempre á la cumbre, siempre hacia adelante
 Y siempre en busca de la luz!

No es cierto

Que una divinidad ciega, sombría,
 Irónica y cruel rija el concierto
 Armónico del mundo. Aunque distante,
 Boga la nave hacia el celeste puerto,
 Combatida, es verdad, pero no errante

Quando el hombre en la selva enmatañada
 De su primera edad despertó preso,
 Al volver por doquiera la mirada
 Debíó sentir sobre su frente el peso
 De la naturaleza desbordada.
 Si desde el árbol en que estaba oculto,
 Con su conciencia aletargada á solas,
 En medio del fragor y del tumulto
 De tempestades, cataratas y olas,
 Miró al través de la espesura, informe
 Y como el caos revuelta, al pie del tronco
 La bestia hirsuta y el reptil enorme;
 Si creyó percibir su grito bronco
 Hasta en el son monótono y confuso
 De la selva agitada por la racha,
 De seguro tembló, mas se repuso,
 Y Adán, caído ó transformada fiera
 (¿Quién su origen conoce!) inventó el hacha,
 Derribó el árbol, encendió la hoguera,
 Arrancó al bosque sazonados frutos,
 Alzó la choza, desgarró el misterio,
 Mató los monstruos y domólos brutos
 Tras prolongada y formidable guerra,
 Erigió la ciudad, fundó su imperio,
 Surcó la mar y dominó la tierra.
 Quando por fin la indócil y salvaje
 Naturaleza, á su valor rendida,
 Templó su furia y le prestó homenaje,
 El hombre en la pujanza de su vida,
 Cada vez más resuelto, más potente
 Y más ansioso de extender sus huellas,
 Clavó en el cielo la pupila ardiente
 Y el rumbo sorprendió de las estrellas.
 ¿Quién contuvo sus ímpetus? ¿Qué valla
 Se resistió á su empuje soberano?
 ¿En qué indeciso campo de batalla
 No logró la victoria por su mano?
 Incansable y tenaz en su tarea,
 Siempre conquistador y siempre activo,
 Dió vida y forma á su impalpable verbo
 Que volaba incorpóreo y fugitivo,
 Alas resplandecientes á su idea,
 Animo al triste, libertad al siervo,
 Y sin tener un punto de desmayo,
 Arrebató, creciendo en osadía,
 A las entrañas de la nube el rayo
 Y el cetro á la infecunda tiranía.

Larga es la senda recorrida, y larga

La penosa labor á que se entrega,
 ¿Qué importa que el eterno peregrino
 A quien el polvo de las ruinas ciega,
 Dejando á trechos su pesada carga
 Se siente en el ribazo del camino?
 ¿Es ¡ay! extraño que vacile y dude,
 Cuando sus miembros la fatiga embarga
 Y mientras, lleno de zozobra, enjuga
 El sudor de su frente en donde deja
 Cada jornada el surco de una arruga
 Y una punzante espina cada queja?
 Pero luego de súbito sucede
 Su momentánea postración, y marcha
 Con redoblado afán. No le detiene
 Ni el calor, ni la lluvia, ni la escarcha,
 Ni el riesgo, ni la herida. Intima y sorda
 Oye una voz que de los cielos viene
 Y sin cesar le dice: ¡*Sursum corda!*

¡*Sursum corda!* Elevad los corazo es,
 Hijos nacidos de mujer! La senda
 Es escabrosa pero no infinita.
 Cuando os dealumbre el sol, cuando os ofenda
 El furor de los recios aquilones,
 Cuando sintáis la voluntad marchita,
 Alzad el alma á Dios. Su seno abierto
 Para todos está, como la tienda
 Que el árabe levanta en el desierto.
 ¡Alzad el alma á Dios tres veces santo!
 Que sin fijarse en condición ni en raza,
 Con su cerúleo y estrellado manto
 A todos nos cobija y nos abraza.
 El los humanos derroteros traza,
 Y cuando con la vida transitoria
 Nuestra angustiada incertidumbre cesa,
 Para elevarnos á mejor estado
 Y ceñirnos el lauro de su gloria,

En su justa balanza sólo pesa
 Lo que hemos padecido y trabajado.
 ¡Nadie en estéril ocio se consume!
 Para que fructifique la simiente,
 Abramos con la reja y con la pluma
 Los surcos de la tierra de la mente,
 Pues cuando á la labor que nos señala
 Hora por hora el cielo, damos cima,
 Subimos un peldaño de la escala.
 Que á la ciudad de Dios nos aproxima.
 Y si del pedernal que es infecundo
 Saca el golpe la luz, ¿no alcanzaremos
 Con esfuerzos constantes y supremos
 La prometida redención del mundo?
 Todo trabajo es oración. Oremos.

No faltarán á tan activas preces
 Templo ni altar. Las sordas tempestades
 Asolarán quizás como otras veces,
 Campos y monumentos y ciudades.
 Podrán caer las religiones todas
 Del tiempo en la rugiente catarata,
 Y los claustros, mezquitas y pagodas
 Hundirse, como esquife que arrebatada
 Deshecho temporal hacia el abismo.
 Pero aun cuando el tremendo cataclismo
 La superficie del planeta arrase,
 Entregado á sus iras sin defensa,
 No hará temblar la inmovible base
 De la admirable catedral inmensa,
 Como el espacio transparente y clara,
 Que tiene por sostén el hondo anhelo
 De las conciencias, la piedad por ara
 Y por nave la bóveda del cielo.

GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

Noviembre 8 de 1897.

LA REPUBLICA DOMESTICA

—Pues bien, Amabilia, dijo el esposo á su cara consorte, yo necesito decirte que.....

—¿Que me quieres?

—No. Eso pertenece á la historia antigua. Lo que yo necesito es orga-

nizar la administración doméstica bajo una forma política.

—Y bien?

—El hogar, hija mía, es una república.

—De veras?

—Sí. Y por eso he pensado, después de maduras reflexiones, en regularizar nuestro sistema de gobierno.

—¿A ver hijo, veamos cómo?

—Desde luego, yo seré el Jefe del Estado, digo, el Jefe del hogar.

—Y yo?

—Tú, Amabilia, serás el Ministro de Justicia.

—No, señor, no crea usted que soy tan boba. La Justicia es hoy lo mismo que nada. Yo quiero ser Ministro de Hacienda, estamos?

—Pero te encuentras tú con aptitud de manejar los fondos?

—Eso lo hace cualquiera, Simón. Para gastar dinero no necesito más que tenerlo.

—Es verdad. Bien: tú serás el de Hacienda. Tu madre doña Porfiria, el de Guerra, porque es un cargo bien compatible con su habitual belicosidad.

—Aprobado.

—Nuestra hija Palomina, el de Negocios Extranjeros, porque yo he notado que la chica se las vale para cultivar las relaciones exteriores.

—Conformes.

—Y tu padre, D. Simforiano, será el de Justicia, Culto, Beneficencia, etc. ¿Qué te parece el Gabinete?

—Me parece una cosa.....

—¿Cuál?

—Que toda la familia va á estar en el Poder.

—¿Y eso por qué te sorprende? Los gobiernos bien organizados y duraderos se componen de una sola familia. Así todo se queda en casa.

—¿Y dónde está el pueblo que vamos á gobernar?

—En la cocina. Allí está Chepa la cocinera, y ella va á ser la que representante al pueblo.

—Pero Simón, si la pobre es una infeliz!

—Así son los pueblos, hija mía. De lo contrario, te figuras tú que se dejarían

governar como uno quiere?

—Entonces, manos á la obra. Voy inmediatamente á balancear los fondos públicos.

—Sí, vé mientras yo preparo una conferencia con los demás ministros.

—Papacito!

—Yo no soy papacito, estamos? ni tú eres, Palomina, mi hija.

—Ah, bien, como soy nueva en la política y.....

—Adelante, señor Ministro!

—Pues bien, señor Presidente: el caso es que en el severo cumplimiento de los deberes de mi cargo, me consagro á estrechar más y más las buenas relaciones que felizmente existen con Lucas Gómez. Después de varias y profundas conferencias que hemos tenido al respecto, avanzaron tanto nuestras negociaciones, que estábamos al celebrar un pacto internacional, pero llegó á conocer el protocolo el señor Ministro de Guerra, y cogiendo una tranca, rompió las hostilidades con mi honorable colega.

—Hé aquí un conflicto internacional!

—Y un *casus belli*, papá, digo, señor Presidente.

—Válgame Dios, que no pueda uno estar en paz con las potencias extranjeras!

—Por eso vengo á renunciar el Ministerio.

—Eso no puede ser, hija, digo, señor Ministro. Voy á reunir ahora mismo el Consejo de Estado.

—Señor Presidente: no hay un centavo en caja.

—¿Es posible, señor Ministro de Hacienda?

—Como usted lo oye!

—¿Y en qué se han invertido las rentas públicas?

—En sostener, con el rango debido, el personal del Gobierno.

—Pero haga usted algunas economías, hombre.

—Se han hecho ya todas las que se puede. Le hemos suprimido el chocolate al loro, el maíz al gallo, el alpiste al canario y la carne al gato.

—¿Y qué comen esos animales?

—Nada.

—Entonces ¿estarán agonizando?

—No, porque todos se han ido.

—¿Se han ido? Ah, traidores! Conque abandonan al Gobierno en situación tan crítica?

—Pero señor, si estaban pereciendo!

—Eso no importa, el buen servidor está obligado á morir en ayunas.

—Yo lo que digo es que la Hacienda Pública está en bancarrota completa.

—¿Y tenemos crédito?

—Sí, pero crédito perdido.

—Entonces es lo mismo que nada.

—¡Lo mismo!

—¡Jesús nos ampare!

—Y, además, va á haber crisis ministerial.

—Otra te pego! ¿Por qué?

—Va sabe Vucencia el desacuerdo habido entre los ministros de Guerra y de Relaciones Exteriores con motivo del pacto secreto que estaba negociando el segundo con una potencia amiga y en el cual estaba seriamente comprometida la honra nacional, dicho sea entre paréntesis. Sin embargo, el Ministro de Justicia apoyó la injusticia en favor del de Relaciones, alegando que podía haber una ventajosa alianza en perspectiva. Se inflamó entonces el de la Guerra y tuvo un choque con el de Justicia, intervino el de Relaciones en auxilio del último y yo corrí á favorecer al primero, armándose un zipizape que terminó cuando las cuatro nos arrojamos las carteras á la cabeza.

—¡Qué atrocidad! Ahora yo con quién gobierno?

—Eso es lo que yo estaba pensando.

—¿Y el pueblo, qué dice de todos estos escándalos?

—Nada, allí está la pobre Chepa lavando los platos.

EN EL MAR

Aquí en el mar rugiente y orgulloso,
Soberbio y tempestuoso
Como el amor que mi existencia agita;
Aquí, donde el susurro de la brisa,
Tu cándida sonrisa
Y el eco dulce de tu voz imita;

Aquí, donde las ondas rumorosas
Remedan envidiosas
Las divinas turgencias de tu pecho;
Aquí, do las espumas del oleaje
Semejan el encaje
De las blancas cortinas de tu lecho;

Aquí, donde lo ruin desaparece

Y el alma se engrandeece
Ante la inmensidad del oceano;
Aquí, donde la roca combatida
Alza su frente erguida
Que el mar intenta doblegar en vano;

Aquí, donde mi amor y mi firmeza
Y tu gentil belleza
Están á maravilla retratados,
Aquí aspiro á morir cuando la suerte
Con su hálito de muerte
Cierre mis ojos de llorar cansados.

BILLO.

A UNA AMAZONA



¿Te acuerdas? Ya hace mucho tiempo de esto: fué cuando amabas. El aire estaba fresco como si dentro de cada gota de luz fuese una gota de agua. Acabábamos de tomar en sendos tarros—tú no quisiste que bebiera en el tuyo—la espumosa leche que delante de nosotros ordeñaron. ¡Cómo reímos en esa azul mañana y cómo recuerdo los bigotes blancos que dibujó la leche en tu boquita! Ibamos á partir. Tu caballo relinchaba impaciente, y tu mamá, al verle brioso, te suplicaba que no hicieras locuras. ¿Te acuerdas? No podías subir, y yo, para ayudarte, te tomé entre mis brazos. No he podido olvidarlo. ¡Qué cerca estuvimos en ese instante y qué lejos estamos hoy! Desarreglé los pliegues largos de tu amazona y estreché entre mis manos tu delicado botoncito. Tú, ruborizada, espoleas-

te tu caballo y corriste riendo por el llano. Te alcancé. Galopámos mucho, mucho, haciá el lugar por donde sale el sol. Parecía que corríamos hacia un incendio. Los demás se habían quedado atrás, y tú, medrosa, quisiste que los aguardáramos á la sombra de un árbol. Allí nos detuvimos.

Yo pensaba en el breve botín que ocultaba tu amazona y en tu corazoncito que yá había sentido junto al mío. Y hablámos, y tu cabello color de oro se fué acercando junto al mío como si fuera á contarle algún secreto, y de repente, mi boca trémula besó los delicados bucles rubios que se erizaban en tu cuello.

¡Cómo ha corrido el tiempo! Cuando tengas hijas, no dejes que ninguno las ayude á sentarse en el albardón de su caballo.

M. GUTIÉRREZ NÁJERA.

RULE, BRITANNIA

DE PASO EN LONDRES

Al ilustre proscrito colombiano, Dr. Santiago Pérez

Vive Dios que me espanta esta grandeza.....

CERVANTES.

Dos mares á mi espalda se quedaron,
Que el suelo de la patria me escondieron
Y que aun los mismos Andes me ocultaron
Aguas que entre sus tumbos me trajeron
Y en tus playas, oh Londres, me arrojaron!..

Huyendo lo pequeño el alma mía
Con ojo enjuto me senté en la proa;
Adiós, dije á la infame tiranía,
Apreté el corazón que me dolía,
Y eché la vista á la lejana aurora!

Anciano padre, amigos de la infancia,
De mi madre el sepulcro, circuido
De flores de tristísima fragancia;
Todo lo que es mi fuerza y mi arrogancia,
Todo lo que me libra del olvido,

Quedóse allí... como indecisa estrella.
Que si cierro los ojos entreveo,
Pálida y triste, pero amante y bella.....
¡Luciérnaga vivaz de un devaneo,
Que alumbra apenas mi interior querella!

¡Y estoy en otro mar!..... ¡Piólagos humano
Donde ni un eco á mi clamor responde,
Ni hay otra mano que me dé la mano!
¡El mismo sol, como humillado, esconde
Su rayo vencedor, de este oceano!

Por fin mis ojos á la tierra miran,
Por fin me apoyo en la segura roca;
Mis cansados pulmones no respiran,
Y las ideas por la mente giran
Sin asomarse á la convulsa boca.....

Oh asombro! oh confusión! oh laberinto!
Dédalo inescrutable! ágora inmensa!
¡Del movimiento humano amplio recinto
Donde sobran rincones al instinto
Y opulentos palacios al que piensa!

Esta calidoscópica balumba
Mi pie detiene en infernal descanso
Como si me parara entre una tumba;
Y mientras más su estrépito retumba,
Más me estrecha el tumulto en su remanso.

Y ando como escoltado por mi sombra
Cual cazador furtivo entre las breñas
Pisando apenas la callada alfombra:
Paréceme que el ámbito me nombra
Y todo cuanto miro me hace señas.

Mis fieros atavismos de salvaje
No sufren semejante desvarío
De poder, que si abruma, da coraje.
¡Esta mansión del genio es un ultraje
Al yermo erial del pensamiento mío!.....

Entonces á los árboles me allego,
Que en parques como pampas hacen fila,
Y á su agreste quietud pido sosiego;
Mas como el sol les esquivó su fuego
Su esqueleto de nieve me horripila.

Del Támesis corriera el curso blando
Y al rumor de sus aguas me calmara,
Pero hay cien puentes que lo están ereando
Y mil navíos que lo están surcando
Y cerniendo su ninfa en alquitara.....

Cuanto feraz naturaleza hiciera
Nada aquí guarda su cariz nativo:
Ni la planta en su zoclo; ni la fiera
En su jaula de hierro; la pantera
Mira al oso polar, también cautivo.....

De la caduca edad, de las edades
Porque ha pasado nuestro errátil mundo,
Aquí están los despojos y deidades,
En templos y museos cual ciudades,
Durmiendo el sueño del sopor profundo.

Del pensamiento y la palabra escritos,
Sobre el papyrus los inciertos rastros;
Los emblemas y símbolos y mitos
Que consagraron los primeros ritos
De Osiris, Bramas, Budas, Zoroastros.

De las variadas zonas y los mares
Algas y flores, líquenes y arena,
Especies é individuos á millares;
De los héroes las luchas y avatares,
De las razas humanas la cadena.

Y cerca allí de Darwin la figura,
De faz tranquila y de cabello luengo,
Que hasta en el bronce túrbido fulgura,
Irónico mostrando la criatura
Que dió al rey de los reyes su abolengo.

Como advirtiéndolo al triunfador maguato
Que cree tocar el cielo con la mano,
Que el triunfo no se obtuvo sin combate;
Que la ciencia los ídolos abate
Y que el gigante de hoy era un enano...

Del telescopio la potente luna
Sigue el paso á los astros rutilantes,
Sorprendiendo los mundos en su cuna;
Y sigue y sigue entre la noche bruna
Hérschel á dominar los más distantes.

Y se toca y se palpa con el dedo
El lugar en que Newton su balanza
Sobre el globo asentó, quedo, muy quedo,
Y alzándola hasta el cielo con denuedo,
Volcó el trono de Júpiter por chanza.....

Ora bajando enormes galerías,
Que el taladro mecánico perfora
É iluminan eléctricas bujías,
De otro cosmos se ven las amplias vías
Por do rueda la andaz locomotora.

Y solo cada cual consigo mismo
En aquellas crujiás subterráneas,
Si siente de la nada el paroxismo
Pide aire y vida y sér al periodismo,
Y a cable sus fruiciones instantáneas.

Acabado el fantástico viñe,
Que no soñaron Cook ni Marco Polo,
Vuelve del mar humano el oleaje,
Del desierto de torres el miraje,
Y el yo á enconstrarse abandonado y solo.

Entonces el viajero se pregunta
Si es sueño ó realidad lo que se siente,
Y poco á poco sus ideas junta;
Hasta que al fin en la conciencia apunta
La razón de este imperio indeficiente:

Aquí la sacra Libertad sus lares
Erigió en roca viva, y blandió el cetro
A ignotos golfos y apartados mares,
Borrando despotismos seculares
Con proyectar su luminoso espectro.

No más su carro Jagrenat pasca
Sobre aplastados cráneos: ni yá el filo
—Que sangre humana sin cesar gotea—
Del islámico alfanje centellea
En las fecundas márgenes del Nilo.

Las madres negras sus pupilas hondas
Yá enjugaron de todos los dolores
Con que el negrero las hirió en sus rondas.
Hoy vigilan y surcan esas ondas
De Albión los argonautas vengadores!...

Y de toda la tierra los proscritos,
Los que un tirano dondequier injuria:
Los que en Colombia llevan sambenitos,
Los que ablandan Siberia con sus gritos
Para oprobio y baldón de esta centuria,

Aquí hallan tibio maternal regazo,
Aquí hallan todos inviolable albergue
Contra el veneno, el úkase y el lazo;
Y aun del que Anareos dirigiera el brazo
Aquí sin miedo la cabeza yergue.....

Así doquier se torna el pensamiento,
Doquier que ansiosa la vió se explaya
Del genio inglés se admira algún invento,
Se ve de su constancia un monumento
Y de la libertad un atalaya.

Y no con mano pródiga Natura
Este suelo dotó; ni fué en un día
Cuando Britannia coronó esta altura.
¡Antes de ese cenit fué noche oscura,
Antes de este esplendor fué la agonía!

La propia marejada que hundió á Roma
La que entre ruinas entercó á Cartago
Y de España y sus mundos fué carcoma,
Aquí en furioso temporal asoma
Amenazando asolación y estrago.

El torpe Fanatismo irguió la frente
Y amagó sumergir esta comarca
Al Vicario de Cristo inobediente;
La fulminó el Gran Lama de Occidente
Y había de ser de sangre inmensa charca.

Reyes beodos de infatuada ira
—Después de hollar las glorias españolas—
Acá levaron en piadosa hegira
Para extender de Inquisición, la pira....
¡Airado el mar se los tragó en sus olas!

Y aún tuvo que luchar como ninguna
En los turbios albores de este siglo;
Entonces que la Audacia y la Fortuna
Parieron en menguada y pobre cuna
De la fuerza despótica el vestigio.

¡Oh Corso de la lisa cabellera! (1)
¡Cuán constante no fué tu pesadilla
De Abukir á Victoria y Talavera,
En todas partes viendo la bandera
Que al fin en Waterloo tu frente humilla!

Tu orgullo insano, todos tus furores
Aquí están en bronceados pedestales,
Donde la Libertad riega sus flores
A Nelson, Wellington, sus defensores,
Que tu derrota coronó inmortales.....

Oh Londres! el viajero peregrino
Se descubre al dejar tanta grandeza,

(1) O Corse á cheveux plats! BARBER, *l'Idole*.

Cuelga su lira y sigue su camino;
De su vida el deshecho torbellino
Yá en lontananza á rebramar empicza.

Quédate, pues; y que tu voz de trueno
Por siempre libertad al mundo vibre.

Amedrentando al vil, honrando al bueno
Hasta que luzca el porvenir sereno
En que, cual tú, la Humanidad sea libre!

ANTONIO JOSÉ RESTREPO.

Londres, Enero de 1897.

EL PAPA HA MUERTO!

He pasado mi infancia en una gran ciudad de provincia, cortada en dos por un río caudaloso y embravecido, donde tomé el gusto por los viajes y la pasión por la vida marítima. Hay allí sobre todo un puentecillo en el cual nunca pienso sin emocionarme. Aún me parece ver el cartelón clavado en un poste:

CORNET, BOTES DE ALQUILER;

la pequeña escalera que se sumerge en el agua, resbaladiza y ennegrecida por la humedad; la flotilla de barcas pintadas recientemente con colores vivos, alineándose bajo la escalera, balanceándose suavemente y como aligeradas por sus bonitos nombres escritos en letras blancas, el *Pájaro mosca*, la *Golondrina*.

Y luego, el tío Cornet, con su tarro de pintura, sus grandes pinceles, su cara curtida, arrugada y con mil pequeños hoyuelos, como el río en una tarde de viento fresco..... ¡Oh, este tío Cornet! Ha sido el Satanás de mi infancia, mi pasión dolorosa, mi pecado, mi remordimiento. ¡Me ha hecho cometer tantos crímenes por sus barcas! No iba á la escuela; vendía mis libros!— ¡Qué no hubiera vendido por remar todo un día!

Allá en el fondo de mi bote mis cuadernos de clase, el sombrero echado atrás y sintiendo en las sienas el suave aleteo, como de abanico,

de la brisa del río, remaba con firmeza, frunciendo las cejas para darme todo el aire de un viejo lobo marino. ¡Qué triunfo el mezclarme en este gran movimiento de barcas, de canoas, de trenes de madera, todos costándose, evitándose y separados solamente por un ligero encaje de espuma!

De repente las ruedas de un vapor batían el agua cerca de mí, y una pesada sombra me envolvía!

¡Cuidado, granuja!— me gritaba una voz enronquecida;— y sudaba, me esforzaba, atolondrado en aquel vaivén de la vida del río, que la vida de la calle atravesaba incesantemente sobre sus puentecillos.

Algunas veces tenía la suerte de encontrar la *cadena*. Pronto me agarraba y me unía al largo tren de botes remolcados, dejándome llevar por la corriente silenciosa que cortaba al río en largas cintas de espuma. Allá lejos, muy lejos, oía el ruido monótono de la hélice; luego, un perro que ladraba en una de las barcas y un hilo azulado que salía de una chimenea, y todo esto me parecía la ilusión de un gran viaje y de la verdadera vida abordo.

Muchas veces, cuando no encontraba la *cadena*, era necesario remar, y remar á las horas del sol. ¡Oh, los ardientes rayos cayendo á plomo sobre el río, aún parece que me

quemar! Todo era llamas, todo reverberaba en aquella atmósfera luminosa y sonora en que los movimientos vibran; y los remos y las cuerdas, chorreando, daban luces vivísimas como de plata bruñida. Y remaba cerrando los ojos. Por momentos, al vigor de mis esfuerzos, al empuje del agua bajo la barca, me figuraba que iba con rapidez; pero volviendo la vista atrás, veía siempre el mismo árbol y el mismo muro en la orilla.

En fin: toda aquella batahola cesaba. Los jardines de los *faubourgs*, las chimeneas de las fábricas se reflejaban de vez en cuando, y allá en el horizonte temblaban las verdes islas. Entonces, no pudiendo más, me retiraba á la orilla en medio de los rosales poblados de abejas; y allí, fatigado por el calor, aquel pesado calor que subía del agua, el viejo lobo marino se estaba, rascándose la nariz, horas enteras en muda contemplación. Nunca mis viajes tuvieron otro desenlace. Pero, ¿qué queréis? Yo encontraba esto delicioso.

Lo terrible, sí, era la vuelta, la entrada á mi casa. Por más que hacía, siempre llegaba tarde, mucho después de pasadas las clases. ¡Y cómo aumentaba mi remordimiento la caída de la tarde melancólica, las lámparas de gas ya encendidas, el toque de retreta, la oración! ¡Y cómo me causaba envidia el ver á las gentes que pasaban, entrando á sus casas con aquella tranquilidad, después de haber cumplido con sus deberes! Y corría con la cabeza pesada, brumosa, llena de sol y de agua, con el zumbido del río aún en los oídos, y con el rubor de la mentira impreso yá en el rostro.

Porque era necesaria una cada vez para hacer frente á aquel terrible ¿de dónde vienes? con que me recibían á

la puerta. Este interrogatorio á la llegada era lo que más me atormentaba. Debía responder inmediatamente, sin cortarme y con firmeza; contar una historia pronto, alguna cosa asombrosa y extraña para que la sorpresa suspendiera todo recelo. Y para esto tenía necesidad de pensar y tomar aliento. Inventaba sinistros, revoluciones, cosas terribles; una parte de la ciudad en llamas; el puente del ferrocarril roto.

Pero nunca encontré tan fuerte como esto:

Un día llegué más tarde que de costumbre. Mi madre, que me esperaba desde hacía rato, estaba acechándome en la escalera con el terrible ¿de dónde vienes?

No tuve tiempo de prepararme; había llegado demasiado pronto..... Esta vez, pensé, me pillaron. De repente se me pasó una idea loca. Sabía que mi madre era muy piadosa y católica, ¡y mucho! y le respondí con toda la pena de una gran emoción:

—¡Oh, mamá; si supieras!.....

—¿Qué, pues, qué hay?

—¡El Papa ha muerto!

—¡El Papa ha muerto!—exclamó la pobre—y se apoyó contra la pared. Pasé inmediatamente á mi cuarto, un poco espantado de mi salida y de la enormidad de la mentira. Lo recuerdo, una noche silenciosa y fúnebre; el padre grave y la madre aterrada. Se hablaba quedito. Yo bajaba los ojos; nadie se acordaba ya de mi escapatoria, con la desolación de la noticia.

Cada uno citaba, á porfía, algún rasgo de la vida del pobre Papa Pío IX; después, poco á poco, la conversación se extendió sobre la historia de los Papas. Tía Rosá habló de Pío VII, á quien recordaba haber visto pasar en el fondo de una silla

de posta, entre gendarmes, allá, en el Mediodía. Y luego la famosa escena con el Emperador: *Cómico..... trágico!.....*

Era la centésima vez que la oía; esa terrible escena, siempre con la misma entonación, los mismos gestos y aquel carácter estereotipado en las tradiciones de familia que se van legando como historias de convento. Y nunca me había parecido tan interesante.

Escuchaba con suspiros hipócritas,

con un aire de interés, y á cada instante decía para mí:

—Mañana por la mañana, cuando sepan que el Papa no ha muerto, será tanta su alegría, que ni regañarán.

Y pensando en esto, mis ojos se cerraban á pesar mío, y tenía visiones de pequeñas barcas pintadas de azul en un rinconcito del Saone, y los remos chorreando gotas diamantinas.

AFONSO DAUDET.

EN EL POLO



A MAXIMILIANO GRILLO

Sobre los niveos dorsos de los flotantes bloques
La turba de osos blancos se mueve en lo invisible,
Y sus pupilas rojas fantásticos retoques
Le dan al cuadro horrible.

El grifo lomo en arco, el fino bello en punta,
Las afiladas garras en hocco amago junta
Y bota á flote el móvil aligero trineo,
Mientras del surto barco la carabina apunta
Y llena los confines el turbio centelleo,
Y avanza silenciosa hacia la rota púa,
Que yá no rompe el hielo, ni da á la mar sondeo,
Y asaltan la falúa
De las boreales albas al último clareo.....

Desgarra la cubierta la zarpa furibunda,
Y á cada horripilante pupila que se muestra
Retumba sorda trombra terrífica y siniestra
Y rueda sobre el hielo sangrienta y moribunda.

Pasó la horrenda noche, la noche de seis meses,
Tornaron los valientes á su natal orilla;
Los que partieron jóvenes volvieron cual las mieses
Que enjuta la avalancha..... rugosa la mejilla.....

AGRIPINA MONTES DEL VALLE.

LOS NERVIOS

Peso ciento ochenta libras inglesas; mido cinco piés y ocho pulgadas del talón á la raíz del pelo; y en mi cara se vende más salud que en una farmacia. Cualquiera, al observar la cuasi bermeja color de mi tez, juraría que ello es efecto de estimulantes, cuando es la verdad que ni el zumo de las parras, ni los alcohólicos fermentos entran jamás en mi reino. En una palabra, soy lo que un Agente de seguros de vida llamaría UN BUEN RIESGO.

Pero vaya usted á fiarse de apariencias. En oposición á estas saludables condiciones de mi naturaleza, padezco un achaque insufrible, que me hace desgraciado. Tengo nervios.

No hay que imaginarse por esto que soy persona que se desmaya porque delante de mí le rebanen la cabeza á cualquier prójimo. Hombre soy de los de pelo en pecho, y como la cosa sea gorda, la afronto. Mis nervios entonces se templan y engruesan, y pudiera decirse que todo mi cuerpo se vuelve músculos.

Mi especialidad consiste en lo pequeño, en lo diminuto, en aquello en que otros ni siquiera paran mientes. Un zapato que cruje, un gozne que rechina, un tenor que da gallo, un violín que rasca las tripas, un orador que no acierta con el hilo de su discurso,

un hablador que no deja meter baza, un tartamudo que masca las palabras, un bizco que me mira por carambola, son cosas que me sacrifican, que me revientan.

Los amigos más caros á mi corazón los he perdido á causa de esa maldita idiosincracia. Uno tenía, por quien hubiera dado gustoso la vida. Amistad de diez años, pruebas mutuas de cariño, sacrificios desinteresados, todo se lo llevó pateta en una sola noche. Por la primera vez dormimos en la misma pieza, aunque en distintos lechos. Antes de irnos á la cama fumámos un puro, echámos un párrafo, dímonos las buenas noches, y venga el señor Morfeo. ¿Morfeo dijiste? Ni por pienso. Al cabo de un instante, mi amigo comenzó á resollar gruesso como quien prepara un fuelle de iglesia para entonar vísperas en el órgano; luego dejó escapar de su garganta unos registros en recalitrantes escalas cromáticas; pausa de semínima, y de repente un *tutti á grande* orquesta Flautas agudas, cuernos graves, trombones profundos, oboes quejumbrosos; ¿qué concierto más completo!

—Pepe... Pepito... Pepillo! Despierta, chico, que estás roncando.

—¿De veras? Pues es extraño, porque nunca ronco. Será que es-

toy echado sobre el corazón. Y se volteó del lado del hígado.

Silencio de algunos minutos; á poco rato nuevo soplar de fueles, probar de instrumentos, afinar del *la* y *da capo al signo*, con redoblado furor y apresurado compás de *allegro vivace*.

—Pepe... Pepito... Pepillo... Pepete!

—¿Qué es, hombre?

—Que vuelves á roncar, querido.

—Será á causa de la almohada. Y volteó la almohada.

Breve rato tardó en proseguir el interrumpido concierto. De la obertura de Lohengrin pasó el inconsiderado amigo á la de Tanhauser, y acaso me hubiera obsequiado con todo el selecto repertorio de Wagner, á no ser que le llamé de nuevo.

—Pepe... Pepito... Pe.....

—Vete en horamala, hombre, que no me dejas dormir. Ahí te dejo tu cama y tu casa! Levantóse airado, vistióse de prisa y se marchó. Hasta el sol de hoy. Buen amigo, excelente mancebo; te he perdido para siempre. ¿Qué vamos á hacer? Estos nervios....

Viene ahora á mi recuerdo Paco Sánchez, el mozo más cabal que he conocido en la tierra. Una perla de muchacho; pero se comía las uñas. Con disimulo comenzaba por llevarse el dedo á la boca, así como quien se acaricia el bozo. En seguida la carcomida uña entraba voluntaria al holocausto; rasgábase la carne, corría la sangre, y mis pobres nervios parecía que iban á esta-

llar. ¡Qué suplicio! Al fin pudieron más que mi prudencia esos filamentos invisibles, y me hicieron saltar sobre el voraz antropófago, y arrancarle de los dientes aquella su propia diestra, que se comía cruda y á pedazos. ¡Pobre Paco Sánchez! Si el inocente afán de devorarte á tí mismo te ha dejado siquiera una sola mano útil, á ella alargo yo la mía para implorar tu perdón.

Aseguran que la falta de la letra R en ciertos meses del año enflaquece y enferma á las ostras. Lo propio me sucede á mí cuando oigo suprimir ó falsificar el sonido de esa consonante.

—Permítame usted, hermosa niña, que ofrezca á usted este vaso de *sangría*, dije en cierta reunión de familia á una agraciada muchacha que acababa de llamarme la atención por su modesta belleza. Tenía yo diez y ocho años, la edad del recocó en el pañuelo y en la galantería, y añadí: —Es usted, en verdad, señorita, la flor más galana de este pensil.....

Abrió la niña los lindos labios, y por ellos dejó escapar este inverosímil vocablo:

—Favol.....

Esa ele fatal me atravesó la epidermis y fué á herir mis nervios. Flaquééronme las piernas, tembláronme los brazos, y la fuente, y la copa y el líquido cayeron sobre el traje de la dama. A su lado estaba la madre. Ay! el defecto de pronunciaación era defecto de familia, porque al notar mi adefesio, la buena señora exclamó:

—¡Qué horror!

Sentíme caer y caí, sentado sobre un gordo que en un sillón vecino estaba repantigado, entretenido en cerrar y abrir el abanico de la infeliz doncella. Rompióse el abanico, enojóse el gordo, ¡yo quedé confundido. Estos malditos nervios!

Zagalejo era yo cuando en una sociedad de aficionados se me adjudicó el papel de don Pedro de Castilla en el drama de "El Zapatero y el Rey". Una moza del pueblo, una de esas hermosuras de orilla, que son las únicas que por allá suelen hacerse cargo de tales prebendas, hacía de la hija del zapatero, y en su transporte amoroso olvidó las erres que se le habían enseñado, y nos espetó la siguiente cuarteta:

Quando ese hombre amod me juda,
Lo juda con tal pasión,
Que obliga á mi codazon
A creed en su impostuda.

Desgañitóse en risas y en gritos el auditorio, pero yo me enfermé. Aquellas erres se clavaron todas, como tachuelas negras, en mi sistema nervioso, y no me fué posible volver á las tablas. El Rey! clamaba el público, viendo que el fiero don Pedro no salía. ¡Qué había de salir! Detrás de bastidores estaba yo, y.....allá va corona de cartón dorado, allá va capa de pañolón carmesí, allá medias blancas de mujer, y allá de la Verónica prestados canelones. Toda la regia pompa de que estaba yo vestido quedó allí por los suelos y yo me fuí á casa en-

fuerecido, crispado, hecho un basilisco contra aquella desdichada que me había asesinado en cuatro versos de Zorrilla.

¿Y qué decir de las veces que en banquetes oficiales ó en comidas caseras he tenido por delante convidados inicuos, que me han mortificado hasta la crueldad metiéndose el cuchillo entre la boca y sonándolo entre los dientes; y otros que creían indispensable á la masticación el sonar las mandíbulas, á semejanza de ese doméstico cuadrúpedo, al cual no miento ahora porque ninguno de los cuatro nombres que darle solemos cuadra bien en un párrafo medianamente literario?

Y nada diré tampoco de aquello de ver á personas que muy bien sabido se tienen que no existe comunicación práctica entre las fosas nasales y la cavidad del cerebro, y que no embargante esta convicción anatómica, se ejercitan distraídos en echar el índice por esos pasadizos de la respiración, como si tuviesen empeño en tocarse los sesos. ¡Y tenga usted nervios y vea usted eso con sangre fría!

Y á menos que fuera una apergaminada momia egipcia, sin sensibilidad y sin vida. ¿pudiera soportar impasible á los que sueñan las coyunturas de los dedos, yá en entretenido fuego graneado, yá en descargas cerradas de todos los diez mandamientos á la vez? Y los que mientras uno habla remedan con sus muecas todos los gestos de nuestra fisonomía; y los que para hacer cual-

quiera manipulación, para abotonarse un puño, para formar el lazo de la corbata, para atar la faja del paraguas, etc., etc., sacan á lucir dos pulgadas de lengua, que luego muerden á proporción que aprietan, hasta imaginarse uno que va á caer al sue-

lo el pedazo rojo, amoratado como remolacha?

El mundo, dijo cierto machetón de mi país, es de los audaces.

El mundo, digo yo, es de los que no tienen nervios.

N. BOLET PERAÑA

F I D E L I A

Et dans chaque feuille qui tombe
Je vois un presage de mort.

MILLEVOYE.

¡Bien me acuerdolo! ¡Hace diez años!
Y era una tarde serena!
Yo era joven y entusiasta,
Pura, hermosa y virgen ella!
Estábamos en un bosque
Sentados sobre una piedra,
Mirando á orillas de un río
Cómo temblaban las yerbas.

Yo no soy el que era entonces,
Corazón en primavera,
Llama que sube á los cielos,
Alma sin culpa ni penas!
Tú tampoco eres la misma,
No eres ya la que tú eras,
Los destinos han cambiado;
¡Yo estoy triste y tú estás muerta!

La hablé al oído en secreto
Y ella inclinó la cabeza,
Rompió á llorar como un niño,
Y yo amé por vez primera.
Nos jurámos fe constante,
Dulce gozo y paz eterna,
Y llevar al otro mundo
Un amor y una creencia.
Tomámos ¡ay! por testigos

De esta entrevista suprema,
Unas aguas que se agotan
Y unas plantas que se secan,
Nubes que pasan fugaces,
Auras que rápidas vuelan,
La música de las hojas,
Y el perfume de las selvas!
No consultámos entonces
Nuestra suerte venidera,
Y en alas de la esperanza
Lanzámos finas promesas;
No vimos que en torno nuestro
Se doblegaban enfermas
Sobre los débiles tallos
Las flores amarillentas;
Y en aquel loco delirio
No presumimos siquiera
Que yo al fin me hallara triste!
¡Qué tú al fin te hallaras muerta!

Después en tropel alegre
Vinieron bailes y fiestas,
Y ella expuso á un mundo vano
Su hermosura y su modestia,
La lisonja que seduce,
Y el engaño que envenena,

Para borrar mi memoria
 Quisieron borrar sus huellas;
 Pero su arcángel custodio
 Bajó á cuidar su pureza,
 Y protegió con sus alas
 Las ilusiones primeras;
 Conservó sus ricos sueños,
 Y para gloria más cierta
 En el vaso de su alma
 Guardó el olor de las selvas;
 Guardó el recuerdo apacible
 De aquella tarde serena;
 Mirra de santos consuelos,
 Alóe de la inocencia!.....

Yo no tuve ángel de guarda,
 Y para colmo de penas
 Desde aquel mismo momento
 Está en eclipse mi estrella;
 Que en un estrado una noche
 Al grato són de la orquesta,
 Yo no sé por qué motivo
 Sé enlutaron mis ideas;
 Sentí un dolor misterioso,
 Torné los ojos á ella,
 Presentí lo venidero:
 Me vi triste y la vi muerta!

Con estos temores vagos
 Partí á lejanas riberas,
 Y allá bañé mis memorias
 Con una lágrima acerba.
 Juzgué su amor por el mío,
 Y entibióse mi firmeza,
 Y en la duda del retorno
 Olvidé su imagen bella.

Pero al volver á mis playas
 ¿Qué cosa Dios me reserva?.....
 Un duro remordimiento,
 Y el cadáver de FIDELIA!

Baja Arturo al Occidente
 Bañado en púrpura regia,
 Y absoplar del manso Alicia
 Las colias arpas suenan;
 Gime el ave sobre un sauce
 Perezosa y soñolienta,
 Se respira un fresco ambiente,
 Huele el campo á flores nuevas;
 Las campanas de la tarde
 Saludan á las tinieblas,
 Y en los brazos del reposo
 Se tiende naturaleza!.....
 ¡Y tus ojos se han cerrado!
 ¡Y llegó tu noche eterna!
 Y he venido á acompañarte,
 Y yá estás bajo la tierra!.....

¡Bien me acuerdo! Hace diez años
 De aquella santa promesa,
 Y hoy vengo á cumplir mis votos.
 Y á verte por vez postrera!
 Ya he sabido lo pasado.....
 Supe tu amor y tus penas,
 Y hay una voz que me dice
 Que en tu alma inmortal me llevas.

Mas.....lo pasado fué gloria,
 Pero el presente, FIDELIA,
 El presente es un martirio.
 ¡Yo estoy triste y tú estás muerta!

JUAN CLEMENTE ZENEA.

MODESTIA REPUBLICANA

Eran los días de peregrinación de la libertad.

Al llegar Juárez, en compañía de los miembros del Gabinete á Durango, la dueña del hotel en que iba á hospedarse el grupo de in-

maculados, preparó la mejor habitación para uso de los ministros, que era duranguense y amigo de ella.

Guillermo Prieto, que llegó al hotel antes que los demás, con el

objeto de que se preparase el mejor cuarto para Juárez, habiendo visto el que la señora le destinaba á su amigo, se lo cedió á don Benito, que entraba á la sazón, vestido de dril y con sombrero de palma. Ver la propietaria del establecimiento á aquel indígena así vestido, introducirse en aquella estancia y lanzarse á él, todo fué uno.

—Oiga, hombre, ¿á dónde va?— le preguntó.

—Señora, usted perdone,— dijo Juárez,— se me ha dicho que ésta es mi habitación.

—Sí? pues no se pierde, ésta la tengo reservada para don Fulanito.

—Está bien, señora,— repuso el Benemérito, bajando la cabeza y saliendo del cuarto.

Prieto, por algunas palabras de la señora, comprendió lo que

pasaba é inmediatamente se dirigió á ella, diciéndole:

—Qué ha hecho usted? ¡Le ha corrido un desaire al Presidente!

—¡Cómo! ¿Ese.....?

—Es el Presidente de la República.

Más muerta que viva se dirigió al indio egregio, cargada de disculpas. Juárez le contestó con amabilidad:

—Un buen amigo, señora, vale tanto como el Presidente de una República. No tiene usted por qué disculparse, pues yo no soy más que nadie.

¡Qué hermosa página de modestia republicana!

¡Qué contraste entre la humildad de Juárez y la de "esos mil necios que grandes se juzgan" como dice el poeta Heredia!

LA SOLEDAD

Salve, tranquila soledad augusta,
Dulce consuelo del que sufre y calla,
Angel que cruzas con quietud el mundo,
Amiga del misterio y de la calma!

A ti se acoge el pobre miserable
Y aquel que siente torturada el alma;
Te bendice el que goza y el que sufre,
Y ambos te ofrendan, soledad, sus lágrimas.

Tú no naciste en el bullicio insano
Que entre los hombres sociedad se llama,
Ni entre la pompa de salones regios,
Donde los vicios con el oro hermanan.

Sólo se te halla en las humildes grutas
Que se entapizan con la fresca grama,
Donde destila tembladora gota
Que nace, brilla, y al caer acaba.

Entre los bosques, corpulentos árboles
Arcos te forman con sus verdes ramas,
Y vense templos en que son columnas
Los rectos troncos de robustas palmas.

Tras de los velos que la niebla extiende
Cuando la noche viene ó la mañana,
Te dan perfume las silvestres flores,
Que nadie aspira en la feraz montaña.

Es el silencio el himno misterioso
Que en tus altares en tu honor se canta,
O el rumor leve de arroyuelo humilde,
O el ronco trueno de la gran cascada.

También te arrulla suspirante brisa
Cuando á las flores con su amor engaña,
Cuando retoza con las hojas secas,
Cuando sus quejas le refiere al agua.

Todo es solemne donde tú te encuentras,
Sea en la choza ó infeliz barraca,
O en el palacio que ruinoso oculta
Entre la hiedra su perdida fama.

Y eres más grande, soledad, si vienes
Cuando la luna con quietud derrama
Sobre la tumba y la ciudad dormidas
Tristes reflejos de color de plata.

Quando el Vesubio conmovido arroja
De entre su seno la tremenda lava,
Y cuando herida por su luz de infierno,
Su faz la luna tras las nubes guarda.

Tú das la pompa y majestad severas
A esos desiertos que océanos llaman,

Donde lo grande, lo profundo, inmenso,
Deja extasiada con horror el alma.

Del Chimborazo en la nevada cima
Sólo la huella de tu pié se estampa;
La sombra á veces del condor andino,
La majestad de Dios, después..... ¡ la nada !

Se agita el hombre por hallar un límite
Del ancho espacio en la región callada,
Y allá en lo vacío, lo infinito, aéreo,
Más te contempla cuanto más avanza.

Y atrás dejando el astro que en la noche
Su luz tranquila por doquier derrama,
Allá te admira, que la sombra eres
Del Dios increado que animó la nada.

El triste amante que en ausencia llora
Busca el desierto donde todo calla,
Y allí pronuncia el adorado nombre
Que entre su pecho con sigilo guarda;

Y en tí confía, soledad divina,
Y en tu presencia de su amor ensaya
La triste queja y sus dolientes gritos,
Vertiendo á veces quemadoras lágrimas.

¡ Cuántos secretos poseerás tú sola
De esos que ocultos á la tumba pasan,
Y cuya historia para todos muerta
Nos desgarrara de dolor el alma !

¡ Y cuántas veces lastimado en lo íntimo
Por brazo aleve que asestó á mansalva,
Como la cierva que al sentirse herida
Corre á los bosques á lamer su úlaga,

Corro á ocultarme en el querido albergue
Donde mi esposa con mi hijo aguardan,
Y allí entre halagos en silencio arranco
La espina aguda que clavó la infamia !

Tú que me escuchas los supremos ayes
Cuado la pena el corazón desgarras,

Que sabes los secretos de mi vida,
Que oculta, triste, y en silencio pasa;

No me abandones en la tumba, amiga.
No quiero gloria. ¿Para qué desearla?
El recuerdo sincero de los míos
Y tu sombra en mi huesa..... ¡ eso me basta !

J. DAVID GUARÍN.

UNA SESION EN LA CAMARA DE DIPUTADOS DEL PORVENIR

LA ESCENA PASA EN 1995.

Se acerca la hora de la apertura de la sesión. Las señoras diputadas entran por grupos y suben lentamente á la sala de las sesiones, charlando en voz muy alta.

Sus polleras, angostas y sencillas, les llegan un poco más arriba del tobillo, y sobre los cabellos, cortados á la altura de la oreja, llevan un sombrerito de forma masculina.

Unos cuantos diputados, colocados á uno y otro lado de la escalera, miran respetuosos y mudos pasar las reinas desdeñosas.

Algunos quieren darse ciertos aires vencedores y sólo llegan á aparecer grotescos. Otros tienen la actitud compungida de un sacristán viejo mirando al obispo.

*
* *

Los diputados están en sesión.

Varias voces de mujer:— Pido la palabra.

Una voz de hombre:— Por favor, señoras, no todas á la vez!

Una mujer:—Hago observar á

la señora presidenta que soy yo la que ha pedido primero la palabra.

La presidenta:—Concedida.

—He pedido la palabra, para decir que el proyecto presentado por el honorable diputado por la provincia de A..., no tiene sentido común. Es un absurdo...

Una voz de hombre (con mucha cortesía):

—Un poco de moderación, colega.

—¿Cómo moderación? Le voy á dar moderación. Nos quieren imponer un impuesto sobre nuestros loros y hasta sobre las inofensivas cotorritas, y piden moderación? Es una infamia!

—Oh! Oh!

—Sí, señor, infamia. Yo sé que esto les pone nerviosos al ver que nosotras queremos con toda el alma á estos animalitos. Revientan de rabia y...

—¡ Oh! no tanto...

—No quiero ser interrumpida.

Digo que revientan y nos quieren suprimir los loros y las cotorritas (¡pobres pichoncitos!), como nos han suprimido yá la mitad de nuestros perros, con sus bestialidades de impuestos. (Como con lágrimas en la voz y en actitud de invocación.) Pero qué es lo que nos quedará entonces para querer y acariciar?

Una voz enérgica:— Vuestros maridos ó vuestros amantes y los niños que de ellos tendréis.

(Pequeños gritos de indignación.)

Una rubia toda ruborosa:

—¡ Qué indecente!

El autor del proyecto (con suavidad):— Me permito hacer notar al honorable colega, que el impuesto que yo propongo no es tan exorbitante...

La opositora (con vehemencia):— Que no es tan exorbitante! No tan exorbitante. ¡ Anda, imbecil!

Algunas voces:— Al orden! Al orden!

—¿ El orden? Me siento encima de él. Y nadie me hará callar cuando quiero hablar y decir á este individuo que, por el hecho mezquino de tener personalmente odio á los loros...

El proyectista (con acento de sinceridad):

—¿ Yo, odio? No, señora; ni odio ni amor les tengo. Sólo me parece justo, razonable, imponer y mucho, á todos los artículos de lujo, y en primer lugar á esos bichos perfectamente inútiles, cuando no fastidiosos.

Una voz de mujer:— Muy bien! Apruebo. Yo votaré...

La opositora (con rabia):

—Vieja pava!

—¿ Vieja? ¡ Vieja! Bien puede decirlo usted que tiene por lo menos dos veces mi edad.

—¿ Dos veces? ¡ Mentirosa!

—Mentirosa, nó. Todo el mundo sabe que usted se tiñe el pelo.

Varias voces de mujer:— Sí! sí se sabe! se sabe!...

—¡ Mentirosas todas! Todas calumniadoras!

(La presidenta agita nerviosamente la campanilla.)

—Señoras, les voy á aplicar la censura.

—Censura y todo, me importa un bledo. Mejor sería que preguntase usted á esta señora para quién abre sigilosamente la puerta de su casa, ciertas noches obscuras...

Voces de hombres y de mujeres (con entonaciones diferentes):

—¡ Oh! ¡ oh! ¡ oh!

—¿ Qué es lo que dice aquella?

—Sí, señora. Todo el mundo lo sabe, todo el mundo lo ha visto.

Voces de mujer:— Sí! sí! se sabe! se ha visto!...

—Es una calumnia! Es una indignidad! Usted me dará satisfacción de estas palabras!

(La presidenta agita más nerviosamente la campanilla. El elemento femenino se agita gozoso; el elemento masculino se frota las nanos hasta descoyuntárselas. Las dos adversarias, llegadas al colmo de la exasperación, escalan los asientos para juntarse y morderse.)

—Espérate, miserable, yo te voy á enseñar...

—Bicho feo, vas á ver qué paliza...
 —Te voy á cortar la lengua, ví-
 bora!
 —Te arrancaré tu sucia peluca
 pintada, ¡ bruja!
 — Veneno! — Peste! — Demo-
 nio!

—¡ Vieja!
 (Tumulto indescriptible.) Las
 mujeres silban. Los hombres
 abren apuestas. La presidenta,
 que no pudo más, resuelve des-
 mayarse. (La campanilla rueda
 por el suelo.)

C I E L O

¡ Oh playas azules, eternas, radiantes de místico modo!
 Oh corva techumbre sin lindes que á tantos mortales sustentas!
 En tí, Cielo, clava desde esta mortal vestidura de lodo
 El ánima, errante por tiempos y espacios, miradas hambrientas.

Arriba y abajo y en torno este cielo sin límites huelga
 Y así como nidos pequeños á todos los mundos arropa
 Y á todos los hombres amor y esperanzas y sueños descuelga
 Da lumbré á su antorcha, da pan á su mesa, da vino á su copa.

¿ En dónde no hay Cielo, si es trópico y polo, nadir y horizonte
 Si el agua lo copia y el ojo, aun cerrado, lo mira por dentro?
 ¡ Ah! ¿ quién siendo niño no erró bellamente mirando en el monte
 La escala del Cielo en que Dios da la mano y nos sale al encuentro?

Todo hombre fué ángel en esa cortísima edad de inocencia;
 Hoy es un caído, impotente Luzbel, de la tierra vasallo.....
 ¿ Por qué, tarda Muerte, durante esas horas sin mal sin conciencia
 Por qué no me diste á volar en tu negro, triunfante caballo?

El Cielo es la Patria sin odios ni ausencia ni error ni falsía;
 De noche, estrellado, ¡ cuán triste, cuán tierna nostalgia difunde!
 ¡ La estrella que asoma parece mirada que Dios nos envía
 Parece mirada que Dios nos reserva la estrella que se hunde!

¡ Mirad cómo el Cielo señalan cual mano al mortal bienhechora,
 La roca y el árbol, la torre y el ave, la flecha y la arista;
 Y á él, por instinto, va el ojo que ríe y el ojo que llora,
 El lente del sabio, la faz del viajero, el pincel del artista!

¡ El Cielo es la Patria! Mirad cómo todo de allá nos descende:
 La luz y el rocío, la sombra y el iris, la lluvia y la calma;
 Y ved cómo al par, desde el orbe á los cóncavos Cielos asciende
 En humo la llama y en brumas el río y en preces el alma.

ENRIQUE W. FERNÁNDEZ.

ASUNTO PARA UN DRAMA



Conversaban varios caballeros en el salón de fumar, después de comer. El judío Pereira, director de teatro, tan conocido por sus cuellos postizos color de mármol y sus corbatas de aspecto triunfador, estaba en pie ante la chimenea, con un vaso de curazao en la mano.

—¡La anécdota! decía; todo consiste en eso. Una pieza de teatro no es buena sino cuando su argumento se puede contar en cinco minutos. Cuando un autor viene á hablarme de una comedia á la hora de almorzar, lo interrumpo inmediatamente: "¿Podrá usted haber acabado de referirme el asunto antes de que yo me tome este huevo pasado por agua?" Si no lo puede hacer, su pieza no vale nada.

Y Pereira absorbió su vaso de curazao.

—Yo no soy autor dramático, dijo el gallardo Mauricio, adjunto de legación, desde el fondo de la gran poltrona en que estaba acurrucado; y sin embargo, Pereira, si usted quiere, le referiré una anécdota de la que me parece que podría sacar partido un hombre de la profesión..... Pero el tiempo de tomar un huevo es muy corto.

—Le concedo una tortilla, respondió el judío riendo estrepitosamente..... Pero ¡las ideas de piezas que tiene la gente de salón! Desconfío de ellas, como dice el "guillotinado por persuasión"..... Vamos, cuente usted.

—Bueno. La historia corrió de salón en salón, en Viena, cuando estuve yo allá. Había entonces en aquella ciudad un médico muy afamado,

especialista en enfermedades del corazón; se llamaba (cambio los nombres, naturalmente, porque el asunto es trágico), se llamaba el doctor Arnold: apenas tenía cuarenta años de edad, y ya su cientela era magnífica. Era un hombre hermoso, muy elegante, con un rostro regular, patillas pobladas y rubias, tipo austriaco, en fin..... pero con un par de ojos á la americana, azules y fríos como el acero, que lo hacían á uno reflexionar. Residía también en Viena una familia rusa (nombrémosla, si les parece, los Skebeloff); esa familia llamó al Dr. para que viera á una de las señoritas de la casa, en la que el especialista reconoció, desde el primer examen, un principio de aneurisma. Debió de ser cosa comprometedorá auscultar y tocar á la señorita Mara. ¡Figúrese usted! Aplicar el oído al seno de una linda morena de diez y nueve años, y tocarle sobre el corazón, como quien dice: "¿Se puede entrar?"

—Mauricio, interrumpió el dueño de la casa, nada de chistes de *Vandeville*..... Usted nos prometió un drama.

—Y lo tendrán ustedes, no tengan cuidado..... Los Skebeloff, aunque recibidos en la mejor sociedad, eran, sin embargo, algo sospechosos; vivían en un hotel, y el señor Skebeloff tenía demasiados galones, presillas y adornos en sus trajes; vivían con mucho boato, y se decía que los diamantes de la señora eran falsos. Había en la casa dos señoritas casaderas, demasiado lindas para que se

podiera hacer algo bueno de ellas; en fin, gente sospechosa. Pero el Dr. se enamoró apasionadamente, y pidió la mano de la señorita Mara; la obtuvo; se casó tres meses después, y la familia Skebeloff, repentinamente aburrida de Viena, emprendió el vuelo hacia nuevos hoteles. La esposa del médico, *frü doctorin*, como dicen allá, agradó mucho á la sociedad de Viena. Eran muy interesantes los recién casados; el Dr. amaba á Mara como su esposa y como su enferma; la adoraba y la curaba. Ese cuadro novelesco encantaba á las alemanas sentimentales. Y la señora Arnold, cuya salud se restablecía visiblemente, se dejaba ver con frecuencia en los salones, y hasta bailaba algunas veces.....

—¿A pesar de su aneurisma?

—Sí; la joven parecía tan restablecida, que su marido le permitía, como médico, bailar algún vals; pero yo creo que, como celoso, se lo hubiera prohibido, pues el hermoso Capitán de Balzewitz, un Apolo con uniforme blanco, estaba siempre inscrito en el programa de la señora Arnold, siempre en la primera pieza, y la estrechaba muy tiernamente sobre sus cordones dorados. Reaparecía una vez más el antiguo mito de Marte y Venus.....

—Bien, dijo Pereira; ya tenéis hecha vuestra exposición, Maurício; ya vuestros personajes están cada uno en su lugar. *Encadenemos* ahora, como se dice en lengua de teatro; *encadenemos*.

—Corriente. Un día encontró el Dr. un paquete de cartas.....

—¿Qué resorte tan gastado, las cartas!

—¿Pereira, usted es insoportable! Válgase aquí del recurso que quiera, pero en mi historia aseguro que fue-

ron cartas.....

—¿Que dieron al marido la seguridad de su deshonra?

Aparentemente.

—¿Y que le hicieron concebir un proyecto de venganza?

—Si usted conoce la historia, Pereira, siga usted contándola.

—Tiene usted razón. Decía, pues, Maurício, que el marido.....

—Proyectó una venganza terrible, pero posible solamente en un hombre de su profesión. Mara no estaba completamente curada, y el especialista lo sabía bien, de esa enfermedad del corazón que él había cuidado durante dos años con tanto interés y cariño. Propúsose empeorarla; conteniendo su cólera, se limitó á representar ante su esposa el papel de un marido inquieto y desconfiado, y así hizo nacer en el ánimo de ella el temor y la angustia. Sabía, por las cartas sorprendidas, cuán profunda era la pasión insensata que experimentaban los dos amantes, y estaba seguro de que procurarían siempre verse, aun arriesgándose. Nuestro Maquiavelo doméstico se aprovechó de esas circunstancias. Desde entonces, un poder misterioso interpuso toda clase de pequeños obstáculos entre Mara y M. de Blazewitz, pero sin separarlos enteramente; ese poder les hacía faltar á las citas, interrumpía su correspondencia, turbaba y envenenaba sus amores; y en esa vida llena de emociones agudas y dolorosas, la salud de Mme. Arnold se alteró profundamente. El Doctor estaba matando á su esposa con tanta seguridad y acierto, como había usado no hacía mucho para curarla. A la hora de terror loco que da á la circulación una actividad morbífica, el hábil médico hacía suceder los largos días de tristeza, que congestionan el corazón y detienen en él la

sangre. Luego repentinamente, fingía no sentir ya absolutamente celos, y se mostraba conmovido hasta las lágrimas con los sufrimientos de su mujer. "Pero ¿qué es lo que está pasando, mi pobre Mara? le decía. Mi diagnóstico no sirve ya para nada; tienes el aspecto de una persona que se estuviese muriendo de pesar: ¿no eres dichosa conmigo?" Y, al mismo tiempo que observaba con delicia diabólica los progresos del mal, crucificaba á su víctima con sus desesperaciones hipócritas. A los seis meses, los síncope eran más frecuentes, las palpitaciones más rápidas; habían vuelto á aparecer los síntomas más inquietantes del aneurisma..... Vamos, Pereira, ¿usted no me interrumpe ahora!

—Así es: está usted en su segundo acto, que es el nudo de la pieza; pero el desenlace! el desenlace!

—¿Piden el desenlace! exclamó Mauricio con el acento de un mozo de fonda que trae un plato. Hélo aquí:

Una tarde entró el Dr. en la alcoba de su mujer, agitado como una tempestad.

—Señora, le dice; lo sé todo. M. de Blazewitz es vuestro amante.

La pobre Mara se puso pálida como un sudario, y en sus labios aparecieron las violetas de la muerte.

—¿Matadme! contestó.

Eso era lo que él quería.

—No pondré la mano sobre una mujer, contestó el Dr. Arnold; vuestro cómplice ha pagado por ambos. Acabo de batirme con M. de Blazewitz, y lo he matado.

Mara cayó sin sentido sobre la alfombra.

Pero el Dr. mentía: él no se hubiera atrevido á tocar un pelo al Capitán,

que pasaba como el primer tirador de Viena. Arrodillóse junto á su mujer y le tomó la mano; el pulso palpitaba; todavía no había muerto. Entonces el verdugo le prestó algunas atenciones y la reanimó.

—Vais á poner os ahora mismo un traje de baile y todos vuestros diamantes, le dijo con tono imperioso, y me acompañaréis al baile de la Embajada de Francia, á que estamos invitados.

—¡Jamás! no podré jamás!.....

—Os vestiréis ó iremos. He dado como pretexto de mi duelo con M. de Blazewitz una disputa de juego; pero vos estáis comprometida, y es preciso que la gente os vea á mi brazo esta noche; de lo contrario se creería que nos hemos batido por causa vuestra, y yo quedaría deshonorado. ¡Vestíos, yo lo mando!

No había más remedio que obedecer. ¿Cómo resistir al esposo á quien ella había ultrajado tan cruelmente? Arreglóse, pues, ¡qué agonía! y su marido la arrastró hacia el baile de la Embajada. Allí, extenuada, se tendió más bien que se sentó en el salón de entrada, donde el ujier proclamaba, á cada instante, el nombre de los que iban llegando. El Dr., en riguroso uniforme, soberbiamente ataviado con todas sus condecoraciones, estaba en pié detrás del sillón que ocupaba su mujer. De repente y después de haber dirigido la vista á la antecámara, se le acercó al oído, como para decirle una galantería, y le preguntó:

—¿El dolor no te ha matado, miserable?

—Todavía no, por desgracia, murmuró la infeliz.

—Pues bien, replicó él, señalándole la puerta; mira, y muere de alegría.

En ese momento el ujier anunciaba con voz sonora:

—¡El Capitán Barón de Blazewitz!
El hermoso Capitán entró con la sonrisa en los labios, y desde luego, como lo hacía siempre, buscó á su amada con la vista. Apenas la reconoció, ella acababa de levantarse de su asiento, tiesa, como impulsada por un resorte, lívida bajo sus adornos de fiesta, espantosa! Le dirigió una mirada distraída, llevó la mano á la garganta, y cayó pesadamente al suelo, muerta, bien muerta en esta vez!

¡El escándalo fué horrible!

El Dr. se arrojó sobre el cuerpo de su mujer, lanzando gritos, y la deses-

peración de M. de Blazewitz habría causado escándalo, si un amigo no lo hubiese sacado de allí á viva fuerza.

Todos los convidados desaparecieron; los lacayos se comieron la cena, y la Embajadora quedó muy descontenta, pues había hecho preparar expresamente para el *cotillón* figuras grotescas, de las que esperaba un éxito magnífico.

Mauricio se calló; hubo un momento de silencio. Todos estaban estremeados, y Pereira mismo tuvo el tacto de no salir con una de sus habituales majaderías.

FRANÇOIS COPÉE.

A UN PADRE..... DE LA PATRIA

¡Pero ven acá, simplón!
¿Piensas tú que me he asombrado de tu triunfo en la elección si te han hecho diputado sin tener oposición?

¡Si yo me asombro de eso!
Pero tú, infeliz, ¿no ves que serás siempre un camueso en tu casa, en el Congreso y en donde quiera que estés?

¿De qué te sirve, ignorante, tener un cargo importante, si has de ser, sin remisión, el más insignificante de todos los del montón?

Tu cara es prueba evidente de tu ineptitud patente, ¿pues qué otra prueba más cierta

que esos ojos y esa frente y esa boca siempre abierta?

Hay quien con cara de listo es un necio, un botarate; pero tú... ¡por Jesucristo! sólo con verte está visto que eres tonto de remate.

Los de dentro y los de fuera; diputados y porteros; conocen ya tu tontería... ¡Qué más! ¡Si hasta los maceros te miran de una manera!.....

Y ahí tienes el resultado de verte tan encumbrado y á la vista de la gente: eras un tonto en privado y hoy lo eres públicamente.

VITAL AZA.

PADRE É HIJO

El Emperador quería tomar á Ratisbona.

Sus generales, antes del asalto, pasaban revista á las tropas. Uno de ellos, creado barón del Imperio en Eckmühl, era un joven de unos treinta años, afable en el vivac, severo en la marcha, bueno con sus soldados. Llamábanle Duclós, ó mejor aún, el barón Duclós. Examinó desde luégo á sus granaderos, antiguos veteranos que habían visto las grandes jornadas de Arcola, Rívoli, Castiglione, las Pirámides, Austerlitz! Cuando llegó frente á las líneas, el general saludó al Aguila y abrió sus filas. Y Duclós avanzó, en tanto, seguido de su estado mayor.

Así pasó su revista á la primera fila.

El general conocía á todos sus hombres; contaba de treinta á cincuenta años y los generales se batían para tener á sus órdenes á aquellos viejos que hacía veinte años esperaban la cruz y tuteaban al Emperador.

—A tí te vi en Mont-Thabor, dijo Duclós.

—Sí, mi general, era usted capitán.

—Y tú furriel de Austerlitz.

A veces, Duclós enderezaba una gorra de pelo. En mitad de

la cuarta fila, detúvose enfrente de un hombre, é inmóvil le contempló.....

El hombre era viejo. El general, indiferente, contó los botones, manejó las armas, miró al soldado de piés á cabeza:

—¡Poca limpieza!..... dijo.

Y con el dedo indicó en la cartuchera una mancha de barro.

—Por qué no te conformas con la Ordenanza? ¿Tienes la honra de ser legionario y te presentas con barro?

Palideció el hombre; abrió la boca para hablar; sus manos temblaban. Pero Duclós, continuando la revista, estaba yá lejos.

* * *

Dió el tambor la señal de ataque. Las escalas llevadas para asaltar la vía yacían en tierra. Habiendo pedido Lannes 50 hombres para plantar estas escalas, presentáronse 500. Mas, apenas salidos de la granja que les guareciera, los cincuenta primeros fueron cincuenta cadáveres. Otros 50 cogieron las escalas y corrieron á los muros. La metralla los barrió.

Moraud volvió la cabeza:

—¡Duclós, exclamó, llamad á los de Austerlitz!

—¡Soldados de Hoelinden, de

Iena! ¡Granaderos de Eylau y de Friedland! ¿permaneceréis inmóviles ante el enemigo? ¡Sóis franceses, el Emperador os contempla, y es preciso tomar esa plaza! Ninguno de los regimientos se movió: solo un granadero salió de las filas.

Duclós palideció.

—¿Nadie seguirá á ese valiente? dijo.

No le quedó tiempo para proseguir. Los regimientos lanzáronse impetuosos.

—¡Adelante! gritó Duclós.

El viejo granadero disparaba yá su fusil en la cresta de las murallas. Comenzó la danza entonces, y á las tres horas, los cañones austriacos enmudecieron; la plaza estaba tomada.

—General, dijo el Emperador á Duclós, formad el cuadro. ¿Cuál es vuestro efectivo?

—Unos 500 hombres; mis soldados son los que más han sufrido.

Napoleón dijo en voz baja algunas palabras al general.



Las tropas habían presentado armas, siguiéndose un solemne silencio.

Allí estaban los que el general había revistado por la mañana, no yá brillantes como en la parada, sino sudorosos, ensangrentados, heroicamente bellos. Paseó su mirada de escuadrón á escuadrón, y de improviso, la espada en alto, habiendo encontrado sin duda lo que buscaba:

—¡En nombre del Emperador!

gritó el General. ¡Avance el soldado que ha subido primero á la muralla!

Salió un hombre de las filas y se aproximó. Era el mismo que sufriera un reproche de Duclós. Tímido, andaba inclinada la cabeza, molestado por una herida en la frente, cuya sangre oscurecía sus ojos, lo cual le obligaba á enjugarla continuamente con la mano izquierda. Llegado al centro del cuadro, presentó armas, y el barón Duclós, pálido, ordenó:

—¡Batir tambores!

Treinta cajas percutieron á la vez un sólo golpe. El soldado se estremeció, ebrio de felicidad.

—¿Estuviste en Egipto, preguntó el Emperador?

—Sí, señor.

—¿Y tu cruz?

—Ganada en Lodi.

—Bien, repuso el Emperador. Cumplid, Duclós.

El general se aproximó á las tropas y con su voz de batalla, gritó:

—¡Granaderos y tambores! desde hoy reconoceréis como cabo de escuadra al soldado Miguel Duclós, llegado el primero á Ratisbona y herido en la frente, y le obedeceréis en todo cuanto os mande en bien del servicio y ejecución de los reglamentos militares. "Redoblar tambores."

Después, se apeó, abrazó al granadero, y se vió llorar á los dos.

—Barón, preguntó el Emperador, ¿por qué ese valiente era simple granadero?

—Lo ignoro, señor. Sin embargo, había tomado su retiro desde

tito que, por lo limpio, parecía una tacita de porcelana. Allí no había perro ni michimorrongo que cometieran inconvenientes para la vista y el olfato.

Sobre una cómoda de cedro charolado, y bajo urna de cristal, veíase el pesebre de Belén con su San José, el de las azucenas, la Virgen y el Niño, el buey, la estrella y demás accesorios artísticos, trabajo de afamado escultor quiteño.

¡ Cosa mona el Misterio ! Alumbráballo, noche y día, una mariposilla de aceite, colocada en medio de dos vasos con flores, que doña Quirina cuidaba de renovar un día sí y otro también.

Pero lo que, sobre todo, atraía mis miradas infantiles, era una tosca herradura de hierro, tachonada con lentejuelas de oro, que, en el fondo de la urna, se destacaba como sirviendo de nimbo á un angelito mofletudo.

Doña Quirina era supersticiosa. No creía ciertamente que llevar consigo un pedacito de cuerda de ahorcado trae felicidad; pero sí tenía por artículo de fe que en casa donde se conserva con veneración una herradura mular ó caballar, no penetra la peste, ni falta pan, ni se aposenta la desventura.

—
 ¿ En qué fundaba la viejecita las virtudes que atribuía á la herradura? Yo te lo voy á contar, Vital mío, tal como doña Quirina me lo contó.

Pues has de saber, hijita, que cuando nuestro Señor Jesucristo vivía en este mundo pecador, desfaciendo entuertos, redimiendo Magdalenas, que es buen redimir, desenmascarando á pícaros é hipócritas, que no es poco trabajo, haciendo cada milagro como una torre de Eiffel, y anda, anda y anda en compañía con San Pedro, tropezó en su camino con una herradura mohosa, y volviéndose al Apóstol, que marchaba detrás de su divino maestro, le dijo :

—Perico, recóge eso y échalo en el morral.

San Pedro se hizo el sueco, murmurando para su túnica :— ¡ Pues hombre! ¡ Vaya una ocurrencia! Facilito es que yo me agache por un pedazo de hierro viejo.

El Señor, que leía en el pensamiento de los humanos como en libro abierto, leyó esto en el espíritu de su Apóstol, y en vez de reiterarle la orden echándole de jefe, y decirle al muy zamacuco y plebeyote pescador de anchovetas que, por agacharse no se le había de caer venera, prefirió inclinarse él mismo, recoger la herradura, y guardarla entre la manga.

En esto llegaron los dos viajeros á una aldea, y al pasar por la tienda de un albéitar ó herrador, dijo Cristo ;

—Hermano, ¿quienes comprar-me esta herradura?

El albéitar la miró y remiró; la golpeó con la uña, y convencido de que, á poco majar en el

yunque, la pieza quedaría como nueva, contestó:

—Doy por ella dos centavos, ¿acomoda ó no acomoda?

—Venga el cobre, repuso lacónicamente el Señor.

Pagó el albéitar, y los peregrinos prosiguieron su marcha.

Al extremo de la aldea salió al encuentro un chiquillo con un cesto en la mano, y que preguntaba:

—¡Cerezas! ¡á centavo la docena!

—Dame dos docenas, dijo Cristo.

Y los dos centavos, producto de la herradura, pasaron á manos del muchacho, y las veinticuatro cerezas, con más una de ñapa, se las guardó el Señor entre la manga.

Hacia á la sazón un calor de infierno, que diz que es tierra calentada y de achicharrar un témpano, y San Pedro, que caminaba siempre trás el Maestro, iba echando los bofes, y habría

dado el oro y el moro por una poca de agua.

El Señor, de rato en rato, metía la mano en la manga y llevaba á la boca una cereza; y, como quien no quiere la cosa, al descuido y con cuidado dejaba caer otra que San Pedro, sin hacerse el remolón, se agachaba á recoger, engulléndosela en el acto.

Después de aprovechadas por el Apóstol hasta media docena de cerezas, sonrióse el Señor, y le dijo:

—Yá lo ves, Pedro, por no haberte agachado una vez, has tenido que hacerlo seis. Contra pereza diligencia.

Y cata el por qué, desde entonces, una herradura en la casa trae felicidad y.....

Chito, chito, chito,

Que aquí el cuento finiquito.

RICARDO PALMA.

SOTTO VOCE.....

Intacto el corazón, el alma pura
 Henchida de ternura,
 Y de ilusiones cándidas repleta,
 Abandoné el hogar, me lancé al mundo,
 Y, niño pudibundo,
 Luché con sus injurias como atleta.
 Lo recuerdo muy bien. Mi noble padre
 Y mi amorosa madre
 Sólo su santa bendición me dieron
 Entre llanto y congojas.....De aquel día

Mi infantil alegría
 En tristeza los hados convirtieron.
 El turbio Magdalena y majestuoso
 Al impulso impetuoso
 De rápido vapor subí afligido,
 Vira la imagen del hogar ausente.
 ¡Ay! cuál indiferente
 Lo he bajado después y lo he sabido!
 O mirara las fértiles riberas

O las nubes ligeras
 Do el porvenir adivinar creía,
 Mi ardiente corazón enajenado,
 Dulcemente halagado
 Por sus sueños de gloria se sentía.

Lo mismo acontecióme cuando ufano,
 Mi bordón en la mano,
 Veloz la planta á Bogotá moviendo
 Crucé descalzo el desigual camino
 Que.....me trazó el destino,
 Y ya por siempre repasar pretendo.

Llegado aquí, por nadie conocido,
 Y de harapos vestido,
 Larga pena sufrí, pobre estudiante;
 Pero esa vida miserable y dura,
 De mi actual desventura,
 No vale ¡oh nó! jamás! un breve instante.

Si como el humo que disipa el viento
 Se extinguió en un momento
 Mi risueña esperanza, de la vida
 Yá percibo la meta: en este valle
 No hay esperar que halle
 La apreciable bondad noble acogida.

Si hubiera sido de la infamia agente,
 Y esa ambición furente
 Que del oro hace un Dios, yo alimentara;
 Si el ajeno dolor no me doliera,
 Y vil cual otros fuera,
 Sé que del mundo y de tu amor triunfara.

De tu mullido tálamo y tu afecto
 Disfrute tu dilecto.

Pero jamás recuerdes mi agonía.....
 Hoy en la humilde tumba de mi padre
 Llora mi anciana madre!
 Tú llorarás también sobre la mía.

Como la niebla que la tierra envuelve
 La faz del sol disuelve,
 Disolvió el desengaño mi esperanza,
 Tus sueños de placer, tu orgullo necio
 Disipará el desprecio
 Que á la materia en su furor alcanza!

Herido el corazón, el alma herida
 Emprendo la partida,
 La fe por la ilusión que un tiempo traje;
 Y de nuevo, si triste, tomo ufano
 Mi bordón en la mano
 Para emprender mi corto y largo viaje.

El turbio Magdalena y silencioso
 Al empuje impetuoso
 De rápido vapor bajo afligido,
 Viva la imagen de tu rostro bello.....
 ¡Ay! yo no me querello
 Del desengaño atroz que he padecido!

Quier mirando las fértiles riberas
 O las nubes ligeras,
 Del porvenir el esplendor presiento,
 Mi triste corazón, tan desolado,
 Yá palpita inspirado
 De una gloria inmortal al sentimiento!...

C. OBESO.

POR EL CAMINO

Caminando el *Chopin*, mozo de quince años, por la orilla del Pisuerga, buscando el vado para librarse de larga caminata hasta el puente, vió una chiquilla que intentaba pasar el río por una parte bien peligrosa.
 ¡Eh, rapaza! — gritó, — espera un poco; no te metas por ahí, porque cubre una barbaridá.....

Miá que está mu hondo; pué que haiga tres varas de agua ú más, si á mano viene.

La rapazuela que oyó aquella voz amiga, salió del río, y dejando caer la falda que se había remangado hasta las rodillas, puso los blancos pies en el césped de la ribera y esperó que el muchacho le indicase cuál era el verdadero camino.

El *Chopin* cruzó el cascajal, se acercó á la chica, y como si continuase un argumento, dijo:

—Pues es claro, mujer; tú no sabes que aquí hay un pozo...un pozo que llama una barbaridá; y quien se mete en este pozo, siempre y cuando que no sepa nadar como un pez, bien puede decir que yá está con los difuntos..... Y si no, no hay mas que hacer la prueba (y al decir esto, el *Chopin* cogió del suelo un canto pelón); vamos á ver: yo tiro este canto al agua, y hasta que no llegue á lo hondo, no dejan de salir encima cosas así.....cosas como escupita; Hala!

El *Chopin* tiró la piedra en el punto donde el agua verdosa y serena daba á entender que allí, efectivamente, había gran profundidad. Y sucedió lo que el buen chico esperaba: que las burbujas de aire temblaran unos cuantos segundos en la tersa superficie del río.

—¡Ahí va!—exclamó la rapazuela asombrada;—pues dí tú que si me meto ahí.....

—Te gibas, te gibas sin remedio!—dijo el *Chopin* con orgullo de salvador.—Y si te coge la muerte

en pecao..... no te digo ná..... porque te vas á los infiernos más pronto que la vista.

—¡Ahí va!—exclamó la otra, todá sobrecogida de santo temor ante el pensamiento de la condenación eterna.

—Bueno; pues ahora no hay miedo que valga, porque estoy yo aquí, y si quíes que te acompañe... yo no tengo inconveniente. Y pasaremos el río por el vado de Fuentefinante sin que nos mojemos los tobillos tan siquiera.

—Yo.... miá tú..... yo si quisiera; pero..... como los hombre sois tan malos.....

—Oye, chica, lo que te digo es que hay hombres para todo; hay algunos que son malos y gibaos, pero hay otros que son tan buenos como qualquier persona decente..... porque es lo que yo digo cuando me dicen que si los hombres son tan malos, que si hacen esto, que si hacen lo otro; ¿y las mujeres? Hay mujeres que paicen mesmamente hijas de perra, porque son peores que la tiña.....

—Bueno; pues si no me perjudicas.....

—Calla esa boca, porque estás mu ofensiva. Yo soy un hombre que tie tanto aquel como pué tenerlo el Gobernador, si á mano viene, y que no he querido ir al Seminario, á depender latín, porque no tengo vocación de señor cura.

Antes de continuar el camino, bueno será que el lector conozca á estos dos muchachos. El *Chopin*, era un hombrecillo alto de cuerpo, delgado y fino de faccio-

nes, con el rostro muy bien compuesto y grave, y con la mirada profunda y melancólica. Vestía traje de paño de Astudillo, y cubría la noble cabeza con boina vascongada. A modo de fusil llevaba sobre el hombro un cayado, del que pendía un hatillo de ropa, porque *Chopin* iba de viaje.

La mozueta apenas había llegado á la edad del otro, y era morena y encendida, de ojos negros y brilladores, muy gentil de cuerpo y muy alegre y retozona. En los preludios de su pubertad sanísima se notaban ya los esbozos de una espléndida hermosura. Apenas cubrían su cuerpecillo una chambra casi transparente por lo vieja, y una faldamenta, también sutilísima y desvencijada. Los pies traía al aire, y la cabeza cubierta con un pañolico que antaño fue de seda y ahora, menoscabado y desteñido, sólo conservaba los peores y más zafios hilos de su estofa.

—Y tú ¿adónde demontres vas por aquí á estas horas? — preguntó el *Chopin* á su compañera.

—Pues voy á Valdeguzmán, á servir en cá el señor médico.

—¡El señor médico! ¡Maldito!..... No es buena persona, dicho sea sin ofenderle.

—¡Ahí va! ¿Por qué?

—Porque es algo moro, judío y protestante..... Y á las chicas no sus conviene eso..... Porque es lo que pasa (al decir esto los ojos del *Chopin* brillaban mucho, como si estuviesen preñados de lágrimas), es lo que pasa: sus dice

cuatro cosas bien dichas, y después sus pierde pa sinfinito.

—Pues á mí me habían dicho que ese señor era mu bueno.

—Sí, mu bueno, como Judas Discarrote..... Cada vez que pienso lo que pasó con la Catalina, la hija del tío Machacalajo, ¡me dan ganas de ir á Valdeguzmán á coger á ese hombre por.....! Pero, mira, ya está aquí el vado; ¿lo ves cómo por aquí se pué pasar, y no por donde tú ibas á gibarte?

—¡Ay, Dios mío!..... ¡Mira, chico, que esto está mu resbaloso!

—¡Quita, boba! Yo iré adelante y tú te agarrarás á mi chaqueta.

—¡Ay, Dios mío!..... Mira que nos vamos á caer, porque estas piedras están más suaves que la-medor.

—Sí: se conoce que viene crecida, y el agua pues así las piedras, algo salgüerosas..... Vaya, ya sostamos; ahora venga un salto..... ¡Atiza!..... Pue si saltas más que una cogorniz.

—¡Ahí va!—gritó la moza.—Con el salto se me ha rotpido la cinta de la falda, y se me va á caer hasta los pies.

—Pues á tala y sansacabó.

—Es que pa eso tengo que quitármela, y eso no está bien delante de tí.

—Oye tú, chica: tú ¿por quién me has tomao? Yo soy tan humilde como el señor alcipreste, si á mano viene; ¿crees tú que voy á mirar? ¿Qué he de mirar, hombre? Me volveré de espaldas..... ¿Está yá?

—Aguarda un poco—dijo la chica toda aturrullada.

—No, si yo no tengo prisa.....

—Vaya, yá está.

—Pus andando..... ¿ Lo ves ?

Tú decías en denantes que los hombres son esto, que son lo otro, que son unos condenaos, que son unos gibaos, y yo te digo y te repito que hay hombres pa todo.

Yo, aunque me esté mal el decirlo, soy una persona tan cabal como cualisquiera: yá te he dicho que si hubiera querido ser cura, lo habría sido, pero no tengo vocación, porque me tira el matrimonio. ¡ Qué demontre ! Cada uno puede ser lo que quiera y lo que le dé la gana. Pus bueno: un hombre como yo, ¿ qué demontres iba á hacer en Villona ? Hacerse una caballería, con perdón sea dicho..... Conque yo, cojo y digo: Me voy á Vallaulí, allí pué uno campar á sus anchuras y á sus vientos, y malo será que un hombre como yo no gane la mantención tan siquiera, y algo para el aquel de vestirse y ahorrar. Pus bueno: se lo digo á todo el mundo, y todo el mundo me dice que hago bien: que un chico listo como yo, y que sabe de letra como un secretario, no debe de estar pudriéndose en un pueblo como Villona. El tío Raposo, el Alcalde, me da una carta pa un amigo suyo que es cosa grande en eso de los consumos de puertas; y uno un real, otros dos, otro una perra, me dan lo que pueden, y he llegao á reunir cinco duros... Y hago bien en marcharme: porque ¿ qué hacía yo en el pueblo ? ¡ Ná, pué decirse ! Yo no tengo

padre, ni madre, ni parientes, ni ná..... Pus pa ganar un cacho de pan, lo mismo se gana aquí que en Francia..... Pus á Vallaulí, aunque me llamen fantasioso..... A Vallaulí á trabajar mucho y á andar más derecho que una vela y hacerse uno cosa grande..... Mira, ¿ ves aquella casa encarnada que aparece allí junto aquella chopera ?

—¿ Cuála ?

—Aquélla, mujer.

—Sí, sí, yá la veo.

—Pus aquella es la estación de Cabezón; allí tengo que coger el tren para ir á Vallaulí.

—Pus hijo, yá pués decir que vas al cielo: porque según me dijo á mí el novio de la *Colorada*, que es melitar, Vallaulí el mismísimo cielo de la gloria..... Y yo me tengo que quedar aquí en cá del médico, á pique de cualisquier barbaridá.....

—Pero, vamos á ver, chiquilla, ¿ tú pa qué vas cá del médico ?

—¡ Ahí va ! Pus pa ganar algo.

—¿ Cuánto vas á ganar ?

—Pus por servir to el verano, tres duros..... Con estos tres duros paga mi madre la renta de la casa en Setiembre pa que no nos eche á la calle el tío Nataniel el judío.... Y mi madre..... como está mu mala..... y pué que se muera.....

—Pus ¿ qué tiene ?

—Pulmunía, costao y ciebre.

—Malo es eso: porque eso es que tié corrompida el arca del pecho.....; pero vamos á ver: á vosotras ¿ quién sus mantiene ?

—¡ Ahí va ! Pus mi hermano, que

gana una peseta en cá de Mermao.....; pero pa la renta no alcanza.....

—Bueno. ¿Pus sabes lo que estoy pensando? Que no quiero cargar con la responsabilidad de que vayas á servir al médico..... Toma los tres duros y márchate con cincuenta mil demontres, y no me vuelvas á mirar á la cara.....Eso es pa que digas después que los hombres semos malos..... ¡Vaya con estas grandísimas.....!

—¡Ahí va! ¡ahí va!—exclamó la chica espantada, al contemplar en su mano los tres flamantes duros;—pero tú ¿por qué me das esto?

—Porque me da la gana, y tengo voluntá de dártelo.

—Bueno. Y qué quíes que yo te dé?

—¿Qué me has de dar tú, animal? Yo quío ser generoso, y quitarme de los adentros el rescozor que tenía derde que me dijiste que ibas á.....

—¡Ahí va! Pus miá tú..... si quíes que sea tu novia, no hay inconmeniente.

—No pué ser, chica, no pué ser.

—¡Miá tú! ¡Llévame contigo á Vallaulí!

—Que no pué ser te digo: eso no es decente. Lo que te digo y repito es que te vuelvas á tu pueblo inmediatamente y des á tu madre esos tres duros.

Ya en esto había llegado la interesante pareja á Cabezón, con tal oportunidad, que el *Chopin* apenas tuvo el tiempo preciso para sacar el billete de tercera y subir al coche.

—¡Vaya, adiós chica!—dijo.— ¡Hasta la vista!

—¡Adiós, adiós!—contestó la moza llorando; y luégo añadió en voz baja:—Dame un beso, chico.....

—No pué ser, no pué ser.....

—Sí; porque tú' eres mu bueno... tú eres un santo.

—Que no pué ser te digo, y lo que no pué ser, es imposible.....

Y al decir esto cerró la portezuela, y se sentó en el duro banco, dejando á la pobre niña sumida en el más profundo dolor. El tren emprendió su marcha, produciendo ruido infernal de cadenas, émbolos, ruedas, rechinaamientos de ejes y soplos de gigante. El *Chopin* hizo la señal de la Cruz, cerró los ojos, y pensando en su novia, en aquella Catalina deshonrada por el médico de Valdeguzmán y por él lanzada al vicio en las callejuelas de Valladolid, dijo:

—¡Dios mío! ¿Llegaré á tiempo de encontrarla, ó estará ya perdida, perdida pa sinfinito?

ALVARO L. NUÑEZ.

PARA TI SOLA

¡ Quién, al verte, imagina
que tienes escondidas tantas penas;
tú, siempre tan risueña, que parece
que con tu rostro plácido condenas
todo aquello que abate y entristece !

Y anoche me contabas,
en el sofá tendida muellemente,
inclinada la frente,
lo mucho que sufrías,
lo mucho que llorabas
bajo tus aparentes alegrías.

—“Mi vida es un infierno—me decías
con dolorido acento ;—
y es la lástima tal que por mí siento
cuando en mis horas negras reflexiono
en esta soledad en que se abisma
mi juventud ya mustia y decadente,
que quisiera morirme de repente
ó perder la conciencia de mí misma !

Odio á los hombres, odio la existencia,
y la hora maldigo
en que al mundo me echaron, porque el mundo,
de quebrantar sus reglas, en castigo,
finge mirarme con desdén profundo !”

Y en tu cara de muerta
y en tu mirada incierta
flotaba como un velo de locura ;
y yo, mudo, entretanto
enjugaba tu llanto
saboreando contigo tu amargura.

La miseria, que enfañga nuestra vida ;
tu complexión ardiente y soñadora ;
la lujuria del hombre, que persigue
á la virtud hermosa y desvalida,

como el perro de caza
 persigue y mata á la indefensa liebre
 obedeciendo á instintos de la raza,
 te empujaron al vicio en que hoy te anegas,
 y, cansada del vicio, al fin, reniegas,
 porque quien tiene el corazón aún sano
 no disimula el asco que le inspira
 el olor nauseabundo del pantano.

Nó, no eres mala ; la ilusión aún bate
 sus alas de oro en torno de tu frente ;
 tu pecho generoso,
 al parecer marchito, vive y late
 por todo lo que es grande y es hermoso,
 y aún de tu alma brotan en lo vivo
 ternuras exquisitas,
 como nacen en campo sin cultivo
 abundantes y frescas margaritas.

Tu inteligencia penetrante y fina
 lo más oscuro y complicado entiende,
 y aquello que no entiende lo adivina
 en visión momentánea que sorprende.

Por eso de la vida el sordo tedio
 sientes en tí tan hondo
 y en vano buscas á tu mal remedio
 apurando la copa rebosante
 de placeres extraños, hasta el fondo !

.....

.....

Te amo, sí, te amo
 con espontáneo amor que no se paga
 de apariencias falaces,
 y en las horas fugaces
 en que estoy junto á tí, siento un aroma
 de caliente tristeza que me embriaga !

EMILIO BOBADILLA.

Florencia, 1896.

PODEROSO CABALLERO

Poderoso caballero es Don Dinero; y lo es, no desde los tiempos de la famosa letrilla de Quevedo, sino desde muy atrás, á poco de haber pasado "aquella dichosa edad y siglos dichosos á quien los antiguos pusieron nombre de dorados; y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquellos venturosos tiempos sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban hasta las palabras de *tu yo y mío*".

Desde aquellas remotas fechas paseáse por el mundo, convertido en gran Señor el *vil metal*, á quien tan sólo por ser rico se le encuentra bello, como si belleza tener pudiera un semblante siempre amarillo; y á quien de bizarro y hazañoso se le afama, cuando lo cierto es que á escondidas vive, fúgase medroso en tiempos de guerra, y aun habiendo paz, sueña con ladrones.

Estúpido sin talento, por más que por *talento* le recibiesen y abonasen persas, babilonios, hebreos y otros bárbaros; autojósele un día hacerse Dios, y cuanta industria se le ocurrió para el caso fué darse forma y trazas de becerro, al cual, también en cuatro patas, adoraron en pleno desierto los hijos de Israel.

Siglos más tarde, dió en la flor de representar en poder y estampa á los diferentes dominadores habidos en el mundo; y unas veces viósele con cara de emperador romano, en otras ocasiones la tuvo de conquistador

hereje ó de rey católico, y hasta de los santos Papas usurpó la faz, sin detenerle en su manía el advenimiento de la democracia modesta y liberal, pues en cuanto hubo Repúblicas en el mundo, hételo ahí con rostro de divinidad popular, con gorro frigio en la morra, y un fondo de estrellas por dosel.

Todos los nombres grandes é ilustres han sido su nombre: por *Napoleón* corrió en Francia; por *Isabelina* pasó en España; *Condor* se hizo llamar en Colombia; *Aguila* en el Norte de la América, y si no es errado el recuerdo, tuvo una vez la pretensión de que la llamasen *Bolívar* en Venezuela.

Y no es valeroso como Napoleón, ni tiene nobles vuelos como el condor del Sur ni como el águila del Septentrión; ni es generoso y abnegado como Bolívar; por lo cual, los que adoramos este nombre, lo negamos al metal soberbio y pretencioso, y lo dimos á la humilde peseta, que da pan y alegría al pueblo.

Embustero, hipócrita; falsario, corre de mano en mano, dándose por lo que no es ni nunca ha sido. De puro y noble presume, y está ligado siempre á otros metales inferiores, sin los cuales ni fortaleza tendría, ni cara presentable, ni tono de voz simpática siquiera.

Es bajo y servil, como pocos rui-nes, el oro tan decantado y vanidoso. De lacayo le tienen el diamante y demás piedras aristocráticas. El las viste, él las calza, y á sus pies se

tiende para que sobre su nulidad brillen ellas.

Sirve á los poderosos, á los malvados, á los tiranos, á los perversos de todas las profesiones; y no repara en los oficios á que le destinan. El plato en donde el magnate se harta, es de oro; el vaso donde el opulento se embriaga, es de oro. La ganancia del especulador, el lucro del logrero, son oro, todo oro.

En cambio, allí en donde el pobre suda en el trabajo hourado, allí donde el infeliz transpira sangre en el dolor y la miseria, allí no entra él jamás. Oye los suspiros de los desgraciados, escucha los ayes de las víctimas del abandono, y no toca siquiera á la puerta, sino que se va á la orgía, á reír sus carejadas egoístas, á encender la sangre de los dichosos del vicio con embriaguez de vino ó de lujuria, ó á avivar la calentura de la codicia derramándose tentador entre las sotas y los reyes.

Con tal de que se le ame y se le adore, poco se le da de quién lo tenga ni de cómo se le tenga. Lo guarda el avariento entre hierros, sin luz ni aire; ó le esconde envuelto en pringosos harapos ó en calcetas inmundas. Y él muy satisfecho, porque en la noche, atrancadas las puertas, medio apagada la luz paupérrima, el miserable lo saca, lo agita, lo hace producir tintines gozosos, revuélcase en sus frías escamas centellantes, y agotado el deleite de su extraña salacidad, échase de vientre, y ante los motones de discos jaldes, dice la misa diabólica de la avaricia y del egoísmo, sumido en éxtasis de gozo idolátrico.

Con tal de que se le extraiga de la sangre de los pueblos, no le importa el cómo, seguro como está de que siempre olerá bien.

—Indigno de vuestro reinado— di-

ieron una vez á Vespasiano sus consejeros — es ese odioso impuesto que se cobra actualmente sobre los *mingitorios* de Roma. (Los *mingitorios* eran unas cosas de pública comodidad que, aun nombrándolas en latín, trascienden á impuleras.)

—Perded cuidado— les dijo el Emperador—perded cuidado que *nunca huele mal el oro*.

Y así es, en efecto. Si olera mal, no se podría penetrar en ciertas mansiones suntuosas sin pillar la peste. Muebles dorados, artesonados áureos, jarrones y marcos rutilantes, todo cuanto allí parece como salida de las entrañas del sol, pues tanto así relumbra, ha sido sangre, ha sido crimen; y á no proceder de todo eso, ha sido baja, servilismo, fermentos de la dignidad en putrefacción.

Los socialistas de cierta estofa pretenden suprimir el oro, barrerlo de la faz de la tierra. No es este el castigo mejor pensado para tan soberbio tirano. Peor suplicio es el que les han encontrado los filántropos, que á él deben parecerle unas personas de muy negras entrañas. Estos hombres han descubierto el medio de humillar y hacer rabiar al dinero. Figurémonos cuánto padecerían el instinto infame y la arrogancia autoerótica de Satán, si en vez de dejarle por ahí campante, tentado á las gentes con su pompa fachendosa, se le condenase á trabajos forzados de caridad, dándole desnudos para que los vistiese, hambrientos para que los hartase, enfermos para que los asistiese y consolase. Sería un castigo cruel, pero merecido.

Los filántropos, inexorables, sin conmiseración por aquel otro déspota, lo persiguen, lo cogen, lo degradan de su pretendida nobleza, convirtiéndolo en piedra, en hierro, en

otros materiales burgueses, con los cuales construyen hospitales, escuelas y asilos. Lo cogen, lo despojan de su manto y diadema de soberano, le atan el mandil del samaritano; le hacen barrer estancias, vestir camisas, cuidar enfermos. Lo cogen, lo despojan de sus fastuosos arreos de gran señor, le visten el burdo hábito paulino, y le entregan niños desvalidos y huérfanos para que los alimente, les asista, les saque al aire y á las caricias del sol, de modo que no se aperciban los pobrecicos de que están sin padres en el mundo. Lo cogen, lo despojan de su caperuza de Meísto, le ciñen el birrete negro del maestro, y le ponen en medio de la ignorancia para que la ilumine, en medio del ocio para que le enseñe el amor al trabajo. Lo cogen, en fin, le quebrantan su egoísta rigidez, y le fuerzan á inclinarse, á bajarse hasta el fango de la perdición, de cuyos charcos ha de sacar almas purificadas y criaturas útiles.

¡Qué tormento y qué chasco para el poderoso caballero! Querer á todas manos escaparse para casa del rico mundano, á animar festines y á alegrar francachelas; forcejear constantemente porque le dejen ir á comprar la justicia, á proteger cábalas, á fortalecer satrapías, á aconsejar desfalcos, á emponzoñar corazones, á deslumbrar doncellas, á perder al mundo; mientras él entona su canción al Exito, y la corea con carcajadas cínicas.

¡Qué tormento! Querer todo eso, y sentirse impotente, sujeto, esclavizado por unas manos blancas de pureza, que no le sueltan sino para regarle como lluvia fecundante en los sembrados de la caridad, en donde brota el noble fruto del bien, y en donde la flor que se abre es todo aroma de esperanzas y consueios!

¡Qué chasco para el poderoso caballero, señor Don Dinero!

N. BOLET PERAZA.

AMOROSA

(CANCIÓN)

Yo quiero, mi vida,
cuando estoy muy triste,
que amorosos, hermosa morena,
tus ojos me miren.
Yo quiero en mis penas
y locos anhelos
que la dicha me vuelvan tus labios
al darme mil besos;
y cuando á mi vida
llegue el fatal plazo
y tranquilo me muera, ¡yo quiero
morirme en tus brazos!

LUIS BRUN.

MUERTA

Fue una noche de bárbaros martirios
cuando mis ojos la miraron muerta,
acostada en la caja descubierta
á la luz tremulante de los cirios.

En sus manos más blancas que los lirios
brillaba un erceñijo. En la desierta
sala, triste, apoyado en una puerta,
la miraba flotar en mis delirios.

Después, con paso lento y silencioso
me acerqué al ataúd. Su rostro hermoso
sonreía con magia y embeleso;

Y admirando aquel resto de belleza,
incliné, sollozando, la cabeza
y en sus labios dejé mi último beso.

EXILIO BERRISO.

Buenos Aires.

EL ALA DEL CUERVO

—Mi General.

—Pase usted, mi Coronel.

—¿Me permite usted cuatro palabras?

—Aunque fueran ocho. Tome usted asiento y si gusta abrir boca, allí tiene sobre mi velador un *Noriega* especial, refinado, que no le pide favor al mejor de España.

—Gracias, por tanta bondad, mi General.

—De nada, hombre. Pero vamos, ¿qué es lo que ocurre? Trae usted un aspecto muy grave.

—En efecto, mi General, y no es para menos. Pasan ciertas cosas en el cuartel, demasiado extraordinarias.

—¡Hola!

—El caso es tan raro, tan singular, tan extraño, que no sé cómo explicarlo.

—¡Canario! Yá me tiene usted en ascuas.

—Prosigo: en la cuarta compañía hay un soldado que siempre se ha distinguido por su buena conducta, respeto y sumisión á sus Jefes y por su fiel acatamiento á la ordenanza militar.

—¿Y bien?

—He sido informado que, de poco tiempo á esta parte, el referido soldado presenta, un aire misterioso, su mirada es torva, el ademán inquieto, la color pálida.....

—¡Vaya un cambio!

—Pero pásmese usted ahora, mi General: el soldado ése busca los rincones oscuros para vomitar cuervos.

—¡Cuervos, dice usted!

—Exacto: cuervos enteros y verdaderos, ó sean zopilotes, como los llamamos aquí.

—Pero eso no puede ser, Coronel; porque es el más grande de los absurdos.

—Por desgracia es cierto, mi General.

—¿Y qué juzga usted que debemos hacer?

—Por el momento, expulsar á ese hombre del ejército. Soldado que vomita cuervos encierra un misterio tenebroso. Allí debe haber alguna influencia infernal, que no sabemos hasta qué punto y en qué forma pueda amenazarnos.

—¿Habla usted seriamente?

—Seriamente.

—¿Y ha visto usted los cuervos á que se refiere?

—Nó, mi General; pero los ha visto el segundo Jefe.

—Hágame usted venir al segundo Jefe.

—En el acto, mi General.

.....
—¿Cuántos cuervos ha vomit-

tado hasta ahora el soldado Z de la cuarta compañía?

—Dos, mi General.

—¿Cómo dos, si me acaba de decir el Coronel que usted le ha dicho que son varios!

—Nó, mi General, no son más que dos, según me ha referido el tercer Jefe.

—Luego usted no los ha visto?

—Nó, mi General; cuando quise verlos yá habían echado á volar.

—Que venga el tercer Jefe.

—Presente, mi General.

—¿Qué sabe usted del soldado Z?

—Que ha vomitado un cuervo, mi General.

—¿Uno solo! Y el otro, ¿qué se hizo?

—No ha habido más que uno.

—Y no le ha dicho usted al segundo Jefe que eran dos?

—Nó, mi General; uno solo.

—Pero bien, basta con uno para constatar el hecho. ¿Usted lo ha visto?

—Nó, mi General. Soy referente al Capitán de la compañía. El es el que lo ha visto.

—Pues que venga el Capitán.

—Presente, mi General.

—¿Qué me cuenta usted, Capitán, del famoso cuervo arrojado por el soldado Z?

—No era un cuervo, mi General.

—¿Y qué era?

—Eran dos alas de cuervo nada más.

—¿Dos alas!

—Sí, mi General.

—¿Caracoles! ¡Cómo se ha reducido la especie! ¡Estoy creyendo que al fin me van á dejar sin una pluma! ¿Dónde están esas alas?

—No sé, mi General. El que debe saber es el Sargento primero de la compañía, por ser él quien me contó lo que acabo de referir á mi General.

—Retírese usted y mándeme en el acto al Sargento primero.

—Con su permiso.

—Presente, mi General.

—¿Qué ha hecho usted de las dos alas de cuervo que arrojó el soldado Z, según la noticia que le ha dado á su Capitán?

—Con perdón, mi General, yo no le he dicho que eran dos alas.

—¿Y cuántas eran?

—Una solamente.

—¿Y dónde está?

—No lo sé, mi General.

—¿Quién la vió?

—El Cabo primero me cuenta que presencié asombrado el hecho y que la tuvo en su mano.

—¿Qué cosa?

—El ala, mi General.

—Pues hágame usted venir al Cabo primero.

—Presente, mi General.

—Tráigame usted el ala de cuervo que vomitó el soldado Z.

—Yo no la he visto, ni la tengo, mi General.

—Entonces, ¿qué es lo que us-

ted le ha contado al Sargento primero?

—Le conté, mi General, lo que me refirió el soldado Z; pero nada me consta personalmente.

—¡Acabáramos! Que venga el soldado Z.

—Presente, mi General.

—Diga usted, hombre, ¿qué es lo que se dice de usted? ¿Qué alas, ó qué cuervos, ó qué demonios ha vomitado usted, que lo ha dicho al Cabo, y el Cabo al Sargento, y el Sargento al Capitán, y éste al tercer Jefe, y éste al segundo, y éste al Coronel, y el Coronel á mí?

—Lo que he dicho, mi General, es que había vomitado *negro como el ala del cuervo*.

El General, al oír esto, estaba en una estrepitosa carejada.

En este momento entró el Coronel, haciendo uso de la invitación de su superior, para pedir una repetición del famoso *Noriega*.

—Yá lo ve usted, Coronel— exclamó el General sin dejar de reirse— yá ve usted en lo que han venido á parar los cuervos de la historia.

—Pero, mi General, ¿cómo iba yo á dudar de tantos y tan autorizados testimonios?

—Pues para que usted lo vea. En adelante no se deje usted llevar de elismes. Hemos estado á punto de perder un buen soldado por una patraña. Pero no se afija usted, Coronel, porque esto pasa todos los días en la política. Rueda un grano de arena y la ponderación lo abulta hasta convertirlo en montaña, para aplastar con ella alguna víctima inocente. Infelices conozco yo, que han sido severamente detenidos ó proscritos, por el delito de vomitar cuervos; y nadie ha visto de éstos ni una pluma, como en el presente caso del soldado Z.

—Mi General, severa es la lección y trataré de aprovecharla.

—¡Ojalá que la aprovecharan todos!

¡AL FIN SOLOS!....

La nupcial ceremonia terminada,
se va la concurrencia con premura,
y la novia, radiante de hermosura,
mira á su amado pálida y turbada.

Sola yá la pareja enamorada,
tiembla de amor, de gozo y de ternura;
él enlaza anhelante su cintura
y ella en su hombro se inclina desmayada.

Un beso suena prolongado, ardiente,
entre un rumor de encaje, raso y seda;
él frases de pasión murmura á mares,

y el velo aparta de la virgen frente,
mientras, deshecha, por la alfombra rueda
la corona de blancos azahares.

ROMÁN MAYORGA RIVAS.

VALOR CIVICO

Á medio día estábamos con el maestro ante el Palacio Municipal para presenciar la entrega de la medalla del valor cívico á un chico que salvó á un compañero suyo en el Po.

Sobre la terraza de la fachada ondeaba la bandera tricolor.

Entrámos al patio.

Yá estaba lleno de gente. Se veía allí, en el fondo, una mesa con tapete encarnado y encima varios papeles, y detrás una fila de sillones dorados para el Alcalde y la Junta; varios ujieres del Ayuntamiento estaban de pie alrededor del estrado con sus dalmáticas azules y sus calzas blancas. Á la derecha del patio había formado un piquete de guardias municipales, todos los cuales se hallaban condecorados con muchas y distintas cruces, y al lado otro piquete de carabineros; en la parte opuesta los bomberos con uniforme de gala y muchos soldados sin formar, que habían venido á presenciar la ceremonia, de caballería, infantería, cazadores, artillería, de todas las armas, en fin. Y, por último, alrededor cabaleros, gente del pueblo, oficiales, mujeres y niños que se apretaban; un gentío inmenso. Nos arinconámos en un ángulo del patio.

Alumnos de otras escuelas es-

taban con sus maestros, y había, cerca de nosotros, un grupo de muchachos del pueblo, de diez á diez y ocho años, que reían y hablaban recio, y se comprendía que eran todos del barrio del Po, compañeros ó conocidos del que debía tener la medalla. Arriba, en todas las ventanas, estaban asomados todos los empleados del Ayuntamiento: la galería de la Biblioteca también estaba llena de gente, que se apiñaba contra la balaustrada, y en la del lado opuesto, que está sobre la puerta de entrada, se agolpaba gran número de muchachos de las escuelas públicas, y muchas *huérfanas de militares*, con sus graciosos velos celestes. Parecía un teatro. Todos discurrían alegremente, mirando de vez en cuando el sitio donde estaba la mesa encarnada, á ver si se presentaba alguno. La banda de música se oía á lo lejos, en el fondo del pórtico. Las paredes resplandecían con el sol. Estaba aquello muy hermoso.

De pronto, todos empezaron á aplaudir en los patios, en las galerías, en las ventanas.

Yo, para ver, tuve que empinarme.

La multitud que estaba detrás de la mesa encarnada, había abierto paso, y se pusieron delante

un hombre y una mujer. El hombre llevaba de la mano á un niño.

Era el que había salvado al compañero.

El hombre era su padre, un bañil vestido de día de fiesta. La mujer, su madre, pequeña y rubia, estaba vestida de negro. El muchacho, también rubio y pequeño, tenía una chaqueta gris.

Al ver toda aquella gente y al oír aquel ruido de aplausos, se quedaron los tres tan sorprendidos, que no se atrevían á mirar ni á moverse. Un guardia municipal les empujó al lado de la mesa, á la derecha.

Todos callaron un momento, y después resonaron de nuevo los aplausos por todos lados. El muchacho miró hacia arriba, hacia las ventanas y luego hacia la galería de las *huérfanas de los militares*; tenía el sombrero en la mano y parecía que no sabía bien en dónde estaba. Me pareció que se daba cierto aire á Coreta en la cara, pero era más sonrosado. Su padre y su madre no apartaban los ojos de la mesa.

Entretanto, todos los muchachos del barrio del Po que estaban cerca de nosotros, pasaron delante, y le hacían señas á su compañero para hacerse ver, llamándole en voz baja. A fuerza de llamarle se hicieron oír. El muchacho los miró y se cubrió la boca con el sombrero para ocultar una sonrisa.

En un momento dado todos los guardias se cuadraron.

Entró el Alcalde acompañado de muchos señores.

El Alcalde, que tenía el pelo cano y llevaba una faja tricolor, se puso de pie junto á la mesa: los demás detrás y á los lados.

Cesó de tocar la banda, hizo el Alcalde una señal, y callaron todos.

Empezó á hablar. Sus primeras frases no las oí bien; pero comprendí que estaba contando la hazaña del muchacho. Después levantó la voz y se espació tan clara y sonora por todo el patio, que no perdí ya ni palabra...—Cuando vió desde la orilla al compañero que se revolvía en el río, presa ya del terror de la muerte, se quitó la ropa y acudió sin titubear un momento. Le gritaron:—¡Que te ahogas!—No, respondió; lo agarraron y se soltó; lo llamaron, y ya estaba en el agua. El río iba muy crecido y el riesgo era terrible hasta para un hombre. Pero él desafió la muerte con toda la fuerza de su pequeño cuerpo y de su gran corazón; alcanzó y agarró á tiempo al desgraciado que estaba ya bajo el agua, y lo sacó á flote; luchó furiosamente con las ondas que lo querían envolver y con el compañero que se le enroscaba: varias veces desapareció bajo la superficie y volvió á salir fuera, haciendo esfuerzos desesperados, obstinados, y decidido en su santo propósito, no como un niño que quiere salvar á otro, sino como un hombre, como un padre que lucha por salvar á su hijo que es su esperanza y su vida. En fin, Dios no permitió que fuese inútil hazaña tan generosa.

El pequeño nadador arrebató su presa al gigante río y lo sacó á tierra, y aun le prestó, con los demás, los primeros auxilios: después de lo cual se volvió á su casa, sereno y tranquilo, á contar sencillamente el suceso.—Señores: hermoso, admirable es el heroísmo de un hombre; pero en el niño, en el cual no es posible aún ninguna mira de ambición ó de otro interés; en el niño, que debe tener tanto más arrojo cuanto menos fuerza tiene; en el niño, en el cual nada pedimos, que en nada es tenido, que yá nos parece tan noble y digno de ser amado, no yá cuando cumple, sino sólo cuando comprende y reconoce el sacrificio de otro; en el niño, el heroísmo es divino. No diré más, señores. No quiero adornar con elogios superfluos una grandeza tan sublime. He aquí delante de vosotros el salvador, noble y generoso. Soldados, saludadlo como á un hermano; madres, bendecidlo como á un hijo; niños, recordad su nombre, estampad su rostro en vuestra memoria, que no se borre yá de vuestra mente, ni de vuestro corazón. Acércate, muchacho. En nombre del Rey de Italia, te doy la cruz de Beneficencia.

Un viva atronador, lanzado á la vez por multitud de voces, atronó el palacio.

El Alcalde tomó la condecoración de la mesa y la puso en el pecho del muchacho. Después lo abrazó y lo besó.

La madre se llevó la mano á los ojos: el padre tenía la barba en el pecho.

El Alcalde estrechó la mano á los dos, y cogiendo la orden de concesión de la cruz atada con una cinta, se la dió á la madre.

Después se volvió al muchacho y le dijo:—Que el recuerdo de este día, tan glorioso para tí, tan feliz para tus padres, te sostenga toda la vida en el camino de la virtud y del honor. ¡Adiós!

El Alcalde salió, tocó la banda, y todo parecía concluído, cuando de las filas de la multitud salió un muchacho de ocho á nueve años, impulsado por una señora, que se escondió enseguida, y se lanzó al condecorado, dejándose caer entre sus brazos.

Otro rumor de vivas y de aplausos hizo atronar el patio; todos comprendieron desde luégo que era el muchacho salvado en el Po, el que acababa de dar las gracias á su salvador. Después de haberlo besado, se le agarró á un brazo para acompañarlo fuera. Ellos dos, primero, y el padre y la madre detrás, se dirigieron hacia la salida, pasando con trabajo por entre la gente que les hacía calle, confundiendo guardias, niños, soldados y mujeres. Todos se echaban hacia adelante, y se empinaban para ver al muchacho. Los que estaban más cerca le daban la mano. Cuando pasó por delante de los niños de la escuela, todos echaron sus sombreros por el aire. Los del barrio del Po prorrumpieron en grandes aclamaciones, agarrándole por los brazos y por la chaqueta, y gritando:—¡ Viva Pinot! ¡ Bravo Pinot! Yo lo ví pasar

muy cerca. Iba muy encarnado y contento: la cruz tenía la cinta blanca, roja y verde. Su madre lloraba y reía; su padre se retorció el bigote con una mano que le temblaba mucho, como si tuviese calentura. Arriba, por las ventanas y las galerías, seguían asomándose y aplaudiendo. De pronto, cuando iban á entrar bajo el pórtico, cayó de la galería de las *huérfanas de los militares* una verdadera lluvia de pen-

mientos, de ramitos de violetas y de margaritas, que daban en la cabeza del muchacho, en las de sus padres y en el suelo. Muchos se bajaban á recogerlos y se los alargaban á la madre. Y á lo lejos, en el fondo del patio, se oía la banda que tocaba un aire precioso que parecía el canto de otras tantas voces argentinas que se alejaba lentamente por las orillas del río.

EDMUNDO DE AMICIS.

LOS CRUCIFICADOS

O CRUX, AVE, SPES UNICA!

Muy negras son tus canas,
Oh Trágico sombrío!
Y muy dulce morir antes que llegue
La trémula vejez envuelta en frío.
¿A qué seguir con taciturno paso
De camellos?... Dormid al pie del Monte
Para no ver manchado el horizonte
Con el ávida sombra del Ocaso.....

En las nudosas cruces
Agonizan los mártires; el brillo
Roba el dolor á los hinchados ojos
Que miran á los ámbitos desiertos
Con la turbia sijeza de los muertos.

Fués la Tierra dolorosa; en haces
Brotó para sus sienas rama indócil
De puntas erizada; clavos fríos
Que los frágiles huesos taladraron;
Para su cáliz, de amargura lleno,
La vida—inmensa flor—sudó veneno.

En las cruces nudosas

Se retuercen las víctimas, tocadas
De martirio las testas luminosas
Por lívidos perfiles coronadas.
Lánguidamente en hilos tembladores
La tibia sangre por su faz chorrea
Y humedece los párpados; gotea
Sobre la barba, que en rojizos grumos
Cual en bronce tallada, se obscurece.
Y de sus cráneos la soberbia roca
No bate yá, con las frementes alas,
El grifo luminoso de lo eterno.....
Y se enturbió la linfa transparente
De las glaucas pupilas,
Claros pozos de lumbre
Que de vivir el tedio reflejaron,
Y es mudo el labio que de eumbra en eumbra
Vibró en la lid relámpagos de acero.....
Oh mártires! oh ruinas
Que marcásteis el áspero sendero
Con gajo alterno de laurel y espinas!

En torno de las cruces
Do murieron las víctimas, aullando

Se amontonó la plebe enfurecida
 Como un tropel de deslomadas hienas.
 Y abajo, los zarzales por alfombra;
 Y arriba, el Numen, el Amor, la Calma;
 Los mártires, en medio,
 Rasgando—muertos—la terrena sombra
 Al blando golpe de su fresca palma.



Oh videntes, oh lánguidos cantores!
 Ahogad el himno, que la cruz aguarda
 Vuestras manos febriles;
 Huid, rompiendo el arpa cristalina,
 A refugiarnos en la sombra. Llegan
 Los salvajes de puño sanguinario:
 Cuando en las viñas del terror se anegan
 Asesinan á Dios en el Calvario!

El verso, cual la tenue lamparilla
 Que entre las tumbas ocultaba Roma,
 Alumbra mudo vuestras almas. Hielo
 Lleváis sobre el espíritu cansado,
 Y á los Libros—el Arbol de dolores—
 Del matador que insulta vuestro duelo
 Sólo llegan los bárbaros clamores.

Pobres muertos que en hórrida solumbra
 Durmiendo están; la ráfaga de gloria

Sobre sus frentes pálidas no alumbra.
 ¿Qué importa si mañana el Orbe acude,
 El Orbe acude entero
 A recoger los huesos polvorosos
 Del mártir que murió sobre el madero?
 El libro quedará cual leño sauto
 De seca sangre por doquier teñido.....
 Y á la víctima, en tanto,
 Sofocará la zarza del Olvido.

Muy negras son tus canas,
 Oh trágico sombrío!
 Y muy dulce morir antes que llegue
 La trémula vejez envelta en frío.
 ¿A qué seguir con taciturno paso
 De camellos?... Dormid al pie del Monte
 Para no ver manchado el horizonte
 Con el ávida sombra del Ocaso.....

En las cruces nudosas
 Perecerán los mártires. Doliente
 El ideal, las alas fatigosas
 Plegando en el azul, lánguidamente
 Descenderá sobre la tierra, herido;
 Y como el Genio del silencio mudo,
 Las almas tristes lo verán caído
 Sobre el sangriento marco de su escudo...

GUILLERMO VALENCIA.

BALADA DE AÑO NUEVO

En la alcoba muelle, acolchonada y silenciosa, apenas se oye la blanda respiración del enfermito.

Las cortinas están echadas; la veladora esparea en derredor su luz discreta y la bendita imagen de la Virgen ve la á la cabecera de la cama.

Bebé está malo, muy malo,.....Bebé se muere.....

El doctor ha auscultado el blanco pecho del enfermo; con sus manos gruesas toma las manecitas diminutas del pobre ángel, y frunciendo el ceño, ve con tristeza al niño y á los padres.

Pide un pedazo de papel; se acerca á la mesilla veladora, y con su pluma de oro escribe.....escribe.

Sólo se oye en la alcoba como el pesado revoloteo de un moscardón, el ruido de la pluma corriendo sobre el papel blanco y poroso.

El niño duerme; no tiene fuerzas para abrir los ojos.

Su cara, antes tan halagüeña y sonrosada, está más blanca y trasparente que la cera: en sus sienes se perfila la red azulosa de sus venas.

Sus labios están pálidos, marchi-

tos y despellejados por la enfermedad.

Sus manecitas están frías, como dos témpanos de hielo.....Bebé está malo, Bebé está muy malo..... Bebé vá á morir.....

Clara no llora; ya no tiene lágrimas. Y luego, si llora, despertaría á su pobre niño.

¿Qué escribirá el doctor?

¡Es la receta!

¡Ah, si Clara supiera, lo aliviaría en un solo instante!

Pues qué, ¿nada se puede contra el mal? ¿No hay medios para salvar una existencia que se apaga?

¡Ah! si los hay, si debe haberlos; Dios es bueno, Dios no quiere el suplicio de las madres; los médicos son torpes, son desamorados, poco les importa la honda aflicción de los amantes padres; por eso Bebé no está aliviado aún; por eso Bebé, el pobre Bebé se vá á morir. Y Clara dice con el llanto en los ojos:

—¡Ah! ¡si yo supiera!

La calma insoportable del doctor la irrita.

¿Por qué no lo salva?

¿Por qué no le devuelve la salud?

¿Por qué no le consagra todas sus vigilias, todos sus afanes, todos sus estudios?

¿Que no puede?

Pues entonces de nada sirve la medicina, es un engaño, es un embuste, es una infamia. ¿Qué han hecho tantos hombres, tantos sabios, si no saben ahorrar este dolor al corazón, si no pueden salvar la vida á un niño, á un ser que no ha hecho mal á nadie, que no ofende á ninguno, que es la sonrisa y es la luz, es el perfume de la casa?

Y el doctor escribe, escribe.

¿Qué medicina le mandará?

¿Volverá á martirizar su carne blanca con esos instrumentos espantosos?

—No, yá no, dice la madre, yá no quiero.

El hijo de mi alma tuerce sus bracitos, se disloca entre esas manos duras que lo aprietan, vuelvelos ojos en blanco, llora, llora mucho; ruega, grita, hasta que yá no puede, hasta que la fuerza irresistible del dolor le vence, y se queda en su cuna quieto, sin sentido y quejándose aún, en voz muy baja, de esos cuchillos, de esas tenazas, de esos garfios que le martirizan, de esos doctores sin corazón que tasajeen su cuerpo, y de su madre, de su pobre madre que lo deja sólo.

No, yá no quiero, ya no quiero esos suplicios.

Me atan á mí también, pero me dejan libres los oídos para que pueda oír sus lágrimas, sus quejas.

Lo escucho y no puedo defenderlo; veo que lo están matando y lo consiento!

El niño duerme, y el doctor escribe, escribe.

—Dios mío, Dios mío, no quieras que me muera: mándame otra pena, otro suplicio: lo merezco.

Pero no me lo arranques, no te lo lleses.

¿Qué te ha hecho?

Y Clara roba sus sollozos, muerde su pañuelo, quiere besarlo y abrazarlo—¡acaso esas caricias sean las últimas!—pero el pobre enfermito está dormido y su mamá no quiere que se despierte.

Clara lo ve, lo ve constantemente con sus grandes ojos negros y serenos, como si temiendo que al dejar de mirarlo, se volara al cielo.

¿Cuántos estragos ha hecho en él la enfermedad!

Sus bracitos rechonchos, hoy están flacos, muy flacos.

Yá no se rien en sus codos aquellos dos hoyuelos tan graciosos, que besaron y acariciaron tantas veces. Sus ojos, negros como los de su mamá, es-

tán agrandados por las ojeras, esas pá-lidas violetas de la muerte. Sus cabellos rubios le forman como la aureola de un santito.

¡Dios mío, Dios mío, no quiero que se muera!

Bebé tiene cuatro años.

Cuando corre parece que va á caer.

Cuando habla las palabras se empujan y se atropellan en sus labios.

Era muy sano: Bebé no tenía nada: Pablo y Clara se miraban en él y se contaban por la noche sus travesuras y sus gracias, sin cansarse jamás.

Pero una tarde Bebé no quiso corretear por el jardín, sintió frío: un dolor agudo se clavó en sus sienes, y le pidió á su mamá que le acostara.

Bebé se acostó esa tarde y todavía no se levanta.

Ahí están á los pies de la cama y esperándole, los botincitos que todavía conservan en la planta la arena humedecida del jardín.

El doctor ha acabado de escribir, pero no se va.

¿Pues qué, le ve tan malo?

El lacayo corre á la botica.

—¡Doctor, doctor, mi niño va á morirse!

El médico contesta en voz muy baja:

—Cálmese usted, que no despierte el niño.

En ese instante llega Pablo.

Hace quince minutos que salió de esa alcoba y le parece un siglo.

Ha venido corriendo como un loco. Al torcer la esquina no quiso levantar los ojos, por no ver si el balcón estaba abierto.

Llega, mira la cara del doctor y las manos enclavijadas de la madre; pero se tranquiliza: el ángel rubio duerme aún en su cuna,—; no se ha ido!

Un minuto después, el niño cambia de postura, abre los ojos poco á poco, y dice con una voz que apenas suena:

—¡Mamá! ¡Mamá!.....

—¿Qué quieres, vida mía? ¿Verdad que estás mejor? ¡Dime qué sientes! Pobrecito mío! Trae acá tus manitas, voy á calentartas! Ya te vas á aliviar, alma de mi alma. He mandado á encender dos cirios al Santísimo. La madre de la Luz ya va á ponerte bueno.

El niño vuelve en derredor sus ojos negros, como pidiendo amparo. Clara lo besa en la frente, en los ojos, en la boca, en todas partes. ¡Ahora sí puede besarlo!

Pero en esa confusión de amor y de ternura, sus ojos, antes tan frescos, se cuajan de lágrimas, y Clara no sabe ya si besa ó llora.

Algunas lágrimas ardientes caen en la garganta del niño. El enfermizo que apenas tiene voz para quejarse, dice:

—¡Mamá, mamá, no llores!

Clara muerde su pañuelo, los almohadones, el colchón de la cunita. Pablo se acerca. Es hora ya de que él también lo bese. Le toca ya su turno. El es fuerte, él es hombre, él no llora. Y entre tanto, el doctor que se ha alejado, revuelve la tisana con pequeña cucharilla de oro. ¿Qué es el sabio ante la muerte? La molécula de arena que va á cubrir con su oleaje el océano.

—Bebé, Bebé, vida mía, ámate, incorpórate. Hoy es año nuevo. ¡Ven! Aquí en tu manecita están las cosas que yo te fuí á comprar en la mañana. El cartucho de dulces, para cuando te alivies; el aro con que has de corretear en el jardín; la pelota de colores para que juegues en el patio. Todo lo que me has pedido!

Bebé, el pobre Bebé, preso en su cuna, soñaba con el aire libre, con la luz del sol, con la tierra del campo y las flores entreabiertas. Por eso pedía no más esos juguetes.

—Si te alivias, te compraré una carretela y dos borregos blancos para que la arrastren.....! Pero alvíate, mi ángel, vida mía! ¿Quiéres mejor un ve-

locépedo? ¿Sí.....? Pero! si te caes! Dá-me tus manos. ¿Por qué están frías? ¿Te duele mucho la cabeza? Mira, aquí está la gran casa de campo que me habías pedido.....

Los ojos del enfermito se iluminan. Se incorpora un poco, abraza la gran caja de madero que le ha traído su papá. Vuelve la vista á la mesilla y mira con tristeza el cucurucho de los dulces.

—Mamá, mamá, yo quiero un dulce.

Clara, que está llorando á los pies de la cama, consulta con los ojos al doctor; éste consiente, y Pablo, descolgando el cucurucho, desata los listones y lo ofrece al niño. Bebé toma con sus dedos amarillos una almendra y dice:

—Papá, abre tu boca.

Pablo, el hombre, el fuerte, siente que ya no puede más, besa los dedos que ponen esa almendra entre sus labios, y llora, llora mucho.

Bebé vuelve á caer postrado, sus pies se han enfriado mucho; Clara los aprieta con sus manos, y los besa. Todo inútil! El doctor prepara una vasija bien

cerrada y llena de agua casi hirviendo. La pone en los pies del enfermito. Este ya no habla, ya no mira; ya no se queja; tose nada más, y de cuando en cuando, dice con voz apenas perceptible:

—¡Mamá, mamá, no me dejen sólo!

Clara y Pablo lloran, ruegan á Dios. suplican, mandan á la muerte, se quejan del doctor, enclavijan las manos, se desesperan, acarician y besan. Todo en vano!

El enfermito ya no habla, ya no mira, ya no se queja; tose, tose. Tuerce los bracitos como si fuera á levantarse, abre los ojos, mira á su padre diciéndole: ¡Defiéndeme! Vuelve á cerrarlos..... ¡ay! Bebé ya no habla, ya no mira, ya no se queja, ya no tose; ya está muerto!.....

.....
 Dos niños pasan riendo y cantando por la calle:

—¡Mi año nuevo! ¡Mi año nuevo!

M. GUTIÉRREZ NÁJERA.

ESPERANZA EN DIOS.

DE A. DE MUSSET

(FRAGMENTO.)

¡Oh! tú al que nadie á comprender alcanza,

Ni sin mentir reniega;

Tú que nacer me hiciste y que á la tumba

Me obligarás mañana á que descienda,

¿ Por qué permites que de tí se dude

Si adivinar te dejas?

¿ Cuál extraño placer en tí ocasiona

La buena fe tentar que nos sustenta?

Desde que al hombre percibir le es dado

Siente en sí tu existencia.

La creación, su solo patrimonio,

Es un templo do humilde te venera;

Y te unifica á sí desde el instante

En que á pensar comienza.

Toda fruición que siente y toda angustia
 Le explica bien tu voluntad suprema.
 Probar tu propio sér, hé aquí el conato
 De nuestra débil ciencia;
 Hacer deletrear tu excelso nombre,
 La más noble ambición que el alma alienta !
 Ya te llares Jesús, Júpiter, Brahma,
 O ya justicia eterna,
 Manos no hay que á tí no se levanten,
 Ni un solo corazón que á tí no atienda.
 El sér más infeliz en este valle
 Tan rico de miserias,
 Entona á tí sus gracias desde el punto
 Que una leve esperanza le consuela.
 Sólo á tí el Universo glorifica
 En su expresión diversa;
 Por cada gota de agua te bendicen
 Los incontables séres que lo pueblan.
 De cuanto hiciste destruir no es dado
 Ni un átomo siquiera;
 Todo es veneración por ti en el mundo
 A tí rico de amor en sus pobrezas.
 ¿ Por qué, si es tanto así, de polo á polo
 El mal su imperio asienta,
 Y su aguijón letal ni aun perdona
 A la sacra virtud ni á la nobleza ?
 Si cuanto el ojo alcanza testifica
 Tu divinal clemencia,
 Y tu poder omnímodo, Dios mío,
 ¿ Por qué del corazón la fe se aleja ?
 ¿ Por qué tanto elemento discordante
 Aquí y allá campea ?
 Dó la muerte y el crimen se dirigen
 Al celestial amparo de tu Alteza ?

 La piedad ¡ oh Señor ! por tí sentida
 Debió de ser intensa,
 Cuando del Caos su admirable obra
 Nacer llorando vió tu Omnipotencia !
 Y si fue tu intención el subyugarla
 A los males que encierra,
 A través de los cielos no debiste
 Entrever permitirle tu grandeza.
 ¿ A qué el hombre infeliz, ruin gusano,

A tí soñando llega ?
La duda con su peso le comprime;
Mucho ó poco vislumbra y tanto espera,
Si criatura vil, júzgasle indigno
De llevarle á tu diestra,
A los velos del orbe impenetrables
Les debiste ordenar que te envolvieran;
Y siempre tu poder se sentiría,
Tú ignorado á la tierra ;
Mas de tal ignorancia en el ropaje
Menos duras serían nuestras penas.
Si el padecer y la plegaria en vano
A tu mansión se elevan
Cierra la inmensidad y aislado góza
El divino esplendor que te rodea ;
Pero si tal no fuere y nuestros ayes
En tu oído resuenan,
Rásga el velo terrible que te oculta
Y haznos sentir de padre tu clemencia.
La antorcha de la fe verás trocarse
De súbito en lumbrera,
Y á la doliente humanidad dichosa
Sin la duda mortal que la atormenta.
Las lágrimas que vierte inconsolable,
El dolor que la asuela
Disiparse verás á tu mirada,
Como ante el sol la vaporosa niebla.
Sólo oirás en plácida armonía
Tu exaltación suprema,
Un concierto de gracias semejante
Al que siempre jamás tu empírio llena.
Avergonzada al hondo del abismo
Correrá la blasfemia ;
En tanto que la muerte en este hosanna
Mezclará sus acentos placentera !

C. OBESO.

CONSEJOS A UNA NIÑA

No alces nunca tus ojos sino para mirar al cielo.

No cierres nunca tu corazón á tu madre; déjale leer en él como en un libro abierto.

No des entrada al orgullo en tu alma, porque el orgullo pierde con más seguridad á la mujer que al hombre, y al hombre lo pierde siempre.

Sé dócil á tus padres en tal extremo, que ellos no tengan la pena de decirte con los labios lo que bastaría te dijesen con los ojos.

Nunca tengas amigas íntimas.

Ponte todos los días en la presencia de Dios, so pena de olvidar que vives en ella.

No des entrada á la primera falta; pero si en ella incurrieses no la ocultes á la persona de quien dependas, y confíesale á Dios, porque él no perdona lo que ha visto, sino lo que le cuentan.

Sé caritativa con todos los pobres, con todas las misérias. Si llegas á ponerte un traje de seda, no olvides

que la seda es tan pesada, que es menester poner un pan en el otro plato de la balanza, para mantener el equilibrio ante Dios.

Usa vestidos blancos para que armonicen con la alegría de tu edad y la pureza de tu corazón.

Cuando las flores están en el balcón, nadie entra á la casa á verlas.

El color de la vergüenza gusta más que la palidez de la serenidad.

El hombre que te ame de veras te lo enviará á decir con tu madre.

No demuestres tu superioridad sino en la bondad del corazón.

Si tienes talento, escóndelo, y si no lo tienes escóndete.

Si tu esposo es bueno, imítalo, y si es malo, haz que te imite.

Mira que si vales mucho por el peinado, podrá valuarte cualquier peluquero.

Si tienes la desgracia de ser bella, haz que la envidia no hable de tu belleza, por consideración á tus virtudes.

J. M. VERGARA Y V.

LOS MEJORES OJOS

Ojos azules hay bellos,
Hay ojos pardos que hechizan,
Y ojos negros que electrizan
Con sus vívidos destellos;
Pero fijándose en ellos
Se encuentra que, en conclusión,
Los mejores ojos son,
Por más que todos se alaben,
Los que expresar mejor saben
Lo que siente el corazón.

CÉSAR CONTO.

INSOMNIO

(DEL ALEMÁN-HEINE.)

Tu mano apoya contra el pecho mío:
¡Oyes de un rudo golpe la inquietud?...
Es que hay adentro un carpintero imofo
Que labra mi ataúd.

Y no cesa un instante el golpe fiero,
Y en vano intento al sueño recurrir.....
Acaba, acaba pronto, carpintero,
Y déjame dormir.

J. A. PÉREZ BONALDE.

MARIA

6

EL PAÑUELO AZUL

A fines del mes de octubre del año último, volví á pie de Orleans hacia el castillo de Bardy. Por el mismo camino, y delante de mí, marchaba un regimiento de la guardia extranjera. Yo había apresurado el paso para oír esa música militar que tanto me gusta; pero la música calló, y sólo algunos golpes de tambor marcaban de tiempo en tiempo el andar uniforme de los soldados.

Después de media hora de marcha, ví al regimiento entrar en un campito cercado de bosque de pinos. Pregunté á un capitán, conocido mío, si iban á hacer el ejercicio.

—No — me dijo; — van á juzgar y probablemente á fusilar á un soldado de mi compañía, por haber robado al paisano que lo alojaba.

— ¡Cómo! — le dije: ¿ van á juzgarlo, á condenarlo y á ejecutarlo en un mismo instante?

— Sí; esas son nuestras *capitulaciones*.

Esta palabra no tenía réplica para él, como si todo hubiera sido previsto en esas capitulaciones, la falta y el castigo, la justicia y aun la humanidad.

— Por lo demás, — añadió el capitán, — si usted es curioso voy á hacer que le den un buen puesto; la función no será larga.

Siempre he buscado con avidez esos tristes espectáculos: me figuro que voy á conocer lo que es la muerte en el semblante de los moribundos. Seguí al capitán.

El regimiento se había formado en cuadro: detrás de la segunda fila y á la orilla del bosque, cavaban unos soldados una fosa. Estaban mandados por un subteniente, porque todo se hace ordenadamente en el ejército, y hay cierta disciplina para ahondar la sepultura de un hombre.

En el centro del cuadro ocho oficiales hallábanse sentados sobre tambores; el noveno, á la derecha y más al frente, escribía algunas palabras sobre sus rodillas; pero con negligencia, y simplemente para que no fuese muerto un hombre sin ninguna fórmula.

Se llamó al acusado. Era un joven alto, de rostro dulce y noble. Con él se adelantó una mujer, único testigo que declaró en este asunto.

Mas cuando el coronel quiso interrogar á esta mujer,

— Es inútil, — dijo el soldado, — yo voy á confesarlo todo: yo he robado un pañuelo á esta mujer.

EL CORONEL. — Usted, Pedro, pasaba por un buen muchacho.

— PEDRO. — Es verdad, mi coronel; siempre he procurado complacer á mis jefes. Así, no he robado para mí sino para María.

EL CORONEL. — ¿ Quién es esa María?

PEDRO. — La María que vive allá lejos..... en la tierra..... cerca de Areneberg..... donde está aquel gran manzano..... ¿ No he de volver á verla yo?

— EL CORONEL. — No lo comprendo á usted, Pedro; explíquese.

—PEDRO. — Pues bien, mi coronel, lea usted esta carta.

Y le entregó la carta siguiente, cuyas palabras todas han quedado impresas en mi memoria:

" Mi buen amigo Pedro:

" Me aprovecho del recluta Arnold, que está enganchado en tu regimiento, para enviarte esta carta y una bolsa de seda que he hecho para tí. Me he escondido de mi padre para hacerla, porque él me regaña mucho porque te amo, y dice que tú no volverás. Tú si volverás ¿ no es cierto? Verdad que si nunca hubieras de volver, á pesar de eso te amaría. Yo me entregué á tí el día que recogiste mi pañuelo azul en el baile de Areneberg, para traérmelo. ¿ Cuándo, pues, he de volver á verte? Lo que me alegra es oír que todos me dicen que tus superiores te estiman y los demás te quieren. Pero te faltan dos años todavía. Que pasen pronto porque entonces podremos casarnos. Adiós, mi buen amigo Pedro.

" TU QUERIDA MARÍA.

" P. S. Procura mandarme también alguna cosa de Francia: no para que yo no te olvide, sino para llevarla conmigo. Besa lo que me mandes; estoy segura de que al instante encontraré el lugar de tu beso."

Acabada la lectura, Pedro volvió á tomar la palabra.

—Arnold, — dijo — me entregó esta carta ayer por la noche, cuando me daban mi boleta de alojamiento. No pude dormir en toda la noche; no hacía sino pensar en la tierra y en María. Ella me pedía algo de Francia. Yo no tenía dinero, como que acababa de comprometer mi haber de tres meses para mi hermano y para mi primo, que hace algunos días se fueron á la tierra. Esta mañana, cuando me levanté para marchar, abrí la

ventana. Un pañuelo azul colgaba de un cordel y se parecía al de María; el mismo color, las mismas rayas blancas..... tuve la debilidad de tomarlo y meterlo en mi mochila. Bajé á la calle: yá me arrepentía é iba á volverme á la casa, cuando esta mujer ha corrido tras de mí. Han encontrado el pañuelo: esa es la verdad. La capitulación quiere que me fusilen. Háganme fusilar, pero no me desprecien.

Los jueces no podían ocultar su emoción; sin embargo, á la hora de votar, fue condenado á muerte por unanimidad. El escuchó fríamente la sentencia; luego, acercándose á su capitán, le rogó que le prestase cuatro francos. El capitán se los dió.

Lo ví en seguida adelantarse hacia la mujer, á quien habían devuelto el pañuelo azul, y oí estas palabras:

—Señora, tenga cuatro francos: no sé si su pañuelo vale más, pero si así fuese, voy á pagarlo bastante caro para que usted me perdone el resto.

Y recobrando el pañuelo, lo besó y se lo dió al capitán.

—Mi oficial,—le dijo.— dentro de dos años volverá usted á nuestras montañas: si va del lado de Areneberg, pregunte por María y entréguele este pañuelo azul; pero no le diga en cuánto lo he comprado.

En seguida se arrodilló, oró, y fue con paso firme al suplicio.

Yo me alejé entonces y me entré al bosque para no ver el final de esta tragedia cruel. Unos tiros me hicieron saber muy pronto que todo había terminado. Volví una hora después: el regimiento se había ido, todo estaba quieto; pero al seguir la orilla del bosque para encontrar el camino, observé á pocos pasos, delante de mí, huellas de sangre, y un montoncito de tierra frescamente re-

movida. Tomé un gajo de pino, hice una especie de cruz y la coloqué sobre la fosa del pobre Pedro, olvidado a

hora de todo el mundo, excepto de mí y acaso también de María.

BÉQUET.

TUMBAS HÚMEDAS

Al ocultarse el sol tras la montaña,
me dirigí ayer tarde
al triste sitio donde al fin concluyen
las locas vanidades.

Mirando los altísimos cipreses
y los llorosos sauces,
y la fosa común, y el máusoleo
de cincelado jaspe,
sentí en lo más profundo de mi alma
dolor inexplicable,
al ver que hasta en la casa de los muertos
existen los contrastes.

Otra cosa observaba al poco rato
con extrañeza grande:
muy húmedas estaban unas tumbas,
otras secas hallábanse.

“ Decidme, pregunté al sepulturero,
¿ cómo puede explicarse
que mientras unas tumbas están secas,
otras húmedas se hallen ? ”

Y el viejo guardador de los difuntos
repuso con voz grave:
Los que reposan en las tumbas secas
señor..... no tienen madre.

JULIO A. CALCAÑO.

EL CUMPLIMIENTO DEL DEBER

El guarda-barrera, situado ante su casilla, esperaba con su banderola en la mano el paso del tren.

Una sonrisa iluminó la ruda fisonomía del señor Benito.

Su hijo Víctor, maquinista de la Compañía, conduce su primera máquina.

Y, además, Víctor y su mujer, que se han casado hace un año, traen á su primer vástago para bautizarlo, debiendo figurar como padrino el señor Benito.

Y el buen hombre se ríe de gozo al pensar en el niño cuya llegada espera de un momento á otro.

De pronto vuelve el anciano la cabeza.

Un tren descende á toda prisa, mientras se oye á lo lejos el ruido de otro que viene en sentido contrario.

Tiembla la tierra, y los dos trenes van á chocar inevitablemente.

El padre, lleno de terror y agitando la banderola roja, se precipita ante la máquina, en la que cree reconocer á su hijo.

Pero ya es demasiado tarde.

Cuantos esfuerzos practican los que conducen el tren son inútiles.

El impulso está dado, y el monstruo de hierro pasa rugiendo y vomitando chispas.

El guarda-barrera grita con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Salta, hijo mío, salta!

Pero Víctor es de los que no abandonan su puesto jamás.

El espantoso choque se realiza; los coches quedan destrozados, hechos añicos; estalla la caldera, y á la vista del pobre padre desaparece el hijo en medio de la terrible explosión.

Víctor ha muerto valerosamente en su puesto.



Han transcurrido diez años.

Ante la casilla del guarda barrera, el infeliz Benito continúa con su banderola en la mano esperando el paso de los trenes.

Ha envejecido mucho y su alma está llena de tristeza. Pero cuando á la caída de la tarde le saluda y le besa cariñosamente un muchacho, que, con sus libros en las manos, viene de la escuela, se sonríe y se siente dichoso.

Aquel niño es el único resto de su pasada felicidad.

En medio de los escombros y de los cadáveres de hombres, de mujeres y de niños calcinados, encontró al recién nacido salvado milagrosamente y riendo entre sus pañales, cubiertos de sangre derramada por su madre.

Precipitose sobre él como el avaro sobre su tesoro, y llevóse la criatura á su casa, donde lo cuidó con paternal cariño y le proporcionó cuanto era menester para su nutrición.

Miguel era su consuelo, su esperanza, su vida.

El chico es robusto, bueno é inteligente, y figura en la clase como el alumno más aprovechado de la escuela.



Ha llegado la época de las grandes maniobras militares. Los soldados invaden la llanura, y mientras descansan y preparan el rancho, acércase un oficial á la casilla.

El recién llegado interroga al chicuelo que juega junto á la puerta de la casilla, y que por su viveza ha llamado la atención del oficial.

—¿Qué edad tienes?—le pregunta.

—Diez años, mi comandante.

—¡Diez años! Esa edad tendría ahora mi hijo.

El oficial suspira, vacila..... y dirigiéndose á Benito, que en aquel momento se acercaba, le dice:

—¿Hace muchos años que sirve usted aquí su empleo?

—Veinte, mi comandante.

—¿Presenció usted la catástrofe de 1884?

—Sí, señor, yo soy el padre del maquinista que conducía el tren, y este es su hijo.

—He despertado en usted un sentimiento doloroso, comparable únicamente al que experimen-

to por la misma causa. En aquel terrible siniestro perdí mi mujer y mi hijo.

—Le compadezco á usted —dijo Benito, mientras el muchacho miraba enternecido al oficial.

Arrastrado por la simpatía del infortunio, el comandante les refiere su historia.

Herido gravemente en la toma de Sontay, no conoció la desgracia que le había herido hasta su regreso del Tonkin, sin que hubiese podido tener noticias detalladas de la catástrofe.

—¿No se acuerda usted, por casualidad, de una mujer joven y hermosa y de un niño recién nacido, que, indudablemente, llevaba en brazos? El niño llevaba al cuello una medalla con la fecha de su nacimiento: 22 de Junio de 1884.

—¿Qué tiene usted, abuelo? ¿Se ha puesto usted malo?

—No es nada, hijo mío. Anda á jugar.

Miguel, poseído de la mayor inquietud, mira al anciano, que se ha puesto pálido y está visiblemente emocionado.

—Anda á jugar—repite el guarda rechazando bruscamente al niño.

Y dando una excusa cualquiera relativa á su servicio, se dirige tambaleándose á la barrera, mientras el oficial, atribuyendo su turbación al recuerdo que ha evocado, se aleja sin insistir más en el asunto.



El guarda, situado ante la ca-

silla, espera la llegada del tren.

Ha ido á cumplir maquinalmente con su obligación, hipnotizado por una sola idea.

La de la medalla, con una fecha hasta entonces incomprendible para él, que tiene guardada en un cajón destinado á las reliquias de familia.

¡Aquel niño, que constituye el único goce de su existencia no es su nieto!

Miguel, su Miguel, al que adora con delirio, es un extraño para él y no tiene derecho á llamarle abuelo.

Pero no le cederá á nadie, nó. Guardará su secreto y las cosas continuarán en el mismo estado que antes.

Una mano se desliza entre la suya.

—¿Todavía está usted enfadado, abuelo?

—¿Ya se ha tranquilizado usted?—dice otra voz.

Benito está entre el padre y el niño.

Apoyado en la barrera, el comandante esperaba el paso del tren, de aquel tren maldito que había destruido toda su felicidad, que le había privado de todo cuanto amaba en el mundo.

Suenan los clarines como para una victoria.

Ante aquel llamamiento, el comandante se dispone á retirarse, y cuando tiende amistosamente la mano para despedirse de Benito, éste coge al niño y lo arroja en brazos del oficial, diciéndole:

—¡Abraze usted á su hijo!

Indudablemente, es más heroico el sacrificio del abuelo que el realizado por el maquinista en cumplimiento de su deber.

ARTURO DOURLIAC.

LA NATURALEZA

Á mi padre.

LA NATURALEZA

¡Hijo, escúcha mi canto! Yo soy la Madre Tierra,
Yo soy la eterna pródiga de vidas y de amores;
Mi túnica en sus pliegues con majestad encierra
La noche con sus astros, la aurora con sus flores.

Yo soy la Madre Tierra. En mí palpita el germen
De seres que aun aguardan los siglos del futuro.

Yo soy la Madre Tierra. En mi regazo duermen
Los seres ya perdidos en el pasado oscuro.

Yo vierto inagotable del ánfora de vida
El río de la savia que corre á borbotones ;
Y de mis flancos surge la selva estremecida,
Que eleva al firmamento sus amplios pabellones.

Por mí de jugo llenos los tallos se levantan,
Caliéntanse los nidos, se juntan las corolas ;
Y en las sagradas nupcias mi epitalamio cantau,
El himno de los cielos y el coro de las olas.

En mis altares nunca se extingue el sacro fuego :
Tras el invierno brota más vívido el retoño ;
Las flores luego llegan, y el sol candente, y luego
Henchidas se almibaran las uvas del otoño.

A cuantos vida otorgo les brindo en mi palacio,
Digna morada : al tigre las selvas tropicales,
Al ciervo negros bosques, al águila el espacio,
Y á los dorados peces, cavernas de corales.

Y tú,—Hombre pensativo que con tu ciencia oscura
Quieres sondear las leyes ocultas en mi arcano,—
Tú, entre los seres todos, fuiste la criatura
A quien mejores dádivas brindó mi larga mano.

La Primavera tiende bajo tus pies su alfombra
En las musgosas grutas y los floridos prados ;
Y en el ardiente estío convídote á la sombra
De higueras soñolientas y densos emparrados.

Los lirios se deshojan por adornar tu senda ;
A tu coyunda, mansos dobléganse los brutos ;
Por tí la mies ondula, y por rendir su ofrenda
Los árboles se doblan al peso de sus frutos.

Hijo, mi Flora es tuya : mis manos cariñosas
Tejen para tus sienas sarmientos otoñales ;
En el mullido tálamo circúndote de rosas,
Y en el sepulcro helado te cubro de inmortales.

¿ Oyes mi voz ? Tus cantos ó tu furor remeda,
Y forman eco á tu alma, serena ó agitada,
Con mecedores tumbos el viento en la arboleda
Y con gigantes ondas la mar aborascada.

Si amas, en columpio de sueños yo te arrullo
Con las campestres notas de mi laúd sonoro ;
Y al roce de mis alas dan plácido murmullo
Las olas plateadas y los trigales de oro.

Cuando la noche vierte la saporosa urna
De las serenas sombras sobre el callado mundo
Presento á tu mirada la calma taciturna,
Sus astros, su misterio, su cóncavo profundo.

Y luego ante tus ojos, mudando las escenas,
Apunta el alba alegre que el horizonte dora,
Y como el oleaje que cubre las arenas,
Sumerge los luceros en su esplendor la aurora.....

Mas ¡ ay ! ingrato y loco, me dejas, hijo mío,
Y por el mundo corres tras miseras quimeras,
Y delirante tiendes los brazos al vacío,
Y pueblas los espacios de voces lastimeras.

¿ Qué pides á los astros en súplicas ignotas ?
¿ Al Hombre de la tierra, qué le hablarán mis cielos ?
Y luego desfalleces ; y las entrañas rotas,
Regresas á mis brazos buscando mis consuelos.

Entonces, abrigando tu frente helada y mustia
Te brindo muelle lecho para tu cuerpo herido,
La paz de lo inmutable tras la febril angustia,
Y en mi regazo eterno los sueños del olvido.

EL HOMBRE

¡ Oh gran Naturaleza, que Madre Tierra un día
Llamó quien profanara de madre el santo nombre,
Tú siempre indiferente, siempre callada y fría
Te muestras á las ansias indómitas del Hombre !

¡ Oh gran Naturaleza ! tus olas encrespadas,
Tus hórridos abismos, tus atrevidas rocas

Al Hombre le opusiste : la sombra á sus miradas,
Y tus silencios graves á sus preguntas locas.

De tus entrañas salgo famélico y desnudo,
Y trémulo, encorvado, debo empapar el suelo
Con el sudor y el llanto ; para el trabajo rudo
Nací, como nacieron tus aves para el vuelo.

¡ Oh Tierra ! no distingues los ayes de los cantos ;
La cava de las tumbas, de rústicas labores ;
Ni al hijo que se entierra regado con los llantos,
Del grano que se siembra mojado con sudores.

Soñando con tus dádivas, el sembrador escoge
Un campo, y labra, y suda sobre las anchas éras ;
Y al cabo le regalas, para llenar su troje,
Con enfermizos pámpanos y con espigas huera.

Y el campo misterioso de la callada muerte,
Donde entre amadas sombras por último dormimos,
Profana en sus orgías, tu mano lo convierte
En campo de altas mieses y cárdenos racimos.

Si á tí nos acogemos, con rabia nos sacudes,
Guardando tus furores volcánicos despiertos ;
Y si tus senos buscan hambrientas multitudes,
Te imploran, y se abaten llorando en los desiertos.

Sobre nosotros vierte tu colosal clepsidra
La escarcha, el rayo, el viento, la nieve de las cumbres
Y el soplo de la peste, que transformado en hidra,
Con sus anillos diezma las vastas muchedumbres.

Tu voz, en montes y ondas, es grito que amedrenta,
Clamor de estrago, trueno de omnipotencia brava ;
Y con tartárea cólera tu enorme boca ostenta
Espuma en tus Océanos, en tus Vesubios lava.

Y luego, como restos de aquellos tus festines,
Los blancos esqueletos se tienden colosales
De una Pompeya triste volcada entre jardines
Y de una muda Nínive perdida entre arenales.

Y si indignado clamo al ver tus elementos
Cubrir los horizontes de piedras funerarias,

El huracán, mofando, se lleva mis acentos,
Y el taciturno espacio devora mis plegarias.

De hinojos interrogo la bóveda sombría
Que alumbras tristemente con pálidas estrellas ;
Y sube, y sube trémula la voz de mi agonía,
Llevando de astro en astro las místicas querellas.

Mas no levanta un eco la religiosa queja :
Todo es misterio y sombras en tus callados cielos ;
Los astros, mudas cifras ; la Cruz del Sur semeja
La equis de esa incógnita que ocultas con tus velos.

¿ Dónde el materno arrullo ? ¿ En dónde tu sereno
Abrigo ? ¿ ó las respuestas á mi angustiado grito ?
Abajo, el terremoto, la peste, el hambre, el trueno ;
Arriba, la implacable mudez del infinito.

¡ Qué sorda, oh Madre Esfinge, á mis febriles dudas !
Cómo al dolor ofende tu imperturbable calma,
Cuando, las alas rotas contra tus leyes rudas,
Palpita en mí, como águila en su prisión, el alma !

Y á par del alma, hieres la carne : en la pupila
Vas opacando, noche tras noche, los destellos ;
Otoño tras otoño, cansado el pie vacila ;
Invierno tras invierno, argentas los cabellos.

Y en vano huyo tus leyes de muerte y exterminio ;
Yo sé que tú me sigues, yo siento con espanto
Que tú, doquiera oculte mi cuerpo á tu dominio,
Sujetas con tu garra la orla de mi manto.

¡ Qué abrazo el tuyo, oh Tierra ! Entre tus garras toscas
Destruyes, nervio á nervio, los miembros infelices.
Nos tragas en la tumba, y allí cruel enroscas
Al corazón llagado tus ávidas raíces.

¡ Y al fin soy tuyo, oh Tierra !...Tras amarguras tantas
Descenderé á tu seno, cansado peregrino ;
Y entregarás mis venas al jugo de tus plantas,
Y volverás mis huesos al polvo del camino ;

Y absorverá mi nombre tu olvido indiferente,
Y borraré tu mano mis fugitivos rastros,